COLECCION
CLAVES
DE
AMERICA

CLASICOS DE LA LITERATURA INFANTIL-JUVENIL DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

CLASICOS DE LA LITERATURA
INFANTIL-JUVENIL EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE
(Casa de Palabras)

CLASICOS DE LA LITERATURA INFANTIL-JUVENIL DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

(CASA DE PALABRAS)

Investigación, selección y prólogo
VELIA BOSCH

BIBLIOTECA AYACUCHO

Colección Claves de América
Dirigida por Oscar Rodríguez Ortiz

Apartado Postal 14413
Caracas 1010 – Venezuela

Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf50120008002088
ISBN 980-276-335-7

Producción editorial /
Elizabeth Coronado
Diseño de colección / Luis E. Ruiz Lossada
Corrección / Boris Hormazábal
Diagramación y fotocomposición /
ProduGráfica, C.A.

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

> Los niños son así, el tipo justo para entrar en contacto con la literatura que recoge en notas vigorosas la vida total: sentimiento, imaginación, acción; esa literatura que se puede transformar en mímica por la actividad que entraña; que se la puede cantar; hacer ver y sentir, y en donde cuerpo y alma entran en el campo de su profunda sugestión.
>
> JESUALDO

SI EXISTE una palabra que intimide o ponga en guardia al lector actual, es la empolvada, amarillenta y esdrújula, *clásicos.* Ella remite a un tiempo erróneamente supuesto como caduco y como con cierto tufo de erudición. Y si la acompañamos con la palabra *antología,* entonces podrían aumentar los prejuicios y surgir, tal vez, nostalgias por textos conocidos o libros bien guardados en la memoria humana. Pareciera que ambos se confabulan para presumir una sabiduría estática, ni siguiera comparable con la gracia irónica que provocan las columnas de un diccionario, como apuntaba Teresa de la Parra.

El propósito de este volumen es convocar el justo medio de ambas propuestas mediante una operación no tan sencilla como es la de instalar a manera de inquilinos vivos en una *casa de palabras* a ciertos fundadores de una especie de literatura, no siempre canonizada por el fenómeno libro pues la mayoría de las veces esta clase de literatura aparece dispersa en páginas, suplementos, diarios y revistas.

Sin tener que cargar con la culpa de un archipiélago de ausentes digamos entonces que en estas páginas ordenadas alfabéficamente por diez y nueve países, permanecen *vivos,* cuarenta y un autores y cincuenta y un textos entre los cuales se han seleccionado los géneros más difundidos entre aquellos creados, recreados

y adaptados para niños y jóvenes, pretendiéndose abarcar desde la antigüedad hasta el más reciente ejercicio de la fantasía.

Se han tratado de incorporar los modelos de un ayer y los de un hoy representativos, no exhaustivamente, dentro de un discurso que considerado igualmente imperecedero no los hagan permanecer como modelos ya rígidos por el peso de la historia, los gustos y la crítica especializada que rodea al propiamente desinteresado acto de la creación.

Cincuenta y un textos, en su mayoría breves, han sido escogidos para presentar el rostro más vulnerable y delicado de un estilo de literatura, por ser el de la más compleja simplicidad, como lo son, leyendas, cuentos, poemas y la más arriesgada de las empresas, una selección de capítulos de las llamadas "noveletas" imprescindibles de difundir y de invitar a una lectura completa.

Concientes de esta labor que estimamos útil y presumimos necesaria, se han intentado reunir textos, autores y países para ofrecer al lector de hoy en una sola operación y como en una especie de caleidoscopio, desde el más viejo oficio de contar fábulas y leyendas, tan antiguas como la humanidad misma, hasta el más revolucionario ejercicio de la pasión lúdica.

Ningún ejemplo tan elocuente de nuestro método de recopilación como los de estas dos estrofas pertenecientes a dos épocas, dos sexos y dos países, fundamentales para destacar formas y temas en el desarrollo de la literatura para niños de nuestra América. El primero fue escrito en el estado de ensoñación que a la monja mexicana le produjo cierta vivencia infantil de cuentos y cantos escuchados de labios de un aya negra en medio de una ronda de niños con música de conga y vocablos afroamericanos: rejuego poético de una *ensaladilla.* El segundo es un *romancillo,* ambas estrofas heredadas de la España conquistadora. En este caso se trata del poeta cubano que cantó a nuestra luna negra de Barlovento. Todo esto con trescientos años de diferencia entre la una y el otro, pero con igual impulso estético y motivación ético-social.

Tumba, la, la, la Tumba la, le, le
que ya Pilico escrava no quede.

Tumba, la, le, le, tumba, la, la, la,
que ya Pilico no quede escrava.

(Sor Juana Inés. Siglo xvii)

Negrón, negrito,
ciruela y pasa,
salga y despierte,
que el sol abrasa,
diga despierto
lo que le pasa...
¡Que muere el amo,
muera en la brasa!
ya nadie duerme,
ni está en su casa:

(Nicolás Guillén. Siglo xx)

Podemos afirmar entonces que la literatura infantil se nutre de la intertextualidad de temas y personajes: en estos casos la elección de ritmos y el tema de la libertad y la esclavitud. Viene a propósito recordar una frase de Octavio Paz: "...el poema es un caracol en donde resuena la música del mundo y metros y rimas no son sino correspondencia, ecos de la armonía universal".

En una antología de literatura, cualquiera que ella sea, debería partirse de un criterio que permita el equilibrio entre autores, países y textos involucrados en ellas y permitirse igualmente que se "juegue" al unísono con la trascendencia de sus temas y la aceptación de la costumbre lectora. Fiel, pues, a este criterio se han reunido en igual participación tanto la prosa; llámese cuento, novela, fábula, tradiciones, leyendas o el drama, así como la insustituible poesía.

Por razones obvias, se ha presentado una gama, un tramado de textos cuyos destinatarios oscilen entre los siete y dieciséis años de edad. En una sensata comprensión del problema resulta útil repetir, aunque se caiga en la redundancia, que no únicamente la intención didáctica y moralizante que marcó los inicios de la literatura dirigida a niños y jóvenes, sustenta el frágil edificio de este género o modalidad, sino que, su particular nivel cognoscitivo y ese fatal *estar siendo,* lo condicionan para recibir con mayor agrado el "había una vez un conejo que..." o el "riquirrán", ambas de la tradición oral y rítmica expresión lúdica con que, por cierto un romántico excepcional, el poeta colombiano José Asunción Silva, nutrió los textos escolares de ayer, tanto como la más fantástica propuesta de "El hombre que debía adivinarle la edad al diablo" de Javier Villafañe.

Por otra parte, si Andrés Bello es otro "silencio escuchado" de la literatura erudita del siglo diecinueve, no obstante haber traducido, trasladado o imitado a otros ya clásicos como Víctor Hugo, Lamartine y Florián —fabulistas para un hipotético lector juvenil— no dejó por ello de contribuir, al menos para salvar nuestra ausencia de una lectura europeizante en un momento específico en que nuestro continente ensordecía bajo el estallido de la pólvora.

Cien años después, para suerte de nuestros textos infantiles nace José Martí y unos años más tarde, "La Edad de Oro", revista para niños signada, a ratos, por la traducción libre y adaptación de los románticos europeos, Andersen y Laboulaye, pero por cuya recreación libre y virtualidad ética y estética una estrella invulnerable que recorre el espíritu creativo y se funda en la negación de todo estereotipo en la literatura que nos ocupa.

En el distinto sentido el poeta colombiano Rafael Pombo, recrea *La Mamá Oca* de Perrault, en "La pobre viejecita", cuyo uso del diminutivo y cierto tono de picaresca latinoamericana lo han consagrado a través de generaciones.

Comúnmente se piensa que quienes escribimos para niños y jóvenes, de manera obligatoria, arrastramos la condición de maestros, no obstante, entre los cuarenta y un autores que nutren estas páginas, una decena de ellos ejerció junto con la profesión de maestro de aulas, algunos maestros rurales, el otro aberrante y desposeído *oficio* de poetas... De manera curiosa unos y otros con muy escasas excepciones han dedicado páginas a reflexionar sobre el tema. Gabriela Mistral, Jesualdo, Fryda Shultz de Mantovani, Eliseo Diego y Efraín Subero, entre otros, son algunas de estas encumbradas y válidas excepciones.

Horacio Quiroga en su obra *Cuentos de la selva,* tanto como José Martí, suaviza esa especie de crueldad fantástico-medioeval difundida por Perrault y los hermanos Grimm. Por un lado el cubano con esa visión propia del escritor curtido en la lucha política independentista y con su visión modernista del lenguaje y la estrofa y por otro, el alucinado poeta de la selva, superponen un tramado sobre otro para fundar en el espíritu de sus lectores, el respeto por los seres y animales, la solidaridad por la naturaleza, sus más tiernos sentimientos de amor y fidelidad y el virtuoso manejo de una suerte de arquitectura verbal.

Por el Norte, Martí se autocalifica de "el padrazo" de su revista. Al Sur, Quiroga se encubre con la máscara de un tal "Dum-Dum"... que escribió los textos "a sus hijitos" y más acá, Henríquez Ureña inventa su heterónomo femenino de la "Nana Lupe" como pretexto para la existencia de su duende y su país fabuloso de Jauja. Mientras que Brunet, desanimaliza al lobo y Mistral maternaliza su ríspida naturaleza frente al niño regañón...

Un hallazgo para la literatura que nos ocupa es el caso del periodista salvadoreño que firmaba con el seudónimo de Salarrué. A caballo junto con Quiroga, entre el siglo diecinueve y el agonizante siglo veinte, publica en el diario *Patria* y deja a la edición póstuma sus *Cuentos de cipotes,* "escritor al desgaire y para llenar espacios que sobraba a las páginas del periódico". El mismo autor reflexiona y define sus obritas (por lo breves): "...cuentos que nuestro niño nos está contando, a su manera. No a mi manera" y más propiamente los define como "...un cuento que se da sus propias alas, se atiza y se ríe de sí mismo". Quienes lean detenidamente estas breves joyas de la literatura infantil disfrutarán de su autenticidad. Máxima virtud exigida a quien cultive la escritura para niños y jóvenes.

Fueron múltiples las reflexiones de Gabriela Mistral publicadas en revistas de España, conferencias de México, Puerto Rico, Chile y Venezuela en torno al tema, algunas especialmente dirigidas a los maestros y maestras poetas, en las que criticó con especial empeño el estrecho y cerrado criterio que excluye del prescolar de hoy, o aula parvularia y de la otra, ya lectora, los temas folclóricos, las rondas, las canciones de cunas y los juegos. Se adelanta la famosa maestra chilena en la propuesta de un ejercicio de la canción-poema o viceversa. Afirmaba: "El habla popular es antítesis de la lengua docente de la escuela. Esa habla posee una expresividad única: pinta, esculpe y hasta graba en el fuego. Ella ondula de una gracia de buena ley: está como picada de especies y esencias; ella sigue narrando mejor que nadie; ninguno se durmió nunca oyendo pueblo de pescador o leñador".

En esta selección María Elena Walsh y Mirta Aguirre afirman su participación en esta edad efímera que los brasileros nombran con una palabra sonora y suave: *"criança"* de la que es virtual exponente la poeta brasilera Cecilia Meirelles.

El llamado de Gabriela Mistral ha tenido oyentes, Fernando Paz Castillo, otro "silencio escuchado" delicado poeta venezolano con *La huerta de Doña Ana,* la salvadoreña Claudia Lars y la igualmente maestra venezolana Luisa del Valle Silva, han apoyado sus textos en los poemas-juegos de imaginación. Estos temas, permiten *contar y cantar* mientras provocan la ilusión y desarrollan la recreación. De estos poemas dramáticos se han seleccionado dos de ellos, el de Claudia Lars y el de Luisa del Valle Silva inspirados en la ronda-poema-juego de Doña Ana.

El poema lírico de Claudia Lars y el poema-juego dramático de Luisa del Valle Silva merecen comentario especial. En ambos textos el tema Doña Ana (o Doñana, como comúnmente se escucha) y su soporte lingüístico y rítmico presentan una atmósfera de misterio subrayada por la pregunta de los niños y ante la angustia del personaje que nunca se hace presente.

"Vamos a la huerta" de la poeta salvadoreña plantea un diálogo entre una oculta voz que responde la angustiante interrogación de los pequeños. ¿Qué come doña Ana? ¿Dónde está? ¿Envejece Doña Ana? ¿Cómo es ella? y el siempre no aclarado misterio de ¿por qué no les abre la puerta?

En "La huerta de doña Ana", de la venezolana, se nos revela una intertextualidad no descubierta hasta hoy por los estudiosos de la literatura. Con algunos cambios en el empleo del vocablo "toronjil", propio de las variantes léxicas de Centro y sur América, en la composición de la jitanjáfora, el tema se inicia con graves acordes y tonos grises. La puerta de Doña Ana se abre. Los niños descubren el patio con árboles frutales. El diálogo teatral asume su carácter gesticulante, conflictivo y su atmósfera de misterio. Doñana no está aquí. Pero cuando regresa, expulsa a los niños cruelmente. Ellos se retiran desconsolados por los versos escuchados: "¡No quiero niños ajenos/ si no hay niños en mi casa!" Al retirarse los pequeños, desaparecen las frutas, las flores, el aire y el sol. ¿Dónde están las mariposas? y entonces la misteriosa anciana se da cuenta de su error y deja entrar a los niños y regresa la ronda.... interminable.

¿Qué ha pasado en el texto de Luisa del Valle Silva? Recordemos a Octavio Paz: "...la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual. Es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro".

El poema de Luisa del Valle Silva supone una intertextualidad, se trata de una, otra, versión del cuento para niños del irlandés Oscar Wilde: "El gigante egoísta", con similares atmósferas búsqueda de un paraíso por los niños, negación a causa de una maligna fuerza oculta. Encuentro del paraíso por ambas fuerzas en oposición: niños-gigante. Niños-Doñana.

Ester Feliciano Mendoza y Rosario Ferré, ambas narradoras puertorriqueñas entablan un diálogo a distancia sobre las preocupaciones obvias relacionadas con su idioma español y la condición político-territorial de su tierra borinqueña. No en vano dejó sus huellas el poeta de *Platero y yo,* Juan Ramón Jiménez, en la isla de Puerto Rico. En una de las célebres conferencias leídas por E.F. Mendoza reclama —como lo hizo G. Mistral— el desprecio por los temas folclóricos y la ausencia de un héroe infantil puertorriqueño. "¿Qué héroe tiene el niño puertorriqueño que sea suyo, tan suyo, que se reconozca en él? Ninguno. Vive la experiencia vicaria de todos los que llegan de otras literaturas, pero el que es sangre de su sangre, alma de su alma, no ha llegado aún (...) para rescatar al niño del sortilegio vacuo con que los hipnotizan unos horribles libros de "comics" que han venido a sustituir al monstruo mítico".

Rosario Ferré, puertorriqueña, amante y defensora de los cuentos de hadas (como lo fue en condición suma desde Buenos Aires, la inefable Fryda Shultz de Mantovani) ha escrito hermosas reflexiones en torno a esta literatura y su famoso cuento de hadas, "El medio pollito" que aparece en esta selección. Pero ha revivido el lenguaje jugoso de tristeza y ternura de Juan Bobo y las múltiples aventuras de una picaresca americana y caribeña.

Costa Rica tiene la suerte inmensa de contar con una novela para niños escrita por un sensible espíritu y excelente pluma de narrador como lo es Joaquín Gutiérrez, su héroe, el pequeño Cocorí da título a la novela de cuyos dos capítulos no se ha querido prescindir, por ningún respecto, en este volumen. ¿Novela de aprendizaje? Tal vez. Más propiamente de descubrimiento interior del alma afroamericana o mulata como prefirió nombrar Nicolás Guillén.

Cocorí de Gutiérrez y *Los cuentos de la Nana Lupe* de Pedro Henríquez Ureña, tanto como el extenso *Cuento de Navidad* de Juan Bosch (publicado en Caracas en 1958) han tenido que sufrir

la tan odiosa "selección" de los volúmenes antológicos. Unicamente el afán de difundir una obra y eludir las "adaptaciones" pueden justificar y obtener el perdón de sus autores.

La Fundación Biblioteca Ayacucho en su colección "Claves de América", es ahora "Casa de palabras". Bienvenidos los lectores, para ellos hay en cada cuento o poema una gota del elixir o bebedizo o brebaje que alguna hada o hechicera derramó sobre los papeles de trabajo que precedieron a esta Antología.

Muchos se quedaron en los papeles preseleccionados, la opción, como el gnomo del cuento de Teresa de la Parra tiene la potestad ¿o tal vez la debilidad? de esconderse en las diabluras de la computadora ya que los tinteros han desaparecido para siempre... Tal vez. Otros demonios más reales nos hacen sentir la ausencia de Monteiro Lobato, un clásico de la literatura infantil brasilera, tales inconvenientes, ajenos a nuestra condición de investigadores nos eximieron de las hermosas páginas de *Naricita*.

A MANERA DE CODA

¿Es necesario justificar el léxico a pie de página? Rememoremos ciertas líneas de dos escritoras famosas con las cuales comenzaríamos a formar un nutrido "bestiario" según el cual se sustente el criterio de que ninguna falsa erudición es comparable con el poder de *lógica fantasía* con que los niños se explican el *real* pluriverso de la lengua.

La célebre novelista francesa Colette, no encontraba explicación para el extraño término "presbiterio" oído de labios de su madre, mientras que su rápida fantasía lo asoció con "una especie de caracol de color sepia..." En caso similar, una de las protagonistas de *Las memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra se enfrenta al vocablo: "depravado" imposible de poder relacionar con el bondadoso campesino Vicente Cochocho, cuando una de las otras cinco niñitas instruidas por la sabiduría de sus siete años explica que: "eran depravados" todos aquellos cuyos techos de paja estuvieran ahumados y desgreñados como lo estaba el del rancho de Vicente".

En cuanto al epígrafe, nos lo dejó Jesualdo, dedicado con su puño y letra en uno de sus viajes a Caracas.

Valió la pena escudriñar papeles, escribir cartas a países donde siempre se encuentran amigos. Unas no contestadas, pero a cuyo silencio se ha respondido con la inmensa voluntad de cumplir con un compromiso ineludible: el de realizar una Antología de clásicos de la literatura para niños y jóvenes de nuestra América para la cual se lograron reunir 41 autores, 19 países y 51 textos.

Y, no podían faltar los agradecimientos a: Embajada de Ecuador en Venezuela, Tres Culturas Editores de Colombia, Programa Red Nacional de Bibliotecas Públicas de El Salvador, Sección Bibliográfica y Documentación de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, Biblioteca Nacional de Uruguay, Instituto Puertorriqueño del Libro Infantil, Sociedad de Bibliotecarios de Puerto Rico, Fundação Nacional Do Livro Infantil e Juvenil de Rio de Janeiro, Fanny Alfaro de Bolivia y al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional de Venezuela.

VELIA BOSCH

CLASICOS DE LA LITERATURA
INFANTIL-JUVENIL DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE
(Casa de Palabras)

JAVIER VILLAFAÑE
ARGENTINA

EL HOMBRE QUE DEBIA ADIVINARLE LA EDAD AL DIABLO

ERA UN HOMBRE que estaba en el monte, cerca de una peña, y de pronto se le apareció el Diablo, él mismo en persona, así como es él. El hombre no tuvo miedo porque lo conocía. Una vez lo había visto en un sueño y eran exactamente iguales, cortados con la misma tijera: ni alto ni bajo, el pelo chamuscado, los cuernos puntiagudos, la cola rabona y las patas de chivo.

—Señor, quiero hacer un pacto con usted —dijo el Diablo, y preguntó—: ¿Qué le parece?

—Vamos a ver de qué se trata —contestó el hombre.

—Se trata de que usted será riquísimo, mucho más rico que el Presidente. ¿Qué le parece?

—Me parece bien, ¿y?

—Tendrá un palacio, carruajes. Lo que quiera. ¿Qué le parece?

—Me parece bien, ¿y?

—Si todo le parece bien, ¿por qué no hacemos un pacto?

—¿Y cuál es el pacto?

—Usted tendrá lo prometido y mucho más, pero deberá adivinarme la edad en un plazo de veinte años. Si adivina, queda libre y dueño de esa inmensa riqueza, y si no adivina será mi esclavo. ¿Qué le parece? ¿Está de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo.

El Diablo le entregó un papel y dijo:

—Lea y firme.

—¿Para qué voy a leer, si no sé? Firmar, sí. Y, con la pluma que le dio el Diablo, firmó. La firma era una espiral que terminaba en un punto.

El Diablo guardó el papel y dijo:

—Dentro de veinte años, justo a la medianoche nos encontraremos aquí, en este peñón.

Yo soy puntual en las citas.

—Yo también —respondió el hombre.

El Diablo lo miró con una mirada filosa y desapareció.

Cuando el hombre llegó a su rancho, el rancho no estaba. En su lugar había un palacio todo iluminado y un gentío con uniforme subiendo y bajando escaleras. El hombre tampoco se reconoció. Era otro. En vez de alpargatas tenía botas. También, sin darse cuenta, le habían cambiado el sombrero y el poncho por un sombrero aludo y un poncho listado. Nuevos, flamantes. Le aparecieron de golpe cuatro anillos, dos en cada mano, y de oro.

El personal de servicio estaba vestido de punta en blanco. Los hombres con guantes, zapatos de charol, pantalón gris, una chaqueta azul con alamares[1] y botones dorados. Parecían generales en un día de desfile. Y las mujeres con guantes, zapatos de charol, blusa rosada y pollera[2] negra. El mismo peinado y la misma sonrisa.

Cuando el hombre entró en el palacio, un caballero de barba que parecía el patrón de los uniformados dijo inclinando la cabeza:

—Señor, lo acompañarán a los aposentos.

—Perfecto —contestó el hombre.

—Pero antes deseo saber qué le apetece para el almuerzo.

—¿Desea saber qué?

—Qué ordeno para su almuerzo.

—Un puchero completo[3], que no le falte nada.

—¿Y de postre?

—Queso y dulce. Mantecoso y batata, preferiblemente.

—¿Y para beber?

—Tinto y soda.

Lo que llamaban "aposentos" era la exageración de lo increíble. Una cama donde podía dormir y soñar cómodamente una familia entera. Tenía un acolchado con pinturas de pájaros y flores. Almohadas y almohadones mullidos con bordados y encajes. "Para dormir en esta cama —pensaba el hombre— hay que bañarse todos los días y usar un camisón que esté a la altura de las sábanas". De las paredes colgaban tantos tapices, espejos y cuadros que no alcanzaban los ojos para verlos. Mesas recién lustradas con incrustaciones de nácar y piedras preciosas. Sillones y sillas del mismo color y sin fundas, como si esperaran visitas de importan-

[1] Alamares: cinta y botón para abrochar la capa.
[2] Pollera: falda.
[3] Puchero: olla con guisado.

cia. "Así serán los 'aposentos' de los emperadores y los reyes," pensó el hombre.

Ese día lo pasó de asombro en asombro. Comió un puchero completo con vino y soda y un abundante postre, casi doble ración. Después durmió una larga siesta. Después paseó por el parque. Lo acompañaban unos perros finísimos y tan bien educados que a ninguno se le ocurrió olfatear ni levantar una pata frente al tronco de un árbol. Al contrario. Pasaban muy orgullosos sin mirarlo.

Un pobre se acostumbra en poco tiempo a ser rico. A veces en una semana, a veces en unas horas. En cambio, un rico no se acostumbra jamás a ser pobre. Ni en treinta, ni en cincuenta años. El caso es que el hombre que firmó el pacto con el Diablo se acostumbró en minutos a ser rico, en un abrir y cerrar de ojos. Le gustó el buen comer, el dormir a pata suelta, el trato que le daba la gente, y mandar, sobre todo mandar y que le obedecieran. Se sentía tremendamente feliz. Hasta se había olvidado del Diablo.

En un lujoso transatlántico cruzó el océano y paseó por Europa, alojándose en hoteles de primera categoría. Conoció a reyes, sultanes, banqueros y embajadores, y pasó unos días con el Papa en su palacete de Roma. Vivió así, como un duque, sin darse cuenta de que pasaban los años.

Se casó. La mujer era joven y hermosa, y él tan dichoso que el tiempo se le iba volando. A veces creía que era ayer y era pasado mañana.

Una noche de tormenta se desveló. No podía conciliar el sueño, y mientras contaba ovejas para dormirse recordó la cita con el Diablo. Además, para no olvidarse, tenía escondido en la mesa de luz un cartón misterioso con números y dibujos que solamente él podía descifrarlo: "El veinticinco de abril de mil novecientos noventa a las doce de la noche con el Diablo en el monte cerca del peñón".

Una tarde, el 15 de octubre de 1989, al abrir el cajón de la mesa de luz, se encontró con el cartoncito. Sacó cuentas con los dedos y se pegó un enorme julepe. Fue la primera vez que sintió tanto miedo, un miedo atroz, con chuchos[4] de frío y sudor en las palmas de las manos. "Me quedan solamente seis meses y diez días. No hay tiempo que perder", se dijo.

[4] Chuchos: temblores, miedos.

Y salió a buscar la edad del Diablo. Fue un viaje enloquecedor. Todo avión. Estuvo en Bolivia, nada. Nada en Ecuador. Nada en Venezuela. En México se enteró de que el primer Diablo llegó a América con Cristóbal Colón y el ajetreo de la carabela y los olores de a bordo le hicieron perder la memoria. Fue a Estados Unidos y un economista lo envió a la capital asegurándole que un grupo de diablos se reunía en una casa pintada de blanco.

Allí no consiguió ninguna información y lo enviaron a Inglaterra para que viera en Londres a una metálica Diablesa, y ella le dijo: "De años no sé, ni pregunto; trato de ocultar los míos". Estuvo en China, en la India, y no lo conocían. En Persia se entrevistó con un matemático, que le dijo: "Tiene tantos años que no alcanzan los números para contarlos". En Alemania le dijo un filósofo: "Cuando nació estaba creado. Por lo tanto, no tiene edad". En Francia un quiromántico le dijo "De tanto apantallar fuego se le borró la edad en las líneas de las manos".

Y regresó totalmente desconsolado. Había recorrido el mundo y nadie supo decirle la edad del Diablo. Ni magos, ni sabios, ni adivinos, ni brujos. Nadie. La noche de la cita se acercaba. Pasaron Navidad y Fin de Año, pasaron Reyes y Carnaval. Y nada. El hombre cada vez más triste, más pálido y ojeroso. Y cuando faltaban apenas dos días el hombre le revela el secreto a su mujer:

—Te voy a contar lo que me ha sucedido. Todas nuestras riquezas se las debo al Diablo. El me dio dinero y poder a cambio de que le adivine la edad en un plazo de veinte años, y si no la adivino seré su esclavo. Sólo faltan dos días para que se cumpla el plazo. Estoy perdido.

—No te preocupes —respondió la mujer—.

Yo voy a solucionar este problema. Es muy sencillo.

—¿Sencillo?

—Sí, muy sencillo. Déjalo por mi cuenta.

—¿Pero cómo le vas a adivinar la edad al Diablo en dos días si yo en veinte años no he podido?

—Vos, tranquilo. Vas a ver. Primero hay que cazar pájaros. Todo el personal del palacio debe ir a cazar pájaros. Cuantos más traigan, mejor.

—Sí, ¿y después?

—Después, ya verás.

Todo el personal salió en busca de pájaros. Regresaron con las jaulas llenas.

—Ahora hay que matarlos y quitarles las plumas —ordenó la mujer.

Los mataron y les quitaron las plumas.

—Ahora hay que poner las plumas en un tanque.

Pusieron las plumas en un tanque.

—Ahora hay que traer varios frascos de miel.

Trajeron varios frascos de miel.

—Ahora hay que volcar la miel en otro tanque.

La mujer se quitó la ropa, los zapatos, las medias y se metió desnuda en un tanque. Se cubrió con miel desde la punta del pelo hasta la punta del pie y pasó al otro tanque y empezó a dar vueltas y vueltas, a revolcarse como una cobra, y salió hecha un plumero.

—Ahora vamos al lugar de la cita.

El hombre la llevó al monte y se detuvieron frente a una peña. Ahí se quedó ella, inmóvil. Parecía una estatua. Ni estornudaba por no perder una pluma.

El hombre se escondió detrás de un árbol y justo a la medianoche se escucha un trueno, un ruido tremendioso como si se resquebrajara y ¡zas! se presenta el Diablo. Da un salto y al encontrarse con un pájaro tan extraño se sorprende y se pregunta: ¿Qué pájaro será este pájaro?". Retrocede y lo observa detenidamente. "Nandú no es —dice—; gallareta[5] no es; tampoco es garza ni gavilán." Y empieza a dar vueltas alrededor del pájaro con más colores que el arcoiris. Va calladito, calladito. Se detiene, se acerca, lo mira bien y vuelve a preguntarse: "¿Dónde tendrá el pico y qué comerá este pájaro?". Lo toca por un sitio y huele. "¡Puff! Este pájaro sí que tiene el pico blandito y hediondo. ¿Qué comerá este pájaro?" Y pregunta en alta voz:

—¿Qué comés? Decíme: ¿qué comés?

Entonces el pájaro, la mujer, responde:

—Jua gua... Jua gua.

—¡Caramba! —exclama el Diablo—. En mis cuatrocientos ochenta y cinco mil quinientos cuarenta y seis años jamás me había encontrado con un pájaro tan raro y que comiera juaguá.

[5] Gallareta: ave zancuda, negra con manchas blancas.

Y mientras la mujer se iba dando saltos, el hombre subió a la peña y se quedó esperando.

El Diablo lo reconoció y dijo:

—Puntual. Acaban de dar las doce.

—Usted también fue puntual —respondió el hombre.

—¿Adivinó?

—Cuatrocientos ochenta y cinco mil quinientos cuarenta y seis años.

—Ni uno más ni uno menos —dijo el Diablo.

Y desapareció.

MARIA ELENA WALSH
ARGENTINA

VOY A CONTAR UN CUENTO

VOY a contar un cuento.
A la una, a las dos, y a las tres:
Había una vez.

¿Cómo sigue después?

Ya sé, ya sé.
Había una casita,
una casita que.
Me olvidé.

Una casita blanca,
eso es,
donde vivía uno
que creo era el Marqués.

El Marqués era malo,
le pegó con un palo
a... No, el Marqués no fue.
Me equivoqué.

No importa. Sigo. Un día
llegó la policía.
No, porque no había.
Llegó nada más que él,
montado en un corcel
que andaba muy ligero.
Y había un jardinero
que era muy bueno pero.

Después pasaba algo
que no recuerdo bien.
Quizás pasaba el tren.

Pero lejos de allí,
la Reina en el Palacio
jugaba al ta te tí,

y dijo varias cosas
que no las entendí.
Y entonces.

Me perdí.

Ah, vino la Princesa
vestida de organdí.
Sí.
Vino la Princesa.
Seguro que era así.

La Reina preguntóle,
no sé qué preguntó,
y la Princesa, triste,
le contestó que no.

Porque la Princesita
quería que el Marqués
se casara con ella
de una buena vez.
No, no así no era,
era al revés.

La cuestión es que un día,
la Reina que venía
dio un paso para atrás.
No me acuerdo más.

Ah, sí, la Reina dijo:
—Hijita, ven acá.
Y entonces no sé quién.

Mejor que acabe ya.
Creo que a mí también
me llama mi mamá.

CANCION DE LAVANDERA

Lávate paloma
con aire mojado,
las patas y el pico,
la pluma y el vuelo volando, volando.

Lávate la sombra,
lunadistraída,
con jabón de estrella
y espuma de nube salina, salina.

Lávate las hojas
dormido verano,
con agua llovida
y esponja de viento salado, salado.

El aire me lava,
la luz me despeina,
la traviesa espuma
me pone peluca de reina, de reina.

OSCAR ALFARO
BOLIVIA

EL TRAJE ENCANTADO

El pequeño príncipe era caprichoso y malo. Había que darle todos los gustos porque el rey, su padre, decía que no se le debe negar nada al hijo de un rey.

Un día, el príncipe ordenó:

—Que me traigan el arco y las flechas.

—¿Para qué? —preguntó su padre.

—Para hacer puntería sobre aquel pastor que está parado en la colina.

Pero al poco rato, vio al mago del reino, que entraba al palacio con su traje brillante.

—¡Quiero ese traje!

—Es muy grande para ti —contestó el mago.

—A mí no me importa. Dámelo ahora mismo o pediré otra cosa, que será peor para ti.

—Pide más bien otra cosa.

—Pediré entonces tu piel, para hacerme unas botas.

El mago se puso pálido.

—Te daré mi traje —dijo, sacándoselo a toda velocidad.

Pero el príncipe ya no tenía interés en el traje.

—¡Tendré las botas de piel de hombre! ¡Nada se le puede negar al hijo del rey!

Y comenzó a dar unos gritos tan fuertes que vino corriendo el rey.

—¿Qué te pasa ahora?

—Quiero la piel del mago para hacerme unas botas.

—Bueno habrá que despellejarlo —dijo el rey con la mayor tranquilidad y tocó una campana, llamando a los verdugos.

Pero el mago se escapó del palacio por una ventana. El susto le puso alas en los pies y no lo pudieron alcanzar.

El príncipe estaba furioso, pero a las pocas horas volvió a interesarse por la ropa del mago. Se la probó y, aunque le quedaba muy grande, se paseó con ella por el corredor de los espejos, haciendo gestos de mago.

Pero, ¡cosa rara!, la ropa se estaba encogiendo.

—¡Quítatelo! No te olvides que es el traje de un mago... —le dijo el rey, asustado.

El príncipe tuvo miedo y trató de desvestirse, pero no pudo. Su padre quiso ayudarlo, pero tampoco pudo. Ahora el traje estaba tan ajustado que apenas lo dejaba respirar. Y seguía encogiéndose. El príncipe empezó a gritar. El rey, desesperado, llamó a los hombres más forzudos de la guardia y les ordenó desvestir al príncipe, pero ninguno pudo.

—¡Rompan el traje! —gritó el rey.

Pero nadie fue capaz de romperlo.

—Yo lo rasgaré con mi espada —dijo un oficial de la guardia.

Pero la espada se hizo pedazos y el traje continuó encogiéndose. Finalmente, el príncipe cayó desmayado.

—¡Mi hijo se muere!.. ¡Auxilio! —gritaba el rey, con lágrimas en los ojos.

Entonces, el consejero del monarca dijo:

—Hagan volver al mago. Es el único que puede salvarlo.

Mil servidores, montados a caballo, salieron a buscar al mago y lo trajeron encadenado.

—¡Maldito, sácale ese traje al príncipe o te haré cortar la cabeza!.. —rugió el rey.

Pero el traje se encogió más.

El rey sacó su espada y apuntó con ella a la garganta del mago.

—¡Por las malas no vas a conseguir nada! ¡Mira cómo se encoge el traje!...

Y el traje se encogió tanto que crujieron los huesos del príncipe.

—¡Piedad! —gritó el rey al ver aquello—. Salva a mi hijo y te haré el hombre más rico del reino!...

—Está bien que cambies de tono —dijo el mago, tranquilamente—. Pero las riquezas que me ofrece no salvarán al príncipe.

—Entonces ¿qué debo hacer para salvarlo?

—Remediar todo el daño que él hizo.

—Lo haré —dijo el rey—. Pero sálvalo.

—Yo no puedo salvarlo, todo depende de ti —contestó el mago.

Entonces el rey llamó a sus ministros.

—Ordeno que se remedien todos los daños que causó el príncipe a la gente del reino.

El traje dejó de encogerse, pero no volvió a su estado normal.

—¿Por qué no se estira, si ya ordené lo que pedías?

—Es que algunos males no tienen remedio.

—¿Entonces mi hijo morirá estrangulado por el maldito traje?

—No morirá. El traje se irá abriendo con cada buena obra que realices.

VICTOR EDUARDO CARO
COLOMBIA

UN DRAMA EN UN CORRAL

¿NO SABEN ustedes lo que ha sucedido en un gallinero? Es horrible, horrible.

La que así hablaba era una gallina que se hallaba en un lugar a donde todavía no habían llegado los ecos de la tragedia.

—Sí —decía la gallina; ¡es horrible! Tanto que no voy a poder pegar el ojo en toda la noche. Menos mal que somos muchas; si llego a estar sola, ¡qué miedo!

Y empezó a contar la terrible historia; y al cacarear, su voz temblaba de espanto, de tal modo que a las gallinas que le escuchaban se les erizaron las plumas, y al gallo que las acompañaba se le encogió la cresta.

Pero a lo mejor tampoco vosotros que me leéis, estáis al corriente de los acontecimientos. Empecemos, pues, por el principio.

La cosa sucedió en un gallinero situado en un barrio de la ciudad muy alejado de éste en que estábamos hace un momento.

Caía la tarde; el sol se ponía y las gallinas tomaban sus posiciones para la noche.

Una de ellas, una gallina blanca, de patas cortas, que era una persona de lo más respetable que cabe, de esas que ponen su huevo con toda regularidad, en cuanto se hubo colocado en el sitio que le correspondía, se puso a rascarse, según solía hacer todas las noches antes de dormirse.

Al efectuar esta pequeña operación se le cayó una plumita.

—¡Vaya, una menos! —dijo. Y añadió: —Aunque se me caigan algunas plumas, no por eso dejo de estar guapa.

Esto lo dijo con tono alegre, pues era una gallina de muy buen humor, siempre dispuesta a reír, a divertirse y a echarlo todo a broma, lo cual no impedía que, según ya hemos dicho, fuese una gallina perfectamente respetable.

Luego se quedó dormida.

Ya la oscuridad era profunda y las gallinas apretujadas unas contra otras, se iban durmiendo. Pero la que estaba junto a la

gallina blanca, no se dormía. Había oído lo que dijo su vecina, pues ella sabía oír sin parecerlo.

Y le faltó tiempo para comunicárselo a su otra vecina; ahora que naturalmente lo varió un poco:

—¿Ha oído usted lo que acaban de decir? —le preguntó. Yo no quiero nombrar a nadie, pero es el caso que aquí hay una gallina que se quiere quedar sin plumas para estar más guapa. ¡Qué atrocidad!

Precisamente encima del gallinero moraba la familia búho: el papá, la mamá y los pequeños búhos.

Tenían todos los oídos tan finos, que no perdieron una palabra de lo que dijo la gallina.

Sus ojos, que ya de por sí eran redondos, se redondearon más que de costumbre, y la mamá búho exclamó, abanicándose con las alas.

—¡No escuchéis esas cosas, hijos míos; demasiado sabéis ya. Lo he oído con mis propios oídos, y Dios sabe si en este mundo se oyen atrocidades antes de que a uno se le caigan las orejas de horror!

Y añadió, dirigiéndose a su esposo, el señor búho:

—¡Ya ves tú qué cosas pasan! Hay en el gallinero de abajo una gallina que se ha olvidado de la educación y de las conveniencias, hasta el punto de arrancarse las plumas para estar más guapa, sin duda para ver si así logra llamar la atención del gallo y que se case con ella.

—Ten cuidado —dijo el papá búho; no son cosas para hablarlas delante de los niños.

—Tienes razón —dijo la mamá búho— pero; al menos se lo iré a contar a la lechuza del frente; también ella me viene a contar todo lo que oye.

Y se fue volando.

—¡Huuuuuu! ¡Huuuuuu! Estuvieron charlando las dos comadres cerca de un palomar.

—¡Huuuuuu! ¡Huuuuuu! ¿Se ha enterado usted?

Allí hay una gallina que se ha arrancado las plumas para ver si así pesca marido. ¡De fijo que lo que así pesca será una pulmonía! ¡Si es que no se ha muerto ya de frío! ¡Huuuuuu!

—¡Rrrrrrucu! ¡Rrrrrrucu! —dijeron unos pichones al oírlas. ¿Dónde ha sido eso? ¿Dónde, dónde?

—Ha sido en el corral del vecino —contestaron una paloma que también había oído. Tan seguro es, ¡como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos! Da vergüenza contarlo, y sin embargo no cabe duda de que así es.

—¡Ah! ¡Claro que no cabe duda! ¡No cabe duda ninguna —dijeron los pichones.

Y se fueron con el cuento a otro corral; pero con el cuento un poquito corregido, naturalmente.

—Allí hay una gallina, y puede que sean dos, que ha tenido la desvergüenza de arrancarse todas las plumas para distinguirse de las demás, llamar la atención del gallo y casarse con él. ¡Han caído enfermas del frío!

—¡Kikirikí! ¡Kikirikí! —dijo el gallo de este gallinero; y volvió a encaramarse a lo alto de la tapia. Desde allí se puso a cantar:

—¡Tres gallinas se han muerto por haberse arrancado todas las plumas para agradar al gallo! ¡Qué horror! ¡Es preciso que todo el mundo se entere de esta historia!

—¡Sí, sí que se enteren, que se enteren! —silbaron los murciélagos. Y los gallos y las gallinas corearon:

—¡Que se enteren, que se enteren! De este modo la historia circuló de corral en corral, y cada vez aumentada un poco.

Así volvió al lugar de donde había salido.

Pero en qué forma llegó, Dios santo.

—Cinco gallinas —decían— se habían propuesto cada una casarse con un gallo. Tan enamoradas de él estaban las cinco, que se arrancaron las plumas para demostrar lo flacas que se habían quedado. Cuando estuvieron completamente desplumadas, se pelearon, se hirieron a picotazos, se ensangrentaron y se mataron unas a otras. Sus respectivas familias están desesperadas; y más desesperado todavía está el dueño del corral, que ha perdido de un golpe cinco hermosas gallinas.

La gallina blanca a la que se le había caído una pluma, oyó esta trágica historia. Naturalmente como estaba "algo" desfigurada no la reconoció.

—Qué cosas pasan en el mundo, Señor —exclamó juntando sus patitas con indignación. ¡Qué gallinas más locas! Gracias a Dios, en este corral nuestro no pueden suceder atrocidades semejantes. Pero es preciso que se entere todo el mundo de esta historia

para que sirva de ejemplo. Y, tal como ella lo había oído, se lo refirió todo a cierta cotorra, que era la encargada de redactar la "Gaceta del Corral".

RAFAEL POMBO
COLOMBIA

LA POBRE VIEJECITA

ERASE una viejecita
sin nadita que comer
sino carnes, frutas, dulces,
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café,
y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en qué vivir
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.

Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
y ocho criadas y dos pajes
de librea y corbatín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás
con banquitos y cojines
de resorte al espaldar.

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar,
con colchón de blanca pluma,
mucha seda y mucho holán[1].

Y esta pobre viejecita
cada año, hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

[1] Holán: tela muy fina que provenía de Holanda.

Y al mirarse en el espejo
le espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras,[2]
papalina[3] y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía qué vestir
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por su zapatos,
chanclas, botas y escarpín,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas,
ya encorvada como un 3,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas[4], joyas, tierras, casas,
ocho gatos y un turpial.

Duerme en paz, y Dios permita
que logremos disfrutar
las pobrezas de esa pobre
y morir del mismo mal.

[2] Antiparras: anteojos o gafas muy pequeñas.
[3] Papalina: sombrerito que usaban las abuelas, también se llamaban cofias.
[4] Onzas: moneda antigua de alto valor. Existían las onzas de oro.

JOSE ASUNCION SILVA

COLOMBIA

ASERRIN

¡Aserrín!
¡Aserrán!

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,

los de Roque,
alfondoque,
los de Rique,
alfeñique,
triqui, triqui, triqui, tran.

Y en las rodillas, duras y firmes de la abuela,
con movimientos rítmicos se balancea el niño
y ambos agitados y trémulos están.
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas,[1] cruza por su espíritu, como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán.

***

Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan.
Triqui, triqui, triqui, tran.

Esas arrugas hondas reflejan una historia
de sufrimiento largo y silenciosa angustia,
y sus cabellos blancos como la nieve están,
de un gran dolor el sello marcó la frente mustia[2],
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que, ha tiempo, las formas reflejaron
de cosas y de seres que nunca volverán.

***

[1] Mas: pero.
[2] Mustia: triste.

Los de Roque, alfondoque.
Triqui, triqui, triqui, tran.

Mañana cuando duerma la anciana, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros en la sombra desde hace tiempo están;
del nieto a la memoria, con grave son que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas vibrarán.

***

¡Los de Rique, alfeñique!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la abuela
con movimientos rítmicos se balancea el niño,
y ambos conmovidos y trémulos están:
mas cruza por su espíritu, como un temor extraño,
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfondoque,
los de Rique,
alfeñique,
¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

CARMEN LYRA
(COSTA RICA)

LA CUCARACHITA MANDINGA

HABÍA UNA vez una Cucarachita Mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco[1].

Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

—¿Si compro un cinco de colorete? —No, porque no me luche[2].

—¿Si compro un sombrero? —No, porque no me luche. ¿Si compro unos aretes? —No porque no me luchen. ¿Si compro un cinco de cintas? —Sí, porque sí me luchen.

Y se fue para las tiendas y compró un cinco de cintas; vino y se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fue a pasear a la Calle de la Estación. Allí buscó asiento.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo: —Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita le contestó: —¿Y cómo hacés de noche?

—¡Mu... mu...!

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutás[3]

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

—¿Y cómo hacés de noche? —le preguntó la Cucarachita.

—¡Guau... guau...!

—No, porque me chutás.

Pasó un gallo: —Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

—¿Y cómo hacés de noche?

—¡Qui qui ri quí!...

—No, porque me chutás.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo:

[1] Cinco: moneda pequeña en tamaño y valor (centavo, puya).
[2] Luche: por «luce».
[3] Chutás: por «asustás» (me asustas).

Parecía un figurín, porque andaba de leva[4], tirolé[5] y bastón.

Se acercó a la Cucarachita y le dijo con mil monedas:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

—¿Y cómo hacés de noche?

—¡I, i,iii...!

A la Cucarachita le agradó aquel ruidito, se levantó de su asiento y se fueron de brasete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la Cucarachita, que era muy mujer de su casa, estaba arriba desde que comenzaron las claras del día poniéndolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una gran olla de arroz con leche, cogió dos tinajas que colocó una sobre la cabeza y otra en el cuadril, y se fue por agua.

Antes de salir dijo a su marido: —Véame el fuego y cuidadito con golosear en esa olla de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ratón Pérez le pasó el picaporte a la puerta y se fue a curiosear en la olla. Metió una manita y la sacó al punto: —¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió la otra: ¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió una pata: —¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió la otra pata y salió bailando de dolor: —¡Demontres de arroz con leche, para estar pelando!

Pero como eran muchas las ganas de golosear, acercó un banco al fuego y se subió a él para mirar dentro de la olla...

El arroz estaba hierve que hierve, y como la Cucarachita le había puesto queso en polvo y unas astillitas de canela, salía un olor que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó para meter las narices entre aquel vaho que olía a gloria. Pero el pobre se resbaló... y cayó dentro de la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la puerta trancada. Tuvo que ir a hablarle a un carpintero para que viniera a abrirla. Cuando entró, el corazón le avisaba que había pasado una desgracia. Se puso a buscar a su marido por todos los rincones. Le dieron ganas de asomarse a la olla de arroz con leche... y ¡va viendo!... a su esposo bailando en aquel caldo.

[4] Leva: levita, o cola de los trajes de etiqueta.

[5] Tirolé: por tirolés, sombrero proveniente del Tirol. (Entre Austria e Italia).

La pobre se puso como loca y daba unos gritos que se oían en toda la cuadra. Los vecinos la consideraban, sobre todo al pensar que estaba tan recién casada. Mandó a traer un buen ataúd, metió dentro de él al difunto y lo colocó en media sala. Ella se sentó a llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—Cucarachita Mandinga
¿por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandiga
lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita
me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar que al verla sin una alita, le preguntó: —Palomita, ¿por qué te cortáste una alita?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y yo por ser palomita
me corté una alita.

Entonces el palomar dijo:

—Pues yo por ser palomar
me quitaré el alar.

Pasó la reina y le preguntó:
—Palomar, ¿por qué te quitaste el alar?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita se cortó una alita...
Y yo por ser palomar
me quité mi alar.

La reina dijo:

—Pues yo por ser reina,
me cortaré una pierna.

Llegó la reina renqueando donde el rey, que le preguntó:
—Reina, ¿por qué te cortaste una pierna?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
y yo por ser reina,
me corté una pierna.

El rey dijo:

—Pues yo por ser rey,
me quitaré mi corona.

Pasó el rey sin corona por dónde el río, que le preguntó:
—Rey, ¿por qué vas sin corona?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó el alar,
la reina
se cortó una pierna,
y yo por ser rey,
me quité la corona.

El río dijo:

—Pues yo por ser río,
me tiraré a secar.

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco, le preguntaron:

—Río, ¿por qué estás seco?

—Porque Ratón Pérez
se cayó en la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó su corona
y yo por ser río,
me tiré a secar...

Pues nosotras por ser negras, quebramos los cántaros.

Pasaba un viejito, quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

—¿Por qué quebráis los cántaros?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó la corona,
el río
se tiró a secar
y nosotras por ser negras,
quebramos los cántaros.

El viejito dijo:

—Pues yo por ser viejito,
me degollaré.

Y se degolló.

***

Entre tanto llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumboso e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd tocando. Los violines y los violones decían:

—¡Por jartón, por jartón,
por jartón
se cayó entre la olla!

Y me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.

JOAQUIN GUTIERREZ
(COSTA RICA)

COCORI

(Selección)*

A breve vida nace destinada, sus edades son horas en un día.

QUEVEDO

Soneto ofreciendo a Velisa la primera Rosa que abrió el verano.

CAPITULO I

EN EL BARCO VIENE UNA ROSA

EN EL AGUA tranquila de la poza, como un limpio cristal, las copas de los árboles se reflejaban reproduciendo una selva submarina.

Cocorí se agachó para beber en el hueco de las manos y se detuvo asombrado al ver frente al suyo un rostro oscuro como el caimito, con el pelo en pequeñas motas apretadas. Los ojos de porcelana de Cocorí tenían enfrente otro par de ojos que lo miraban asustados. Pestañeó, también pestañearon. Hizo una morisqueta y el negrito del agua le contestó con otra idéntica. La risa de Cocorí descubrió sus encías rosadas como tajadas de sandía y las hileras de dientes parejos y blanquísimos.

El negrito dio una palmada en el agua y su retrato se quebró en multitud de fragmentos. Estaba muy contento Cocorí. Por primera vez se había atrevido a penetrar entre los árboles milenarios de la selva y, lleno de curiosidad y excitación, se sentía corriendo una aventura. Ya mamá Drusila debía estar impaciente:

* Indice: Cap. I. En el barco viene una Rosa/ II. Un negrito cumple su promesa/ III. Cocorí encuentra una canción/ IV. Una pregunta sale a rodar tierras/ V. Doña Modorra sabe muchas cosas/ VI. Los Caimanes tienen malas pulgas/ VII. Las abejas bailan con una flauta/ VIII. El peligro ondula en los árboles/ IX. Talamanca la Bocaracá/ X. Sus edades son horas en un día.

—Cocorí, anda a traerme leña —le había dicho.

Pero recogiendo una rama por aquí y otra por allá se había ido adentrando en la catedral misteriosa del bosque, y ya era hora de emprender el regreso.

Cruzó los primeros matorrales en los límites de la selva. Se apresuró, receloso, porque el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y la selva iniciaba su concierto nocturno.

—Croá, croá,
que susto me da.

El sapo le gritaba desde su pantano, y el grillo intervenía con su voz en falsete:

Crí, crí, crí,
apúrate, Cocorí.

Las ramas se alargaban como garras para atraparlo y veía sombras pavorosas por todas partes. Y cuando un buho abrió su ojo redondo y le gritó:

—Estucurú,
¿qué buscas tú?

Cocorí arrancó despavorido a todo lo que le daban las piernas. Corriendo cruzó frente al rancho del Campesino. Un olor a pescado frito le alegró las narices.

—Adiós, Cocorí, ¿a dónde vas tan ligero?

Pero no tenía ánimo de contestar y no se detuvo hasta que se encontró a salvo junto a mamá Drusila. Aferrado a sus faldas se sintió tranquilo, porque las mamás pueden defender a sus negritos de la montaña, del hambre del jaguar o del relámpago.

Por eso no protestó del pellizco de la negra que le decía:

—¿Dónde has estado?

Cocorí no le contestó, lleno de remordimientos, porque siempre le había prohibido que se aventurara en el bosque. Además, a mamá Drusila era mejor dejarla que se serenara sola.

Después de la comida, Cocorí salió a la playa. La selva, a sus espaldas, elevaba su mole tenebrosa y casi impenetrable. De ella salían, a veces, impresionantes mensajeros que ponían sobresaltos en el corazón del negrito. El afelpado Manigordo aparecía en los linderos de la playa en acecho de doña Tortuga que se hacía

un ovillo, atrincherada en su caparazón, y a veces don Zorro, en rápida visita, secuestraba las más tiernas aves del corral.

El mar, enfrente, era también dueño y señor de innumerables secretos que aguijoneaban la imaginación de Cocorí. Por eso corrió hacia el círculo de pescadores que, a la luz de la luna, referían sus aventuras heroicas en el mar y en la selva.

Acuclillado[1] en el ruedo de hombres escuchó una vez más al Pescador Viejo —sus barbas blancas bailaban con los vientos salinos— contar de los hombres rubios que vivían al otro lado del mar, de la dentellada fugaz del tiburón, de las anguilas eléctricas y de la iguana acorazada con su lengua de siete palmos.

—Dime, Pescador —preguntó el negrito: —¿quién puede más, el Caimán o la serpiente Bocaracá?

El Viejo se rascó las barbas, dubitativo, guiñó un ojo y, por último, respondió:

—Todo depende. Si el Caimán la muerde primero, gana el Caimán; pero si la serpiente lo aprisiona entre sus anillos y comienza a destrozarlo con su abrazo.... adiós Caimán.

La conversación se alargó hasta que los párpados de Cocorí comenzaron a pesarle y a duras penas se fue trastabillando[2] de sueño hasta su casa. Lo último que escuchó fue la canción de cuna de mamá Drusila.

—Duérmete, negrito,
cara de moronga,
que si no te duermes,
te lleva candonga.

* * *

Al alba, Cocorí saltó de su hamaca. El canto del gallo corría por el caserío:

—Kikirikí,
ya estoy aquí.

[1] Acuclillado: agachado.
[2] Trastabillando: dando traspiés, cayéndose.

Se lavó la cara con el agua fresca de la tinaja de barro y se encaminó a ordeñar las cabras. Pero al salir a la playa, comprendió que sucedía algo inusitado. Los hombres del pueblo gesticulaban exaltadamente frente al mar. Con el sol matutino sus sombras se prolongaban enormes por los arenales y venían a lamer las piernas de Cocorí. Algunos lanzaban sus sombreros al aire y la algarabía crecía por momentos. El viento trajo los gritos:

—Un barco.

—Que viene un barco.

—Llegan los hombres rubios.

El corazón del negrito dio un vuelco. Se olvidó de la cabra y la dejó tranquila triscando la mata de orégano. Se precipitó hacia el mar y pronto compartía la excitación de los demás.

El Pescador Viejo sentenció:

—Hacía veinte lunas que no venía ninguno.

Los ojos de Cocorí quedaron prendados del mar inmenso que centellaba aspergeado[3] de diamantes. Una lejana columna de humo delgado se elevaba en el horizonte.

Tenía una vaga idea de los barcos. En las noches de luna había preguntado:

—¿Cómo son los barcos?

—Grandes, como todas las casas del pueblo juntas, —le habían respondido—. Comen fuego y echan a correr bufando como el jabalí. Por eso su corazón latía ahora apresurado. Por fin resolvería un misterio.

Los pescadores comenzaron a empujar sus lanchas al agua para ir al encuentro de los hombres rubios. Cargaron sus botes con frutas olorosas y multicolores: caimitos, papayas, piñas, plátanos. Adornaron las bordas con rojas flores de tricopilia y, desde lo alto del palo de sus embarcaciones, colgaron largas guirnaldas de orquídeas.

Cocorí se coló por entre las piernas de los mayores y, encogiéndose lo más posible para pasar inadvertido, se acomodó en una lancha.

Poco después todos bogaban bajo el sol ardiente.

El casco del barco relucía sobre las aguas: Con sus banderas multicolores y la gran chimenea pintada de blanco que arrojaba

[3] Aspergeado: rociado, salpicado.

una gruesa columna de humo, infundía en Cocorí una temerosa fascinación. Los ojos querían saltársele.

Ya más cerca vieron a los hombres acodados en la borda. Eran como los describía el Viejo Pescador. El contramaestre, con su cabellera roja revuelta por el viento, hizo gritar al negrito:

—Miren, se le está quemando el pelo.

Los negros se rieron alegres mientras recogían las sogas para aproximarse al barco. Cocorí se apoderó de una y, apoyándose con pies y manos, trepó ágilmente hasta el puente. Cuando de un salto cayó sobre la cubierta, un grito lo sorprendió:

—¡Mamá, mira un monito!

Cocorí miró a su derecha, a su izquierda, atrás. ¿Dónde estaría el mono? El no veía ninguno. Entonces se dió cuenta de que hablaban de él, y la cara se le puso morada como una berenjena.

Miró enfurruñado a la niña que lo había llamado monito, y el asombro le apretó la garganta disipándole el mal humor.

—Es linda —pensó— como un lirio de agua.

Suave y rosa, con dos ojos como rodajas de cielo y un puñado de bucles de sol y miel, la niña lo miraba encantada.

—Si es un niño, como yo... —y se abalanzó hacia él—. ¡Pero está todo tiznado!

Con un dedito recorrió curiosa la mejilla de Cocorí.

—¡Oh, mamá, no se le sale el hollín!— y los ojos celestes reflejaban desconcierto.

El negrito estaba como clavado en su sitio, aunque tenía unos deseos frenéticos de desaparecer. Hubiera querido lanzarse de zambullida al agua, pero no le obedecían las piernas. Su desconcierto creció cuando la mamá se acercó a mirarlo, y de un salto alcanzó la cuerda y se deslizó hasta la lancha. La niña, desde la borda, lo buscaba con la vista entre las flores y frutas, pero Cocorí, escondido debajo del asiento, sólo asomaba de vez en cuando un ojo todavía cargado de turbación.

De vuelta a la playa, la comezón de la inquietud le recorría el cuerpo. Se había portado tan tonto huyendo de la niña rubia. Con gusto se tiraría los pelos, se daría de puñetes, gritaría. Quizás estaría enojada con él. Y el pesar agolpaba las lágrimas a los ojos de Cocorí.

Por fin concibió una idea.

Corrió a lo largo de la playa recogiendo el tornasol de las conchas, los caracoles nacarados como espuma cuajada. Fue a las rocas a buscar las estrellas de mar palpitantes y los arbolitos de coral, saltando entre los riscos con riesgo de resbalar y darse un peligroso chapuzón.

Con todos sus tesoros, esperó el momento en que una lancha partió cargada de cocos hacia el barco y repitió la travesía de la mañana. Cuando las oscuras manitas, rebosantes de reflejos, depositaron el cargamento de luces en su falda, la niña gritó jubilosa:

—¡Qué lindos caracoles! Este parece un trompo, ése una flor, aquél un pájaro —y con saltos de alegría corría a mostrarlos a todos los tripulantes.

—Escucha —le dijo Cocorí, acercándole un enorme caracol a la oreja— el canto del mar.

Y la niña, embelesada, oyó un lejano fragor de tempestad.

Cocorí era feliz. La niña le hablaba, le escuchaba, le sonreía encantada. Arrastrado por su alegría, comenzó a contarle las mil y una historias del Pescador. Le habló de don Tiburón, avieso y quisquilloso; de las flores carnosas como frutas y de los monos turbulentos y traviesos.

A la niña se le llenaron de luz los ojos celestes:

—¿Hay monos?

—¡Uf! muchísimos.

—¿Y viven cerca?

Cocorí, disimulando su ignorancia en los secretos de la selva, señaló con su dedito hacia las copas de los cedros:

—Allí vive la tribu de los Titís.

—¡Ay, cómo quisiera tener uno! ¿Es muy difícil conseguirlo?

Por la mente del negrito pasaron fugazmente las prohibiciones de mamá Drusila, los ruidos que había escuchado la tarde anterior, el pavor al Tigre y a la Serpiente. Pero la niña tenía tanta ilusión en los ojos que todo lo olvidó:

—Yo te traeré uno —le prometió impulsivo.

Ella le lanzó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla. Después le dijo, entre exclamaciones de alegría:

—Yo también quiero regalarte algo.

Y rápida corrió hacia su camarote. Cocorí se quedó pensando en la temeridad de su ofrecimiento cuando la vio reaparecer. Entre sus manos traía una Rosa. Parecía hecha de cristal palpitan-

te, con los estambres como hilos de luz y rodeada de un nimbo de resplandor y de fragancia.

Para Cocorí era algo mágico. Retrocedió unos pasos asombrado. El sólo conocía las grandes flores carnosas de su trópico. Esta flor era distinta. Jamás podría cerrar sus pétalos para atrapar las abejas como lo hacían las flores carnívoras de la manigua. Su perfume no tenía ese aroma hipnótico de las orquídeas. Era un olor leve como una gasa transparente que envolvió a Cocorí en su nube.

Miró a la niña atónito y volvió a ver la Rosa.

—En el país de los hombres rubios —pensó el negrito— las niñas y las flores son iguales.

Y con su Rosa apretada contra el pecho, celoso del viento que quería arrebatársela, Cocorí emprendió el regreso hacia la costa.

Esa noche la flor iluminó la choza de mamá Drusila.

CAPITULO X

SUS EDADES SON HORAS EN UN DIA

Con la misma apetencia con que los caballos vuelven a su pesebre, la Tortuga marchaba de regreso con un trotecito anheloso que no podía disimular. El Tití, descaradamente contento, iba silbando con las manos agarradas a la espalda. Sólo Cocorí se veía muy alicaído[4]. Siempre rezagado, no podía olvidar que su Rosa había muerto en un día y que, en cambio, esos seres que viven centenares de años arrastran una existencia sin sentido. Era una espina que no se podía arrancar.

Salieron de la tierra de la Serpiente, orillaron de nuevo los dominios de don Manigordo, demarcados por un olorcillo a almizcle[5], inconfundible. Y dando un largo rodeo evitaron cuidadosos la Laguna de los Caimanes.

—Los correos de la selva pueden haber avisado a don Torcuato —recordó prudente la Tortuga—, y éste es rencoroso.

Al día siguiente gastaron toda una mañana por culpa del Tití.

[4] Alicaído: triste, desanimado.

[5] Almizcle: sustancia aromática y amarga. Se saca del vientre de un ratón llamado, almizclero. Se usa en la fábrica de perfumes.

Alegre con la idea del regreso venía adornándose con flores multicolores la cabeza y ya se había tejido una guirnalda que, colgada del cuello, le arrastraba al andar. Al ver una mariposa aterciopelada se lanzó a correr detrás de ella.

—Me la pondré sobre la cabeza como un lazo—. Además recordó que el gusanito de la mariposa era un exquisito manjar.

Salió a la carrera siguiendo el caprichoso vuelo del insecto, pero éste fue a desaparecer en un hueco, junto a un árbol. El Tití, empecinado en su cacería, adelantó la cabeza y medio cuerpo por la estrecha abertura. ¡Buen castigo sufrió su testarudez! Era esa la madriguera de un Zorro Hediondo que apestó de mal olor al pobre monito.

Cuando el Tití regresó, llevaba una cara tan larga que doña Modorra le preguntó:

—¿Qué nueva calamidad te ha pasado?

Pero no necesitó la respuesta.

—¡Uff!— y con ambas manos se tapó la nariz.

El Tití los miraba con profundo desconsuelo. Ni él se podía resistir.

—¿Qué hacemos, oña Bodorra?—, preguntó Cocorí con la nariz apretada entre las manos.

La Tortuga indicó una poza de agua y el monito, se alejó para proceder a una concienzuda limpieza. Esto dio un respiro a Cocorí y doña Modorra.

Pero a la vuelta el Tití siempre esparcía un aroma nada de agradable.

Doña Modorra buscó tricopilias y orquídeas y las exprimió sobre el monito, pero el perfume naufragaba en el olor del Zorrillo. El Tití estaba tan compungido de ver que sus amigos debían trabajar con las narices taponadas.

Le dieron fricciones con orégano, perejil, albahaca y todas las yerbas olorosas que pudieron encontrar. Llegaron al recurso final de fregarlo con floripondio[6], lo que atenuó algo los efluvios poco amables.

A la tarde prosiguieron el camino. Fue quedando atrás la selva espesa y llegaron a las márgenes del río. Con la proximidad de sus hogares hasta el abatimiento de Cocorí se atenuó. Pero era

[6] Floripondio: flor blanca y aromática del arbusto del mismo nombre.

triste volver derrotado. Prosiguieron por la orilla del río y al llegar a la cascada divisaron a alguien. Al reconocer al Negro Cantor el desaliento de Cocorí estalló en sollozos.

—¡Ah, Negro Cantor, qué desgraciado soy!

—Pero, ¿qué te pasa, Cocorí? Tu mamá ha andado loca buscándote.

El llanto no le dejó contestar.

—Cuéntame —insistió el Negro suavemente, y su amable bondad animó a Cocorí.

—¿Te ...acuerdas... de ...mi flor? —articuló por fin.

—¿La Rosa de la Niña Rubia?

—Siií, no esperó mi regreso —y una nueva explosión de pena le cortó la palabra.

—Tranquilízate, Cocorí —animó el Cantor conmovido y le hizo cariño en el pelo.

—Pero ¿por qué, Negro Cantor, si mi Rosa era linda y buena, por qué tuvo una vida tan corta?

—Te engañas, Cocorí —sonrió el Cantor en un relámpago de dientes blancos— no es una vida corta.

—Si ya te lo dije, vivió sólo un día. Y ahí tienes a don Torcuato y a Talamanca hinchados de tiempo.

El Cantor acomodó al Negrito sobre sus rodillas: —¿No viste que tu Rosa tuvo una linda vida?, —le preguntó—. ¿No viste que cada minuto se daba entera hecha dulzura y aroma?

—Oh, sí ¡cómo me llenó de felicidad!

—¿Qué es la vida de Talamanca la Bocaracá, que se arrastra perezosa asolando todo a su paso y durmiendo largas digestiones? ¿Y don Torcuato? Bilioso[7] por el poder de su vecina, se desquita haciendo daños a su alrededor.

Cocorí se estremeció ante el recuerdo.

—¿Tú crees que eso es vivir, Cocorí? Dormitar al sol rumiando pensamientos negros y malvados. ¿No ves que tu Rosa tuvo en su vida luz, generosidad, belleza, y estos otros nunca la han conocido?

Doña Modorra comenzó a asentir violentamente con la cabeza. ¡Eso era, claro, esa era la explicación que ella había andado buscando!

[7] Bilioso: de mal carácter.

El Negro Cantor prosiguió:

—Tu Rosa vivió en horas más que los centenares de años de Talamanca y don Torcuato. Son años apretados en minutos.

Cocorí sentía que una luz lo empapaba por dentro.

—Por ella salvé yo a doña Modorra —recordó—. Por ella rescaté al Tití y por ella me atreví a vencer la selva —y comenzó a ensanchársele una sonrisa en el rostro.

—¿Así es que se puede vivir mucho en un ratito? —preguntó inocente.

—¡Claro que sí! —le respondió el Negro, contento de que le hubieran entendido—. ¿Verdad que fue una larga vida?

Cocorí miró a su alrededor y vió el aire galopar alegre arrastrando mariposas. La savia subía por el tallo de las magnolias jugosas y se regaba por los prados. Cocorí era feliz.

Y los cuatro amigos, tomados de la mano, comenzaron a bailar y saltar locos de alegría.

—Y ahora a casita —le recomendó el Cantor— que tu mamá debe estar muy intranquila.

El Tití se despidió y corrió a sus cocoteros a contar sus aventuras. Cuando Cocorí, después de abrazar al Negro y a la Tortuga pasó, lo oyó todo importante exagerando sus aventuras en la selva.

—... entonces le mordí la cola a Talamanca...

Los monillos, a su alrededor, saltaban y alborotaban de excitación. Claro que el Tití se guardaba bien de decir que Talamanca estaba dormida.

La carcajada estrepitosa de Cocorí amoscó un tanto al mono, que en medio del círculo de oyentes tenía una actitud de arrojo y valentía.

Pero Cocorí no quiso descubrir a su amigo y continuó a la carrera. Pasó los matorrales y salió a la playa. Vió que los huevos de doña Modorra ya se habían abierto y una docena de tortuguitas estaban aprendiendo a mojarse los pies en la espuma de las olas.

—Ya viene la mamá —les previno, alegre de darles la noticia.

Siguió corriendo por la playa y cuando divisó su choza comenzó a gritar:

—¡Mamá Drusila, aquí vengo, soy yo, Cocorí!

La Negra salió a la puerta limpiándose el rostro con el delantal. De un abrazo alzó a Cocorí hasta quedar su carita junto a la de Drusila.

—¿Dónde estabas, hijo mío? ¿Qué te habías hecho? —Y los besos le llenaban la cara.

—Ya te contaré, mamá. ¿Sabes? Mi flor tuvo una vida muy larga, me lo explicó el Cantor.

—¿Sí, cómo?

—Dice que tuvo una vida apretada, que en un día vivió más que el Caimán y que Talamanca.

—¡Ah! qué bueno, Cocorí, pero, además yo te tengo una sorpresa. ¿Recuerdas la rama de la Rosa que quedó en el vaso? Pues ven.

Y llevándolo de la mano lo llevó al jardín.

Con los desvelos de la Negra que la había regado día y noche, ansiosa de que cuando regresara Cocorí le sirviera de compañía para que nunca la volviera a abandonar, en el centro del jardín crecía un rosal.

Sus grandes rosas rojas se abrían bajo el candente sol del trópico. Y tenían también los estambres del más fino cristal, y esparcían alrededor un aroma suavísimo, como una nube rosada de encanto.

GABRIELA MISTRAL
(CHILE)

CANCION DE PESCADORES

NIÑITA de pescadores
que con viento y olas puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar-nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte...

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente...

A DONDE ES QUE TU ME LLEVAS

¿A DÓNDE es que tú me llevas
que nunca arribas ni paras?
O es, di, que nunca tendremos
eso que llaman "la casa"
donde yo duerma sin miedo
de viento, rayo y nevadas.

Si tú no quieres entrar
en hogares ni en posadas
¿cuándo es que voy a dormir
sin miedo de las iguanas
y cuándo voy a tener
cosa parecida a casa?
Parece, Mama, que tú
eres la misma venteada...

—Si no me quieres seguir
¿por qué no dijiste nada?
Yo te he querido dejar
en potrerada o en casa
y apenas entras por éstas
te devuelves y me alcanzas
y tienes miedo a las gentes
que te dicen bufonadas
y en las ciudades te azoran
los rostros y las campanas.

—Es que yo quiero quedarme
contigo y tú nunca paras.

Di siquiera a dónde vamos
a llegar. ¿Es en montañas
o es en el mar? Dilo, Mama.

—Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
lo de "indio pata rajada",
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.
Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.
Ya camina, ya se acerca,
feliz y llena de gracia.

MARTA BRUNET
(CHILE)

HISTORIA DEL LOBO CUANDO SE ENFERMO

RESULTA QUE una vez el señor Lobo estaba muy enfermo y nadie se comedía para ir a darle un traguito de agua ni para hacerle un remedio. El Lobo era el mismo que se encontró en el bosque Caperucita Roja, el que se fue a la casa de la Abuelita, se la comió, se vistió con su ropa y después esperó metido en la cama que llegara la niña para decirle que entrara, que las orejas le habían crecido para oír mejor y que los dientes eran tan grandes para mejor comérsela.

Bueno, todo esto ya lo saben ustedes.

Pero no saben que después que llegó el leñador, cuando ya el mal Lobo se había comido a Caperucita Roja, y que abrió la guata[1] del Lobo y sacó de su estómago a la viejecita aterrada y a la niña muy tranquila, ésta hizo que aquélla, muy ducha en medicinas, cosiera el animal dañino y con ciertos emplastos de hierbas de la montaña lograra que las heridas cicatrizaran y volviera el Lobo a su cubil, arrepentido y contrito, dispuesto por solemne promesa a nunca más comerse a las niñitas que atraviesan el bosque, ni a las abuelitas que las esperan en la cama rezando el rosario.

El Lobo cumplió su promesa. Pero no por eso dejó de comer corderitos y otros indefensos animalillos. Y siempre era él muy temido y odiado. Y es claro, cuando se enfermó gravemente, nadie quería ir a darle un poquito de agua ni a hacerle un remedio.

Y resulta que entonces el Lobo empezó a dar unos grandes ¡ayes! de dolor, de hambre y de miedo, porque creía que de un momento a otro iba a morirse solito en su abandono. Y el Eco —que ya saben ustedes que es muy bueno para repetir recados— se fue corriendo a contarle lo que pasaba a Caperucita Roja, que estaba ese día terminando de bordar un cubrepiés que le iba a regalar a su Abuelita.

Y como ya saben ustedes que la niña está llena de bondad, pues inmediatamente que supo la noticia se puso su capa roja, de

[1] Guata: barriga.

la cual le venía el llamarla como todos la llamamos. Y muy ligero se fue por el bosque hasta llegar a casa de la Abuelita y pedirle que la acompañara a ver al Lobo enfermo.

Y resulta que juntas y con el canastito en que la Abuelita guardaba sus hierbas medicinales, atravesaron el bosque, camino del cubil del Lobo.

Este estaba hecho un grito, con un dolor terrible en el costado, porque lo que tenía era gripe.

Los Animales del bosque las vieron pasar, llenos de aprensión[2], sabiendo que iban tan de prisa por ver al Lobo. El Eco había contado la noticia a todo el mundo. Y como las buenas acciones dejan siempre surco, tras los pasos de la Abuelita y Caperucita Roja se fueron todos a ver cómo estaba el enfermo, un poco novedosos y otro poco deseosos de servir.

Y resulta que cuando llegaron al cubil del Lobo iba tras ella una verdadera procesión, que encabezaba la señora Zorra, siguiéndola la señora Rata del Campo, el señor Culpeo, la Sapa-Verde, la Sapita Cua-Cua, el jote-Calchón y muchos amigos nuestros, todos en fila india para no molestarse unos a otros.

Bueno. ¡Hay que ver cómo estaba todo sucio en el cubil del Lobo y cómo estaba éste de enfermo! Inmediatamente Caperucita Roja se puso a barrer y a limpiar. Y la Abuelita se puso a preparar sus remedios. Pero aquí fue lo lindo: cada uno de los Animales que venían detrás de ellas quiso ayudar en algo, y la señora Zorra del Campo con su larga cola se puso a barrer, y el Jote-Calchón y sus niños sacaron la basura, y la Sapa-Verde y los Sapitos-Guainas echaron agua en el suelo, y los Chincoles trajeron hierbitas suaves para hacer una cama nueva, y así cada uno ayudó en la medida de sus fuerzas y al poco rato el cubil del Lobo era una verdadera casa, limpia y todo.

Y entonces la Abuelita le puso una cataplasma y le dio una taza de tilo, y ya el Lobo empezó a sentirse mejor. Y como se quejara de frío, pues nada menos que las señoras Ovejas del Prado vinieron a acurrucarse a su lado para darle calor con su lana.

Y el Lobo estaba cada vez mejor y en esto se quedó dormido, dando unos tremendos ronquidos, que tenían muertas de risa a las Cachañas, que ya saben ustedes que son muy alegres.

[2] Aprensión: temor.

Así pasó un largo rato, y era casi media tarde cuando el Lobo despertó muy contento, porque ya se había mejorado. Caperucita Roja y la Abuelita le dijeron lo que habían hecho por él los Animales y entonces el Lobo dijo que él iba a ser el Lobo Bueno, y que todos iban a ser sus amigos desde ese día.

Y cumplió su promesa, y murió de viejo, cuidado por todos sus compañeros del bosque y por los hijos de Caperucita Roja, que eran sus más queridos amigos.

PABLO NERUDA
(CHILE)

UN CANTO PARA BOLIVAR

PADRE nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.
¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.

¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.

Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, ¿eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
"Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".

JOSE MARTI
(CUBA)

*LOS ZAPATICOS DE ROSA**

A mademoiselle Marie
JOSÉ MARTÍ

HAY sol bueno y mar de espuma,
y arena fina, y Pilar
quiere salir a estrenar
su sombrerito de pluma.

—"¡Vaya la niña divina!"
dice el padre, y le da un beso:
—"¡Vaya mi pájaro preso
a buscarme arena fina!"

—"Yo voy con mi niña hermosa",
le dijo la madre buena:
"¡No te manches en la arena
los zapaticos de rosa!".

Fueron las dos al jardín
por la calle del laurel:
la madre cogió un clavel
y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
con aro, y balde y paleta:
el balde es color violeta:
el aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:
nadie quiere verlas ir:
la madre se echa a reír,
y un viejo se echa a llorar.

*Este poema fue escrito por Martí para su revista dedicada a los niños, *La Edad de Oro*, editada en Nueva York, 1889.

El aire fresco despeina
a Pilar, que viene y va
muy oronda:[1] "¡Di, mamá!
¿Tú sabes qué cosa es reina?"

Y por si vuelven de noche
de la orilla de la mar,
para la madre y Pilar
manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
todo el mundo está en la playa:
lleva espejuelos el aya
de la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
que salió en la procesión
con tricornio[2] y con bastón,
echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
con tantas cintas y lazos,
a la muñeca sin brazos
enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
sentadas con los señores,
las señoras, como flores,
debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
tan serios, muy triste el mar:
¡lo alegre es allá, al doblar,
en la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
mejor allá en la barranca,
y que la arena es muy blanca
donde están las niñas solas.

[1] Oronda: orgullosa, contenta de sí misma.
[2] Tricornio: sombrero de tres picos o cuernos.

Pilar corre a su mamá:
—"¡Mamá, yo voy a ser buena:
déjame ir sola a la arena:
allá, tú me vez, allá!"

—"¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojes:
anda, pero no te mojes
los zapaticos de rosa".

Le llega a los pies la espuma:
gritan alegres las dos:
y se va, diciendo adiós,
la del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
las aguas son más salobres,
donde se sientan los pobres,
donde se sientan los viejos!

Se fue la niña a jugar,
la espuma blanca bajó,
y pasó el tiempo, y pasó
un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
detrás de un monte dorado,
un sombrerito callado
por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
para andar: ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
por qué le cuesta el andar;
—"¿Y los zapatos, Pilar,
los zapaticos de rosa?

—"¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Di, dónde, Pilar! —"Señora"
dice una mujer que llora:
"¡están conmigo: aquí están!"

—"Yo tengo una niña enferma
que llora en el cuarto obscuro,
y la traigo al aire puro
a ver el sol, y a que duerma.

"Anoche soñó, soñó
con el cielo, y oyó un canto:
me dio miedo, me dio espanto,
y la traje, y se durmió.

"Con sus dos brazos menudos
estaba como abrazando;
y yo mirando, mirando
sus piececitos desnudos.

"Me llegó al cuerpo la espuma,
alcé los ojos, y vi
esta niña frente a mí
con su sombrero de pluma.

—"¡Se parece a los retratos
tu niña!" dijo: "¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?

"Mira: ¡la mano le abrasa,
y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos;
yo tengo más en mi casa!"

"No sé bien, señora hermosa,
lo que sucedió después:
¡Le vi a mi hijita en los pies
los zapaticos de rosa!"

Se vio sacar los pañuelos
a una rusa y a una inglesa;
el aya de la francesa
se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos:
se echó Pilar en su pecho,
y sacó el traje deshecho,
sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
de la enferma la señora:
¡no quiere saber que llora
de pobreza una mujer!

—"Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
también! ¡Tu manta! ¡Tu anillo!"
Y ella le dio su bolsillo:
le dio el clavel, le dio un beso.

Vuelven calladas de noche
a su casa del jardín:
y Pilar va en el cojín
de la derecha del coche.

Y dice una mariposa
que vio desde su rosal
guardados en un cristal
los zapaticos de rosa.

NICOLAS GUILLEN
(CUBA)

CANCION DE CUNA PARA DESPERTAR A UN NEGRITO

Dórmiti, mi nengre,
mi nengre bonito...

E. BALLAGAS

UNA paloma
cantando pasa:
—¡Una, mi negro,
que el sol abrasa!

Ya nadie duerme,
ni está en su casa;
ni el cocodrilo
ni la yaguasa,
ni la torcaza...

Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrazo, venga
con su negraza.
¡Aire con aire,
que el sol abrasa!

Mire la gente,
llamando pasa;
gente en la calle
gente en la plaza;
ya nadie queda
que esté en su casa...

Coco, cacao
cacho, cachaza.
¡Upa, mi negro
que el sol abrasa!

Negrón, negrito,
ciruela y pasa,
salga y despierte
que el sol abrasa.

Diga despierto
lo que le pasa...
¡Qué muera el amo,
muera en la brasa!

Ya nadie duerme,
ni está en su casa:
¡Coco, cacao,
cacho, cachaza,
upa, mi negro,
que el sol abrasa!

MIRTA AGUIRRE
(CUBA)

LA PAJARA PINTA

PÁJARA pinta,
jarapintada,
limoniverde,
alimonada.

Ramiflorida,
picoriflama,
rama en el pico,
flor en la rama.

Pájara pinta,
pintarapaja,
baja del verde,
del limón baja.

CIZAÑA

AMIGA cigüeña
se puso a la greña
con amiga araña:
que si pedigüeña,
que si mala entraña,
que si una castaña,
que si un haz de leña,
que si por trigueña,
que si aquella seña,
que si una patraña,
que si tan tacaña,
que si tan pequeña,
¡que si una alimaña!...

Amiga cigüeña
con amiga araña.

ADIVINAJA

ALTO en la nube,
suenasonaja:
campa que sube,
nero que baja.

ELISEO DIEGO
(CUBA)

LA VEZ QUE ME PUSE SERIO DE RISA

CUANDO terminaron ayer las clases, me entretuve un rato con los muchachos jugando a la pelota en los terrenos de la escuela. Yo no sé qué entienden ustedes por "un rato"; pero, pensándolo bien, me parece un poco corta la palabra para las dos horas que duró el juego. "Seguro que mamá y papá regresaron ya del trabajo", me dije mientras me acercaba a la puerta. Y me quedé con el índice a unos dos centímetros del timbre.

Porque adentro había una algarabía tal de risas y carreras, que ni todos mis compañeros juntos retozando a la hora del recreo arman una mayor. Olvidé el timbre y me puse a golpear la puerta. Se abrió de pronto y vi en un relámpago la cara de papá roja de risa: desapareció enseguida volando hacia donde estaba mamá detrás de la mesa redonda, con las manos a la espalda como escondiendo algo, y ahogándose también de risa. Los dos empezaron a correr alrededor de la mesa, tan rápido, que no se sabía bien en qué punto comenzaba y terminaba papá. Por fin él la alcanzó y la rodeó entre sus brazos. Ella, sofocada, reclinó la cabeza en su hombro. Dio la casualidad de que terminaron en una posición que me dejó verle la cara. Tenía los ojos brillantes de travesuras; la boca entreabierta para respirar mejor, sonreía de un modo tan dulce, que de pronto me pareció estar viendo, no a mamá, sino a una niña.

Me sorprendió tanto verla así, que no me cansaba de mirarla. En eso, papá que le había quitado lo que escondía a la espalda, se dio vuelta sin dejar de abrazarla y me gritó, levantando triunfante lo que resultó ser una foto de tamaño mediano:

—¡Mira, mira cómo es de verdad la fierecita esta que no le tiene miedo a nada y dice que tira mejor que yo! ¡Cómo se van a reir las compañeras del Comité!... —y me alargó la foto y se puso a brincar y a dar vueltas con mamá entre los brazos lo mismo que un trompo.

Ni siquiera se me ocurrió bajar la vista a la foto. ¡Papá también era un niño! No podía quitarles los ojos de encima mientras bailaban y reían. Muy serio, me quedé allí hecho una estatua,

pensando no sé cuántas cosas. Cosas que uno sabe sin darse cuenta —no sé si me explico. Cómo mamá, a pesar de que trabaja tanto dando sus clases en la secundaria, insiste en cocinarle a papá los platos que a él le gustan, aunque le lleven más tiempo, y no quiere que la ayude a fregar los cacharros, porque, dice, pasarse dos días al timón de una rastra[1] no es juego; y cómo papá se sienta al borde de la mesa de la cocina, meciendo una pierna y conversando con ella; y cuando por fin la tiene distraída, pues ya está él fregando a su lado y ella cuenta que te cuenta algo que pasó en la escuela, hasta que de pronto le da un empujoncito y le dice: "¡Y tú qué haces aquí!"... Y los dos se ríen y siguen fregando juntos.

¿No serán estas cosas, me pregunto, las que me hacen sentir tan bien cada vez que vuelvo de la escuela? Saber que "los viejos" —así les decía hasta hoy!— están esperándome en medio del cariño que se tienen y que ese cariño me va a rodear —como el calor de la cocina cuando sopla un norte— tan pronto se abre la puerta....

De repente estaba viendo a mi abuela —casi la tenía delante aunque vive allá en el pueblo—, blanca entre su aroma de hierbas limpias, sentada en un sillón junto al retrato de abuelo, al que nunca le falta un búcaro de flores frescas. Hasta ese momento no entendía cómo aquel joven con su machete a la cintura —dicen que lo mató la guardia rural hace muchísimo tiempo, allá por el año 33—, hasta ese mismísimo momento, digo, no entendía cómo un hombre tan joven podía ser mi abuelo. Entre las risas de los dos niños grandes escandalizando por allá no sé dónde, veo como a través de una nube que el pelo de abuelita es más negro que el ala de un totí[2], que desaparece la redecilla de sus arrugas, que los ojos le brillan como cocuyos encendidos, y que una muchacha menuda y linda está ahora junto al joven que se escapó del marco y le pasa un brazo sobre el hombro. ¿A quién me recuerda, a quién, esa linda muchacha?...

Entretenido con estas ocurrencias, bajo la vista a lo que tengo en la mano. Otro retrato, pero este es el de una niña bastante menor que yo: me mira sonriendo tímidamente con la cabeza inclinada sobre un hombro y una flor en la mano derecha. ¡Ni se puede nadie imaginar una niña más tímida y graciosa!... Seguro

[1] Rastra: cabo que se arrastra en el fondo del mar para buscar y sacar objetos sumergidos. Aparato que sirve para desviar el agua de las acequias.

[2] Totí: pájaro insectívoro de plumaje negro y pico encorvado.

—pienso, sonriendo yo también— que si se le encarama una lagartija a ese zapatico, va a dar un brinco que la hará saltar del retrato. Y la palabra retrato me recuerda el que está ahí sobre la mesa redonda: la foto de un desfile en la Plaza de la Revolución. Una escuadra de milicianas, y esa muchacha —la segunda, a la izquierda, en la primera fila— de los ojos tan brillantes y fieros y el pelo lacio que parece agitarse bajo la boina con el paso de marcha, la que empuña tan firme la metralleta contra el pecho... ¡es la misma niña que sostiene la florecita en el retrato!.. ¡Mamá, dos o tres meses después de su boda con papá!... ¡Y también, claro, la muchacha a la que se parecía la otra, la que soñé o imaginé asomándose entre los finísimos hilos que se entrecruzaban sobre la cara de abuela!

Siento que me están mirando —uno lo *siente*, a veces— y levanto la vista y son los dos niños grandes que se han tranquilizado por fin. Papá le pasa a ella un brazo sobre los hombros: es como si tuviera delante lo que se me ocurrió imaginar hace un momento con abuelo y abuela.

Pero yo no estoy para bromas. Pienso en cosas muy serias. En lo bueno de ese cariño que vino bajando desde tan lejos —de abuelo y abuela a mamá y papá para rodearme al fin con este calor que me abriga tanto. De pronto, no sé por qué, pienso en Alicia —la trigueñita que se sienta delante de mí en el aula, y tiene la piel como un café que fuese al mismo tiempo seda. Y mira lo que son las cosas, me echo a reír como un bobo y ellos también y no tenemos para cuándo acabar y ellos se creen que me río por la broma del retrato y no saben que es de puro gusto por tenerlos allí conmigo y por todas las cosas serias que estaba pensando y porque mañana a lo mejor se lo cuento todo a Alicia en el recreo. Seguro que va a entenderme, aunque sea tan enredado. Porque ella sabe oírlo a uno sin decir una palabra.

Sus ojos grandes y tranquilos van siguiendo lo que cuentas y no se les escapa nada, ni siquiera, creo yo, esos puntos y comas que nadie pone cuando habla.

Sí, voy a contarle a ella —solamente a ella— lo que me pasó ayer cuando la risa me puso tan serio.

MANUEL J. CALLE
(ECUADOR)

LEYENDAS DEL TIEMPO HEROICO

(Selección)

QUESERAS DEL MEDIO
(1819)

IRRITADO ESTÁ EL Libertador, y, además, inquieto.

Dirige ansiosas miradas por el río, cuanto la vista le alcanza, y no ve ninguno de los barcos que había mandado preparar para el paso de su gente.

Morillo con sus veteranos se encontraba no lejos, en Calabozo: Quero y sus seiscientos valientes a un paso de ahí en San Fernando. El plan era atacar a Morillo; pero tenía, para hacerlo, que pasar el Apure; y allí, adelante, extendíase el río ancho y caudaloso que le detenía. ¿Iba, pues, a perder el éxito de la campaña? Los dos mil soldados que traía, ejército improvisado por su genio y su actividad después de que uno de sus tenientes se dejó sorprender, días antes en "La Hogaza," estaban condenados, así a la inacción o bien a una derrota segura? ¿Para esto, pues, había venido desde Angostura, verificando una marcha memorable, a unirse con la gente de los Llanos y su impertérrito Jefe?

Y, sin embargo, él lo había prevenido y ordenado todo. A ese mismo jefe, que aprobara su operación sobre Calabozo y aún le indicara el punto más a propósito para ir al otro lado, le mandó adelante, a preparar embarcaciones y facilitar el camino.

¡Y ahora... nada!

Barcos sí hay; a la parte opuesta se ven una cañonera, tres flecheras y varias canoas... *¡pero son de los enemigos!*

Esos enemigos contemplan los apuros del ejército patriota, y tienen razón de reírse, porque, a lo menos en ese momento azaroso, aquellos apuros son irremediables; y brincan de contento, con la natural insolencia del que se encuentra desafiando con su presencia, tranquila e impunemente, a un adversario inerme.

Un hombre, joven todavía, de mediana estatura, de complexión sanguínea, ancho de espaldas y de recia musculatura, sonríe con incalificable placidez al lado de Bolívar. Ese era el Jefe que habiendo venido adelante, nada ha hecho por la seguridad del ejército mediante la preparación de barcos.

Bolívar se vuelve a él y le dice:

—General Páez: ¿dónde están los buques que usted tiene prevenidos?

—Señor, contesta el llamado Páez con una tranquilidad que a su interlocutor le parece abominable, —cuento con una cañonera, tres flecheras y varias canoas. ¿No le parece a usted que en ellas puede pasar la tropa?

–¡Ya lo creo! ¿Pero ¿dónde están?

Páez extiende el brazo, señala las embarcaciones del frente, sonríe de nuevo y dice con calma imperturbable:

—Allí.

—¡Cómo!... Y creyendo ser objeto de alguna burla, inverosímil en semejantes circunstancias, le mira de hito en hito el Libertador.

El otro no cede ante esa mirada, y se contenta con hacer un signo afirmativo de cabeza.

—Sí—, agrega. *El enemigo las tiene.*

—Oh!..., se contenta Bolívar con exclamar, adivinando el pensamiento de su segundo.

Pero ese pensamiento le parece tan absurdo, tan loco, que su inquietud crece y sus lamentaciones continúan.

¡Qué contratiempo! ¡He ahí un plan fracasado!

Páez nada replica; pero entre tanto se vuelve a uno de sus oficiales y grita:

—¡Coronel Arismendi!

—¡Señor!

—Cincuenta escogidos.

—Cada cual vale lo que otro, mi General.

—Pues los que más a mano se hallen.

—Está bien, mi General.

Páez comienza calmadamente a despojarse de parte de sus ropas; y concluida esa operación, desensilla su caballo.

Arismendi y los cincuenta compañeros le imitan.

Semidesnudos y montados a pelo, toman luego sus lanzas.

Y se arrojan al río...

Empresa loca, ¿no es verdad?

¡Ah, los buenos caballos, ah, los jinetes inmejorables!

Nadan en silencio hacia las barcas, la tripulación de las cuales les deja venir, sin penetrar su intento: ¡les parece tan inverosímil!

Ya cerca de ellas, atruenan el río y los campos vecinos con su formidable grito de guerra, y se esfuerzan porque los corceles lleguen pronto.

Suena una detonación... Es que las barcas se defienden...

Pero no tienen tiempo de hacer segunda descarga. Páez, Arismendi y sus cincuenta caen sobre ellas, alancean, destrozan, arrojan al río cuantos enemigos se les ponen adelante batiéndose con la energía de un valor indómito; saltan a bordo, se apoderan de las embarcaciones...

Momentos después, ya de regreso con la vencida flotilla, Páez, jadeante, chorreando agua y sangre, sus cabellos, en alto la terrible lanza, le dice a Bolívar atónito:

—Y bien, señor, ¿no es cierto que podrá pasar la tropa en estos barquitos que ya son nuestros?

Bolívar le abraza, entusiasmado; pasa su gente, corre a Calabozo, sorprende a Morillo, le intima rendición ofreciendo que se apiadaría del *mismo Fernando VII* sí con él estuviera mucha gente.

...Si no consumó la ruina del jefe español, no fue suya la culpa ciertamente.

Estos sucesos tenían lugar en el mes de febrero del año de gracia 1818.

***

Por aquella época el General *José Antonio Páez* era joven todavía, pues apenas contaba veintiocho años; pero la fama de sus hazañas llenaba ya Venezuela, y era el terror de los llanos del Apure, en donde había levantado una división para combatir contra los españoles, sin sujeción a nadie, obrando por su propia cuenta y remitiendo su derecho a los botes de su lanza. Su carrera había sido corta, distinguiéndose por actos de valor increíble.

Sus tropas se componían de jinetes, aquellos famosos llaneros cuyo renombre dura aún en nuestros días.

Montados en ágiles potros, sin más armas que una lanza, y a veces también una carabina, el puñal al cinto, sin equipo ni impedimento, aquellos hombres de hierro volaban como un huracán por las inmensas llanuras, siempre en persecución del enemigo, dándole cargas tremendas, molestándole, sorprendiéndole, apareciendo tan pronto en una parte como en otra, infatigables e indomables. Si el número era mayor, rompían filas, lanzaban un grito gutural, se desparramaban por la llanura y se perdían en el horizonte a presencia del enemigo atónito que ni lugar tenía para perseguirles.

Fieros y crueles, no daban cuartel ni lo pedían; cada bote de su lanza era un enemigo muerto, y se cebaban en la matanza con ímpetus a la vez de tigres y de leones.

Indisciplinados e indisciplinables, combatían cuando y donde querían, sin reconocer otro Jefe que el más valiente... ¡Cuánto debía de serlo Páez para que le hubiesen proclamado caudillo suyo y adherídose a él con una fidelidad salvaje, a prueba de sacrificios!

Sus campamentos eran la pampa húmeda, donde dormían al pie de sus caballos, sin más tienda que la inmensidad del firmamento ni otras hogueras que los astros encendidos en la altura que atisbaban su sueño...

Vestidos, pocos y primitivos; calzado, jamás lo conocieron; forraje para sus caballos daba la grama de las llanuras; los abrevaban en las aguas de los ríos, que atravesaban, centauros invencibles, con las riendas en la mano y la lanza entre los dientes.

Vituallas ¿para qué? Si tenían hambre mataban los toros que pacían en el fondo de la pampa, los asaban entre la hierba y se los comían, sentados alrededor de la fogata, como los héroes griegos en el campamento de Agamenón.

¿Qué los corceles estaban rendidos? Pues no había más que tomar otros, de los millares que ofrecían las grandes yeguadas que pasaban a su vista. Pronto el lazo, la vista experta, el pulso firme, y la nueva cabalgadura no tardaba una hora en relinchar y rebotar bajo sus piernas de hierro... Y otra vez a la carrera huracanada, bebiéndose los vientos, haciendo silbar el aire con la punta de su arma formidable; y luego, ¡al combate y a la matanza! ....¡Hombre

extraordinario debía de ser Páez para haberles acaudillado durante tantos años!

Todo era creíble de esos feroces y sobrios guerreros de la llanura; porque la heroicidad era en ellos cosa natural y corriente.

***

¡Cuánto les debió la independencia!

De ellos queremos referir brevemente una de las acciones más portentosas, acaso la más culminante de la Epopeya americana, tan llena de cosas sorprendentes.

¿Quién no ha oído hablar de la función de guerra llamada de las *Queseras del Medio*?

Las cosas pasaron de la manera siguiente: —Las cuenta el mismo Páez en un libro suyo que publicó ya viejo y en el destierro[1].

El General Morillo, al frente de una espléndida división de seis mil quinientos hombres de todas armas, infantería, artillería y caballería, se había metido imprudentemente en los llanos del Apure, deseoso de exterminar a los guerreros de la independencia que la sostenían en esa parte al mando del invicto Páez.

Lo que sufrió en esa campaña, como perdido en aquellos ilimitados desiertos, falto de provisiones, embarazado con una impedimenta pesadísima y hostigado sin cesar por los republicanos.

No tenía un momento de reposo el ejército realista, muy superior al contrario, aunque menos avezado a esa clase de guerra.

Páez, habiendo dejado en lugar seguro la infantería y una emigración de diez mil personas que, huyendo de las iras españolas, seguía los pasos de sus reducidas tropas, opuso a Morillo un sistema de alarmas, asaltos y sorpresas que le traía a mal andar. Tan pronto se le aparecía a vanguardia como a retaguardia, por un flanco como por el otro. Si la ocasión le venía propicia para un golpe de mano, lo daba, y desaparecía rápido como un ave que se pierde en el espacio. Siempre a vista del enemigo y nunca a su alcance, le mareaba con la rapidez de sus movimientos y causaba la desmoralización de sus tropas.

***

[1] *Autobiografía*, dada a luz en Nueva York por la Casa Appleton. Ver tomo I.

Esto era en los primeros meses del año 1819.

Bolívar, reconciliado ya con Páez y habiendo perdonado la debilidad con que éste se dejara investir del mando supremo con desconocimiento de la autoridad que él, Bolívar, representaba, acudió desde la Guayana a hacerse cargo del ejército, llevándole refuerzo y, más que todo, el inmenso prestigio de su presencia en el lugar de la campaña. Llegó el 17 de marzo del año que acabamos de citar.

Después de algunos encuentros, no siempre favorables a los patriotas, repasó el Arauca, situándose en la margen derecha, en tanto que el General enemigo se preparaba a hacer un movimiento decisivo sobre su línea.

Al efecto se acercó por la orilla izquierda el día primero de abril; y como veinte oficiales de caballería conducidos por Páez en persona saliesen a verificar un reconocimiento, y se encontrasen súbitamente con doscientos jinetes enemigos que formaban la descubierta del ejército de Morillo, les atacaron furiosamente, matando, aprisionando y arrojando los despedazados restos sobre el grueso del ejército que andaba por ahí cerca.

El riesgo de una batalla general era inminente, y aunque al Caudillo republicano no le conviniese aceptarla, por la inferioridad de su infantería, parecía inevitable.

Al día siguiente, —¡memorable dos de abril!— Morillo, después de algunas evoluciones, vino a ponerse al frente de Bolívar, bien que fuera de tiro de cañón.

Era ya un reto que no había como esquivar. El río estaba por medio, y convenía atraer al enemigo.

Páez elige ciento cincuenta hombres entre Jefes Oficiales y soldados, pasa el río, los forma en tres columnas de a cincuenta cada una, y se va sobre el enemigo.

Este mueve contra él todas sus fuerzas; despliega su infantería, forma los jinetes y principia a hacer jugar su artillería. ¡Seis mil hombres contra ciento cincuenta, que sólo tienen sus buenas lanzas para defenderse!

Los patriotas se retiraron ordenadamente con dirección al río; y al verles en retirada, corren hacia ellos mil jinetes, —toda la caballería, entre ella doscientos carabineros, —juzgando el triunfo fácil y cierto, pues la diminuta tropa, fugitiva al parecer, no puede

tener escape posible puesta entre un ejército que les cañonea y fusila y un río en aquel punto invadeable.

Los ciento cincuenta continúan retirándose, hasta que oyen a sus espaldas el mugido de las olas del Arauca.

Algunas guerrillas les sostienen desde la ribera opuesta; pero ¿qué auxilio es el suyo, cuando los tiros enemigos se han dirigido contra ellos?

¡Ha llegado el último momento para el *León de los Llanos* y sus impertérritos compañeros! ¡No hay salvación! Ya los jinetes enemigos están sobre ellos, se vienen al escape, dejando a larga distancia la masa numerosa del Ejército... ¡Ya llegan, ya están allí...!

Rápido Páez, manda volver caras, ordena los suyos en siete grupos de a veinte hombres: enristran lanzas, aprietan los ijares de los corceles, y se van como si fuesen a la muerte...

Horrendo fue el choque. Las secciones de a veinte se meten por entre las filas enemigas, de frente y por los flancos, y, sin darles un instante de descanso, las alancean, les atropellan y desbaratan...

Resisten esos enemigos, porque valor no les falta; oponen lanzas a lanzas, pechos a pechos. Todo en vano: van de vencida.

Se apean entonces los doscientos carabineros, quieren ordenarse, hacer uso de sus armas... ¡vano esfuerzo! Son alanceados en tierra en vez de ser clavados sobre las sillas de sus cabalgaduras... Al fin huyen a la desbandada, siendo degollados en la fuga...

Páez en su furiosa arremetida llega con su escuadrón a las filas mismas de la infantería y se lanza contra ella: cinco mil hombres retroceden a su presencia; los cañones callan, y el ejército entero de Morillo, aturdido y espantado, retrocede, se desbanda, refúgiase en el bosque en que se apoya su retaguardia... La noche llega; cesa la matanza, y Páez se arroja otra vez al río, presentándose luego victorioso ante el ejército republicano...

Esta fue la increíble acción de las *Queseras del Medio*. Los españoles dejaron cuatrocientos soldados y caballería tendidos en el campo: los patriotas tuvieron *dos muertos y cinco heridos*.

Aturdido Morillo, se retira precipitadamente a Achaguas, rechazado por la carga de menos de doscientos llaneros, de la *gavilla,* como él los llamaba...

> Jamás se había visto ni después se vio en la guerra de la Independencia un combate más desigual, —dice Baralt—, ni más glorioso para las armas de la República: combate que sería increíble si no estuviera apoyado en el testimonio de los amigos y de los enemigos de Páez y de multitud de documentos fidedignos[1].

Al día siguiente, Bolívar decretó la concesión de la *cruz de Libertadores* a todos los vencedores de la víspera, —jefes, oficiales y soldados.

Y el 4 de abril se expresaba de esta manera en una carta a su amigo D. Guillermo Withe:

> Antes de ayer, el General Páez ha logrado un golpe admirable, sobre Morillo y que pudo haber sido completamente decisivo, si la noche no lo hubiera ocultado a nuestras lanzas. No pensábamos más que darle a conocer la superioridad de nuestra caballería; y así, no aprovechamos el brillante resultado que tuvimos, porque no habíamos preparado el lance para ello. Arrollamos todo el ejército cuando sólo pensábamos batir una parte de su caballería. Ciento cincuenta valientes, mandados por el General Páez, no podrían solos destruir todo un ejército, estando nuestras tropas con el Arauca por medio.

[1] Páez en su *Autobiografía*, da la lista de los que asistieron a esta memorable función de armas. Nosotros no reproducimos por no llenar mucho el espacio y por no consentir la naturaleza de este libro.

ALFONSO CUESTA Y CUESTA
(ECUADOR)

*PERO EL SOL NO SE DETUVO**

ERAS TAN pequeñita que dudabas de la redondez de la tierra y cualquier arroyo te parecía un río muy grande, capaz de irse solo hasta el mar, y tenías, sobre todo, una seguridad absoluta en la existencia de los ángeles.

El trueno era para ti enorme bronce rodante en forma de campana. Por eso daba vueltas tan raras y necesitaba de nubes muy fuertes para sostenerse.

¿Y el rayo?... Y tenías un enorme deseo de dar la vida por algo. En cuanto a la Aritmética algunas veces te quedabas en cama, adrede, pero repetías entre sueños, la lección de historia.

¿El rayo?... Pues el miedo no te daba tiempo para pensar en nada, pero algo tenía que ver con las vidrieras, con el alma y con los rincones oscuros que palidecían al sentirlo... Además, venía de lo alto.

Pero qué maravilla era cuando te ibas lejos de los tejados a la tierra. Volvías por la tarde, traída, y tu pequeño índice señalando el mundo.

—¡Esa hormiga! ¡Ese cerro!

Las trenzas te llegaban hasta las rodillas y tus ojos eran azules con pequeñas pestañas. (Alguien te dijo un día —después— que no tenías pestañas y tú, al pasar, cerraste los ojos para que yo las viera... Sí, tenías, pero ciertamente eran pequeñas y contribuían a hacer más pura tu mirada).

Como eras niña feliz tenías quinta, lejos de la ciudad y ya cuando los exámenes se acercaban, continuamente pensabas en tus cosas lejanas: la casa... La última vez, para volverte a la ciudad, te despediste hasta de un ratón que solía pasar, de repente, de un hueco a otro... tanto que en la ciudad, cuando escogías juguetes, preferiste un ratón de terciopelo, con alfileres por ojos,

* Nota: este mismo texto aparece reproducido en la *Antología de Cuentos*, editado por el Fondo Editorial Solar, Mérida, 1993 con el título: «La niña que defendió a su hermano».

de cabeza café. Mas, se le acababa la cuerda antes de llegar al hueco... ¡El otro tenía mucha cuerda!

Las cholas[1] vecinas. Los cercados. Las pencas, de tan maduras azules, con los espinos negros como picos de mirlo. Ese camino. Ese bosque. Cierta vez, un indio muy viejo te contó un cuento. Era un indio tan viejo que juraba haberle conocido a Bolívar. Los indios jóvenes afirmaban que tenía trescientos años y que le estaban naciendo alas... Pero en realidad, apenas llegaba a los noventa y, en cuanto a las alas, un día tuviste oportunidad de verlo en la puerta de su choza, asoleándose, y sólo viste —eso sí muy claramente— sus pobres clavículas. Entonces los indios jóvenes te dijeron que sus alas se escondían del sol como los murciélagos y que sólo le salían por las noches... Cuando te contó el cuento era de noche. Y, hasta ahora —así era el cuento— dudas.

Pasaba a la derecha de la casa un arroyo. Sólo hasta las puertas del jardín era libre, porque después, en las piletas, le educaban haciéndole regar hasta las flores amarillas y luego, sin rodeos, le obligaban a estrellarse en la rueda del molino.

Los molinos de viento sólo recibieron, cierta vez, una lanzada, pero éste era atacado día y noche. La enorme rueda crujía. Parecía querer subirse por el chorro, con sus chanclos mojados, sin lograrlo.

No estoy seguro de si a ti te prohibieron acercarte, pero creo que un día el hueco de tu almohada amaneció enharinado y que más tarde asomaste con las trenzas recién hechas y los párpados enrojecidos...

De repente, el arroyo se secó. Vino el molinero a la ciudad con la noticia, y tu papá estuvo ausente muchos días, mas el agua no volvió.

Cuando saliste a vacaciones la rueda estaba quieta, con musgo. Hasta tenía algunas hojas, de un verde oscuro, en los radios. Arriba, el molino, cano. Y el cuarto del molinero abandonado. Cuando subiste por primera vez había sol y el cuarto te gustó mucho porque tenía una enorme ventana y casi todo el cielo tras los vidrios.

Por la tarde, volviste. Y un día... Pero precisamente es éste el cuento: éste en que narraré tu hazaña: ¿comprendías tú lo que le

[1] Nombre con que se designa a las mujeres indígenas en varias regiones de Suramérica.

pasaba a tu hermano? Seguramente, no, pero obraba tu instinto. El debió tener, por esa época, la edad que ahora tú tienes... Y hoy, por eso, le darás la razón más ampliamente todavía... (¿Harías tú ahora por ti misma lo que por él hiciste?).

Una noche llegó tarde a la quinta. Tanto, que el portón estaba ya con llave y tuvo que saltar por el cercado. Otra noche, muy tarde, sentiste sus pisadas. Te quedaste muy quieta y atisbaste[2] anhelante, la respiración de tu padre. Y ya volvías la cabeza a la almohada, gozosa, cuando un gran ruido de macetas te sobresaltó...

Pero no, todavía no hubo mayor cosa. Muy de mañana te llevaron lejos y sólo estuviste de regreso a la hora del almuerzo.

—¿Qué pasaría? —te preguntabas— ¿Ya le habrá reconvenido?

Y te llegaste, inquieta, a la mesa. Nada. Pero algo había sombrío, en el ambiente, pese[3] a ti, pese al sol de esa hora, esa sombra, como fruta arrancada de la rama. No se habló en ningún idioma. De cuando en cuando tu padre espantaba a una abeja, con saña... Y de repente... ¿Pero qué le pasó? Y el castigo te pareció tan injusto que te erguiste indignada. Todos te miraron...

—¡Me voy! —dijiste— ¡Si no le retira el castigo, me huyo! ¡Me voy de la casa para siempre!

¡Qué te iban a tomar en serio! Llegaste al molino y se levantaron todos, en silencio. Saliste; hacia el Norte, cielo, cerros confundidos. Hacia el Sur, un gran bamboleo de eucaliptos. Y en ti —¡pero cómo en ti, tan pequeñita!— sonante, más alta que el bosque, tu alma. Allí estuviste. Luego —¡cómo iban a tomarte en serio!— te vieron corriendo en el gallinero, atrás de tu polla blanca con negro. Cuando ya la cogiste, la guardaste debajo de una canasta y subiste a tu cuarto. A poco asomaste con tus muñecas bajo el brazo izquierdo y después, con el derecho extendido y los labios "así", te acercaste al gato. ¡Ya! Y luego volviste por la polla. Casi no podías llevar tanta cosa. Los ojos se te llenaron de lágrimas cuando viste tu casa desde afuera. Tanto, que vacilaste. ¡Pero otra vez tu alma, sonante!

Caminaste. Te fuiste por el antiguo cauce del arroyo, para que no te viesen. Y esto te costó mucho trabajo, porque justamente,

[2] Atisbaste: miraste cuidadosamente.
[3] Pese: a pesar de.

allí donde antes el agua se encrespaba por las piedras, la polla se alborotó, las muñecas gritaron, pestañeando, y el gato te clavó las uñas. Tuviste que soltarle hasta arreglarle las alas a la polla. Luego, diste unos pasos sin el gato, y viste con alegría que ya no necesitabas marcarle, porque a pasos largos y con el rabo muy alto te seguía.

¡Qué te iban a tomar en serio! Llegaste al molino y te detuviste; te instalarías allí para siempre, con lo tuyo. ¡Cómo pugnaba tu alma por salirse, dando gritos! Pero te contuviste: querías primero instalarte. Entonces, sí, aldabaste la puerta "para siempre" y lloraste amargamente. Te habías echado boca abajo y podía verse por tus hombros, cómo los sollozos se apagaban.

La polla, tranquila, aclaró el entablado, sacando trigo de las rajas... Paz. ¡Era tan agradable ese ruido del pico! El gato hiló. Unos instantes estuviste escuchándolo y luego, incorporándote, lo acariciaste. Pasando por el lomo, tu mano topaba con el rabo erguido y regresaba. Muy pronto estuviste contenta y distribuiste el cuarto entre tus muñecas.

—Usted aquí —decías— no, más acá, dormida. Y usted, de portera... Si vienen, (otra vez te indignaste) ¡que no vuelvo!

Tras la ventana, estaba el día tranquilo. Te llegaste a los vidrios.... ¡Qué lástima! ¡No se veía tu casa! ¿Te estarían buscando? Creíste oír la voz de tu madre. Ese humo que pasaba en ligeras nubecillas era de la chimenea de tu casa. Pegaste la sien izquierda a los vidrios, para mirar siquiera el vértice del techo, pero nada.

En la linde del bosque, el leñador cortaba un árbol. Hería el tronco el hacha silenciosa, y cuando ya estaba alta, sonaba. Contaba tres... Y oías. Arriba, en la ladera, un indio araba. La yunta iba delante a paso lento, contra corriente... Una bandada de aves grises pasó hacia el bosque, chillando.

Volviste a las muñecas. El gato estaba ahora alerta, con la mirada fija. Había también una araña pero nadie la veía. La polla, en una pata y la cabeza atenta —el ojo hacia las nubes de colores— hilaba en el pico una musiquilla fina de vidrio molido. Y así pasó mucho tiempo. ¿Qué pensaste en esas horas? Es muy difícil decirlo. Ni tú misma, ahora, podrías precisarlo. Pero una gruesa mosca zumbadora entró por no sé dónde y ya no hubo paz; la araña recogió todo su hilo y se agazapó en la tela, y la polla,

inquieta, picoteaba en el aire. Tú misma escondías la cara entre los brazos cuando se te acercaba y luego la seguías con la vista. Se te veía, a veces, la garganta. Ibas a renegar, cuando la mosca enloqueció; volaba y se estrellaba. Sentía de repente, endureciéndose el aire; eran los vidrios. Y cayó. Te acercaste seguida de la polla. Estaba con las patas arriba, las movía, mas tú ya ni la viste; miles de golondrinas volaban tras los vidrios; las nubes eran rojas, doradas y adoptaban las más hermosas formas. Había grietas profundas de un azul tenso y de allí se desprendían golondrinas. Algunas rozaban la vidriera. Y, de repente, dos se posaron tan cerca de tus manos que habrías podido cogerlas, sin los vidrios. Nunca, a ninguna ave libre viste tan de cerca. ¡Y habían sido todo alas! Sobre la mota blanca del pecho una cabeza diminuta y alas. Todo alas. Te vieron y volaron. Otras se detenían en el aire, piando. Al elevarse arriba, se doraban. Era que el sol estaba ya muy alto. Pero tú no lo reparabas. A lo lejos, el árbol, con la copa hendida en la luz, se estremecía a cada hachazo. De pronto, el hombre corrió y con un largo crujido el eucalipto se tendió sobre la tierra, oscuro.

Te resolviste; el gato estaba tenso. Nunca viste tan claramente sus bigotes. Saltó... y te quedó mirando, con un pequeño ratón en el hocico. Horrorizada, te apartaste. Afuera —tú no lo veías— la tarde iba a morir. Palidecía por instantes, con las venas abiertas. En vano, en el ocaso, sus ángeles llegaban hasta el éxtasis, debía morir. No lo veías; pero porque la polla se subió a una estaca y los ojos del gato se encendieron, comprendiste... Y algo injusto, tremendo, porque nunca lo esperaste, te hirió: la noche ¡Cómo golpeó tu corazón contra los vidrios!

Ni una golondrina. Por el monte, los bueyes desyuntados y en todos los árboles el miedo, susurrante.

De tu pequeña garganta oprimida una voz:

—Papá tuvo razón...

Pero esta idea te avergüenza, enrojece, y del fondo de ti misma, de tu alma.

—¡No!

Golpeas las yemas de los dedos en los vidrios.

Oyes tu nombre en el camino, por el lado del bosque, repetido.

Un foco se enciende a lo lejos y es como si un puñado de focos, un pueblecito entero se encendiera... Y cuando parpadeas, las luces caen. Pero tu alma, más alta que el bosque:

—¡Fue injusto!

Las esquinas del cuarto se te acercan como brujas y en los cerros distantes la noche ateza sus alas.

—¡Fue injusto!

Y no sabías: por ti, el cielo inmolaba en el ocaso sus más blancos corderos. Y por ti —¡por ti tan pequeñita!— toda la ancha tierra, angustiada, era este grito:

—¡Sol, detente!

Pero el sol no se detuvo.

CLAUDIA LARS
(EL SALVADOR)

VAMOS A LA HUERTA

SEÑORES, no se burlen:
Doña Ana no está aquí,
y aunque este huerto es suyo
no come perejil.

Doña Ana come hojaldras[1]
y queso de jazmín,
y a veces, en la tarde,
compota de alhelí.

—¿En dónde está doña Ana?
—Tal vez en su jardín;
debajo del almendro
que da una sombra gris.

Vamos a la huerta
de torontoronjil
a ver a Doña Ana
comiendo perejil.

¿Doña Ana no envejece?
Doña Ana es siempre así,
la misma de la ronda
que se canta sin fin...

Doña Ana, la de siempre,
tan dueña del abril,
en un país de niños
ha querido vivir.

¿Cómo será Doña Ana?
¡No lo puedo decir!

[1] Hojaldra (s): en algunos países de América se dice por *hojaldre* (s): masa de harina de hojas muy finas, sobadas con manteca y colocadas en hojas superpuestas que al hornearse forman un delicioso pastel muy apreciado por los niños.

De blanco esta vestida,
de blanco y carmesí.

En su falda de vuelos,
que yo no sé medir,
juegan todas las brisas,
duerme todo el jardín.

Vamos a la huerta
de torontoronjil
a ver a Doña Ana
comiendo perejil.

Buenos día, Doña Ana,
¿nos quiere usted abrir?
Buenas noches, Doña Ana,
¿nos presta su candil?

Los niños van cantando
y son miles y mil...
Entre las rosas baila
la rosa rosalí.

Y el canto como un río,
como un río sin fin,
nos dice lo de siempre,
lo que yo repetí:

Vamos a la huerta
de torontoronjil
a ver a Doña Ana
comiendo perejil.

SALARRUE
(EL SALVADOR)

CUENTOS DE CIPOTES

(Selección)

EL CUENTO DEL CUENTO QUE DESCUENTEYA

PUESIESQUE YANTO Yanto iba gotiando por el andén. Daba un pasito y dejaba cair una gota, daba otro pasito y dejaba cair otra gota porque tenía sangrenariz por gusto, sin trompada, y le dijeron: "¿Por qué tenés sangrenariz?" y dijo "Es que semiá desangrado" y seguía dando pasitos y gotiando. Y Melico iba detrás contando las gotas: "... cuarenticinco, cuarentiséis, cuarentiséis y medio, cuarentisiete con un chilguete"... Y le dijo Yanto Yanto "¿Y por qué me venís contando la sangre, vos?" "Es para ver siuno de tualto tiene siquiera cien gotas", le dijo, "cuando ya se te acabe la sangre te tenés que desmayar, porque dice mi papá que la sangre sostiene porque tiene fierro".

Eneso venía el ductor don Moncho y le dijo: "¿Quién te pegó?" y Yanto Yanto le dijo: "Yo sólo me desangré con singraciamente". "Entonces es sangrenariz" dijo y miró quioras eran en su chacalele y siguió caminando. "Bueno", le gritó Melico, "¿y no dice qués médico pué? ¿Por qué no lo cura?" "Atiendo en mi ojicina" le dijo "de 2 a 5 pemele". Y se jué con su bastón. Y Melico dijo ligerito: "ochenticinco, ochentiséis, ochentisiete (a mí me curó mi mamá con que oliera un adobe mojado con güinagre), ochentinoventidós..."

"¡Andate cipotío!" ...le dijo Yanto Yanto "¡no seya que se me vaya lalbarda-unlado y te dé con un adobe!" Y Melico le dijo:"¡Ta bueno..., desgradecidos que uno les viene ayudando y nuagradecen!.... Sólo poreso me vuá regresar por el rastroesangre contando al revés" y se regresó con las bolsas en las manos y descontó hasta bien lejos y cuando yegó al uno todavía faltaba como media cuadra y se paró y dijo: "¡Achís!, este sangral ha sobrado, pero noliase" y se jué y siacabuche.

PUESIESQUE un arfiler pechito estaba paradito en una almuada de juguete y mirando platiado para todos lados y dijo: "¡Yo questoy haciendo aquí, si ni soy poste de teléfono ni antena de radio, ni asta de bandera, ni nada! Ya me voy por esos mundos, de turis turistas". Y pegó un salto a pie junto y cayó en una mesenoche acostado. Y eneso yegó la Cenífera arreglar las camas y puso una cajejójoros que se bía caido al suelo sobre la mesenoche y ¡tas!, se le ensartó el arfiler en un dedo gordo, y pegó un respingo y gritó: "¡Ay Santas Sánimas del lavatorio, Señor Descápulas, ya me picó un alcarabán chuzudo, traicionista y rectil!" y se chupó el dedo con todas sus juerzas. Y el arfiler se le bía escordeleros en la bolosita del delantar y pensando el vivo: "Aquí viajo casi de choto en un sabrosísimo hamaquiado de caderas". Porque la Cenífera era una criadita bien pispirringa y cuanduiva andando meniaba el guardafango parayá y paracá, para que vieran sus inamorados que estaba nuevita y bien aceitada y dijeran: "¡Qué chula la Cenífera, es mera ágile para ir caminando y güele!". Porque todos sus novios eran choferes. Y en un zaguán se incontró con un novio y siabrazaron juerte y el chofer pegó un corcovo y le dijo: "¡Ay, que espina tenés por el taye!". Y la Cenífera se rumorizó de la cara y así la vista, sonrisándose, le dijo: "¡Tansacón que sos, eso es por decirme que soy rosa con espinas en el tayo!". "¡Qué tayo, ni qué güirinches!" le dijo el chofer rascándose el umbligo, "mias ensartado un chuzo en la barriga". Y se sacó el aljiler con una gotita de sangre colorada y se luenseñó. "¡Agüen!" le dijo la Cenífera asustada: "¿Y cómo ando yo ese arfiler, pué?" Y lo tiraron por ayá y cayó en el andén, onde lo pepenó un señor que lo yevó al monte onde se puso a cojer mariposas de lindos colores, flores-siyas de alegre mañana, y agarró una grandota con verde, rojo, colorado, tinto y vermeyón y ¡tas!, la prendió con el arfiler en un cartón, que, pobrecita, le dolió, pero no dijo ¡ay!, porquera valiente y en un descuido se desprendió aletiando del cartón y sencumbró en los aigres sutiles, yevándose el arfiler que iba cabalgando contentísimo, impensablis de viajar en avioneta recién pintada y sin pagar. Y cuando ya había subido bien alto, la pobre mariposa se murió y cayó lupin la Lupe y por más gritos que pegaba el arfiler no revivió y sestreyó en un pedrero de unos cuatro

Pedros questaban almorzando debajo de un morro: Pedro Garniya, Pedro Lengua, Pedro Cucusa y Pedro Loroco, que se yamaban y estaban celebrando su santo. Y los Pedros lo safaron del avión todo doblado y torcido y dijeron: "¡Ya fregamos, tenemos anzuelo para pescar y éste es un milagro de San Pedro que es su santo y el de nosotros y quera pescador!". Y el arfiler bien contento porque andaba de turis turista y iba a conocer el jondoelmar y siacabuche.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS
(GUATEMALA)

LEYENDAS DEL SOMBRERON

El Sombrerón recorre los portales...

EN AQUEL apartado rincón del mundo, tierra prometida a una Reina por un Navegante loco,[1] la mano religiosa había construído el más hermoso templo al lado de las divinidades que en cercanas horas fueran testigos de la idolatría del hombre —el pecado más abominable a los ojos de Dios—, y al abrigo de los vientos que montañas y volcanes detenían con sus inmensas moles.

Los religiosos encargados del culto, corderos de corazón de león, por flaqueza humana, sed de conocimientos, vanidad ante un mundo nuevo o solicitud hacia la tradición espiritual que acarreaban navegantes y clérigos, se entregaron al cultivo de las bellas artes y al estudio de las ciencias y la filosofía, descuidando sus obligaciones y deberes a tal punto, que, como se sabrá el Día del Juicio, olvidábanse de abrir el templo, después de llamar a misa, y de cerrarlo concluidos los oficios...

Y era de ver y era de oir y de saber las discusiones en que por días y noches se enredaban los más eruditos, trayendo a tal ocurrencia citas de textos sagrados, los más raros y refundidos.

Y era de ver y era de oir y de saber la plácida tertulia de los poetas, el dulce arrebato de los músicos y la inaplazable labor de los pintores, todos entregados a construir mundos sobrenaturales con los recados y privilegios del arte.

Reza en viejas crónicas entre apostillas[2] frondosas de letra irregular, que a nada se redujo la conversación de los filósofos y los sabios; pues, ni mencionan sus nombres, para confundirles la Suprema Sabiduría les hizo oír una voz que les mandaba se ahorraran el tiempo de escribir sus obras. Conversaron un siglo sin

[1] Se refiere a Cristóbal Colón.
[2] Notas o explicaciones para comprender un escrito no muy claro.

entenderse nunca ni dar una plumada, y diz que cavilaban en tamaños errores.

De los artistas no hay mayores noticias. Nada se sabe de los músicos. En las iglesias se topan pinturas empolvadas de imágenes que se destacan en fondos pardos al pie de ventanas abiertas sobre panoramas curiosos por la novedad del cielo y el sinnúmero de volcanes. Entre los pintores hubo imagineros y a juzgar por las esculturas de Cristos y Dolorosas que dejaron, deben haber sido tristes y españoles. Eran admirables. Los literatos componían en verso, pero de su obra sólo se conocen palabras sueltas.

Prosigamos. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos, como dice Bernal Díaz del Castillo en "La Conquista de Nueva España", historia que escribió para contradecir a otro historiador; en suma, lo que hacen los historiadores.

Prosigamos con los monjes...

Entre los unos, sabios y filósofos, y los otros, artistas y locos, había uno a quien llamaban a secas el *Monje,* por su celo religioso y santo temor a Dios y porque se negaba a tomar parte en las discusiones de aquéllos y en los pasatiempos de éstos, juzgándoles a todos víctimas del demonio.

El *Monje* vivía en oración dulces y buenos días, cuando acertó a pasar, por la calle que circunda los muros del convento, un niño jugando con una pelotita de hule.

Y sucedió...

Y sucedió, repito para tomar aliento, que por la pequeña y única ventana de su celda, en uno de los rebotes, colóse la pelotita.

El religioso, que leía la Anunciación de Nuestra Señora en un libro de antes, vio entrar el cuerpecito extraño, no sin turbarse, entrar y rebotar con agilidad midiendo piso y pared, pared y piso, hasta perder el impulso y rodar a sus pies, como un pajarito muerto. ¡Lo sobrenatural! Un escalofrío le cepilló la espalda.

El corazón le daba martillazos, como a la Virgen desustanciada[3] en presencia del Arcángel. Poco necesitó, sin embargo, para recobrarse y reír entre dientes de la pelotita. Sin cerrar el libro ni levantarse de su asiento, agachóse para tomarla del suelo y devolverla, y a devolverla iba cuando una alegría inexplicable le hizo

[3] Desustanciada: sin peso, sin carne.

cambiar de pensamiento: su contacto le produjo gozos de santo, gozos de artista, gozos de niño...

Sorprendido, sin abrir bien sus ojillos de elefante, cálidos y castos, la apretó con toda la mano, como quien hace un cariño, y la dejó caer en seguida, como quien suelta una brasa; mas la pelotita, caprichosa y coqueta, dando un rebote en el piso, devolvióse a sus manos tan ágil y tan presta que apenas si tuvo tiempo de tomarla en el aire y correr a ocultarse con ella en la esquina más oscura de la celda, como el que ha cometido un crimen.

Poco a poco se apodera del santo hombre un deseo loco de saltar y saltar como la pelotita. Si su primer intento había sido devolverla, ahora no pensaba en semejante cosa, palpando con los dedos complacidos su redondez de fruto, recreándose en su blancura de armiño, tentado de llevársela a los labios y estrecharla contra sus dientes manchados de tabaco; en el cielo de la boca le palpitaba un millar de estrellas...

—¡La Tierra debe ser esto en manos del Creador! —pensó.

No lo dijo porque en ese instante se le fue de las manos —rebo-tadora inquietud—, devolviéndose en el acto, con voluntad extraña, tras un salto, como una inquietud.

—¿Extraña o diabólica?...

Fruncía las cejas —brochas en las que la atención riega dentrífico invisible— y, tras vanos temores, reconciliábase con la pelotita, digna de él y de toda alma justa, por su afán elástico de levantarse al cielo.

Y así fue como en aquel convento, en tanto unos monjes cultivaban las Bellas Artes y otros las Ciencias y la Filosofía, el nuestro jugaba en los corredores con la pelotita.

Nubes, cielo, tamarindos... Ni un alma en la pereza del camino. De vez en cuando, el paso celeroso de bandadas de pericas domingueras comiéndose el silencio. El día salía de las narices de los bueyes, blanco, caliente, perfumado.

A la puerta del templo esperaba el monje, después de llamar a misa, la llegada de los feligreses[4] jugando con la pelotita que había olvidado en la celda. ¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!,

[4] Los creyentes de determinada iglesia.

repetíase mentalmente. Luego, de viva voz, y entonces el eco contestaba en la iglesia, saltando como un pensamiento:

¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!... Sería una lástima perderla. Esto le apenaba, arreglándoselas para afirmar que no la perdería, que nunca le sería infiel, que con él la enterrarían..., tan liviana, tan ágil, tan blanca...

¿Y si fuese el demonio?

Una sonrisa disipaba sus temores: era menos endemoniada que el Arte, las Ciencias y la Filosofía, y, para no dejarse mal aconsejar por el miedo, tornaba a las andadas, tentado de ir a traerla, enjuagándose con ella de rebote en rebote..., tan liviana, tan ágil, tan blanca...

Por los caminos —aún no había calles en la ciudad trazada por un *teniente para ahorcar*— llegaban a la iglesia hombres y mujeres ataviados con vistosos trajes, sin que el religioso se diera cuenta arrobado como estaba en sus pensamientos. La iglesia era de piedras grandes; pero, en la hondura del cielo, sus torres y cúpula perdían peso, haciéndose ligeras, aliviadas, sutiles. Tenía tres puertas mayores en la entrada principal y entre ellas, grupos de columnas salomónicas,[5] y altares dorados, y bóvedas y pisos de un suave color azul. Los santos estaban como peces inmóviles en el acuoso resplandor del templo.

Por la atmósfera sosegada se esparcían tuteos de palomas, balidos de ganados, trotes de recuas, gritos de arrieros. Los gritos abríanse como lazos en argollas infinitas, abarcándolo todo: alas, besos, cantos. Los rebaños, al ir subiendo por las colinas, formaban caminos blancos, que al cabo se borraban. Caminos blancos, caminos móviles, caminitos de humo para jugar una pelota con un monje en la mañana azul...

—¡Buenos días le dé Dios, señor!

La voz de una mujer sacó al monje de sus pensamientos. Traía de la mano a un niño triste.

—¡Vengo, señor, a que, por vida suya, le eche los Evangelios a mi hijo, que desde hace días está llora que llora, desde que

[5] Columnas salomónicas: aquellas que tienen forma de espiral en su cuerpo central entre la base y el capitel, como las del templo de Jerusalén. Su nombre proviene del rey sabio Salomón, hijo de David.

perdió aquí, al costado del convento, una pelota que, ha de saber su merced, los vecinos aseguraban era la imagen del demonio...

(...tan liviana, tan ágil, tan blanca...)

El monje se detuvo en la puerta para no caer del susto, y, dando la espalda a la madre y al niño, escapó hacia su celda, sin decir palabra, con los ojos nublados y los brazos en alto.

Llegar allí y despedir la pelotita, todo fue uno.

—¡Lejos de mí, Satán! ¡Lejos de mí, Satán!

La pelota cayó fuera del convento —fiesta de brincos y rebrincos de corderillo en libertad—, y, dando su salto inusitado, abrióse como por encanto en forma de sombrero negro sobre la cabeza del niño, que corría tras ella. Era el sombrero del demonio.

Y así nace al mundo el Sombrerón.

FROILAN TURCIOS
(HONDURAS)

KATIE

RELATO DE UN MUCHACHO DE BROOKLYN

I

MI PEQUEÑA hermana Katie tenía los cabellos amarillos y los ojos castaños. Era grave y dulce y muy silenciosa. Por la casa deslizábase levemente, como una sombra, con su ligero vestido y sus medias azules. Yo adoraba a Katie y el día en que cumplió nueve años, la víspera de Navidad, le regalé mi muñeco automático, único juguete que tenía.

II

Gustábame verla con su escobilla de plumas, sacudiendo el polvo del salón, o cuando me decía muy seria, como una persona mayor, levantando el índice:

—Jack, es preciso que cuides más tu traje de terciopelo. Ayer, al limpiarlo, le puse dos botones que le faltaban.

Y sonreía suavemente, viéndome turbado.

Ella, tan pequeñuela, tenía para conmigo ternuras inolvidables.

III

En los crudos inviernos, antes de acostarse, acercábase de puntillas a mi cama.

—Katie, ¿eres tú? —le decía.

—Sí, Jack. Vine a ver si tienes frío.

Y después de arreglar el cobertor sobre mi cuello, me besaba alejándose sin hacer ruido.

IV

Cierta noche, al regresar de Coney Island, cuyas magias de luz la encantaban, Katie se sintió muy enferma. Y al día siguiente su mal empeoró. Fueron inútiles los esfuerzos que el médico hizo para salvarla. Katie se moría.

Yo no me separaba de su lecho, petrificado de espanto. Parecíame que al morir ella todo acababa para mí.

—Jack— me dijo, incorporándose sobre la almohada, con los ojos encendidos por la fiebre, en la horrible media noche—, sé muy bueno y no olvides a tu pobre Katie. Siento morir porque te quiero mucho...

V

Fueron sus palabras postreras. Vistiéronla de blanco y la cubrieron de rosas pálidas y de jazmines. Y así, más blanca entre tantas blancuras, Katie era más linda que los ángeles.

Antes de colocarla en la caja de seda, besé sus manos frías y sus grandes ojos castaños.

VI

En aquella tarde obscura la enterraron bajo un sauce cubierto de nieve, en el triste cementerio de Greenwood.

Allí reposa la pequeña Katie. Y yo, que desde que se fue vivo sin alma, cuando paso por aquel sitio lúgubre, siento que mi corazón deja de latir y que mis ojos se llenan de lágrimas.

MEXICO ANTIGUO

MI CANCION ES UN PEDAZO DE JADE

(Poemas del México antiguo)*

1

¿CÓMO *ES MI CANCIÓN*?
es un pedazo de jade
puedo cortarlo
es mi canción

¡Mira!

Estoy haciendo un collar
con cuentas de jade

Es mi canción
es de jade

Mi canción es tan bella
como las plumas
del quetzal

¡Mira!

Mi canción se inclina
sobre la tierra

Mi canción ha nacido
en la casa
de las mariposas

2

¡Escucha!
Yo soy el cantor
soy el señor Luciérnaga

* Adaptación de Toni de Gerez.

Revoloteo sobre los estanques
de lirios
con mis alas
doradas

Canto con el *teponaztli*[1]
con el tambor.

Totoco
totoco
tico
totoco

ticotitico
tico

¡Oh!
Corazón mío
sé fuerte

Ama al girasol
la flor del dios

¿Estamos aquí en la tierra
para nada?

El girasol se marchita
yo me marchito.

[1] Teponaztli: instrumento musical, tambor construido con tronco de árbol; se toca con palillos.

ERMILO ABREU GOMEZ
(MEXICO)

MIGUELITO

MIGUELITO era tan pobre, tan pobre, que nunca creyó reunir los diez centavos necesarios para comprar dos canicas de esas que llaman *de tiro*. Por eso cuando su papá le dio el último centavo, Miguelito no sabía si reír o llorar. Contó y recontó sus centavos. De veras eran diez. Al principio pensó cambiarlos por una moneda de plata. Pero tuvo miedo; ¡es tan fácil perder una moneda pequeña!. Después, quiso ver sus centavos limpiecitos. Los juntó y los lavó con ceniza y limón. Parecían de oro. Sonaban que era un gusto. Casi se arrepintió de haber hecho esto. Así tan limpiecitos, tan relucientes, tan amarillos, no parecían legítimos, despertaban sospechas. Quiso volverlos a ennegrecer. Los revolvió entre cisco de carbón. Palidecieron. Pegando unos contra otros, puestos de plano en la punta de sus dedos, creyó oírlos con menos claridad. De todos modos, ya eran suyos los diez centavos. Pretendió alinearlos en la mesa. Quiso también ponerlos en orden de fechas: de 1900 —que era el más antiguo— a 1938, que era el más moderno. En esta tarea estaba entretenido cuando advirtió que la pieza de 1901 la tenía duplicada y que, en cambio, le faltaba la de 1905. Se asustó. Pensó que por esta falla, su dinero no valía. En seguida discurrió lo que podía hacer. Iría a la tienda de la esquina y le diría al dependiente que le cambiara la que le sobraba. No era mucha molestia en verdad. Le diría también que no era cosa de prisa, que podía esperar, por ejemplo, uno o dos días.

Al fin, no hizo nada. Creyó que iban a pensar algo malo de su petición. Volvió a revolver sus centavos, en un arranque de desesperación. Los guardó, amarrándolos en la punta de su pañuelo. Pero el nudo se deshizo varias veces y, al fin, se rompió. Prefirió entonces envolverlos en un pedazo de papel. Hizo un cartuchito que rodaba sobre la palma de la mano, como un juguete. A poco le resultó ostentoso el juego.

Cualquiera podría pensar que se trataba de monedas más valiosas. Podía un desocupado arrebatárselas y darle, por añadidura, un golpe. Se agarró, sin darse cuenta, la cabeza. Deshizo el

cartuchito y regó los centavos. De tanto manosearlos acabaron por ponerse renegridos, un poco verdosos. Pensó, entonces, comprar de una vez las canicas. Miró el reloj. Ya era tarde. Así de noche y en el estanquillo[1] de don Ramiro, mal alumbrado, no era posible ver los colores que quería. Dejaría mejor la compra para la mañana siguiente.

Guardó los centavos en la bolsa de su pantalón, y se acostó. A media noche se levantó, cauteloso, a contarlos. Estaban fríos. Contó nueve. Había perdido uno. No era posible. Los volvió a contar: eran diez. Tal vez había contado mal. Le entró una gran desconfianza. Los contó de nuevo; en efecto, eran diez. Ya no quiso contar de nuevo, por temor de que resultaran nueve. Los puso, ahora, debajo de la almohada. Cuando apoyó la cabeza, los oyó rechinar como si se quebraran. A tientas, despacito, los contó: eran diez. En un instante se quedó dormido. Soñó que le robaban. Despertó sobresaltado. Al incorporarse notó que ya no estaban debajo de la almohada. Evidentemente, le habían robado. No cabía duda. Miró y remiró, los centavos volaron. Pensó en el ladrón. En una rápida inquisición miró la ventana y la puerta; por ahí no entró el ratero. Seguro estaba agazapado, sabe Dios desde qué hora, debajo de la cama. Volvió a registrar la almohada, la funda. Se dejó caer en la cama, desolado. Oyó, entonces, un ruidito. Sintió algo frío que se le pegaba en la piel. Cerró los ojos y se puso a palpar, tembloroso, indeciso, desconfiado; tropezó con un centavo, luego con otro, después con otro, con otro más y con otro más. Respiró. Entre las cobijas estaban, cabales, los diez centavos. Los juntó todos y los apretó con la mano; contándolos, volvió a quedarse dormido. De sus dedos resbalaron y cayeron al suelo, casi sin hacer ruido, como si tuvieran miedo de despertar a su dueño. Entre sueños siguió contándolos: once, doce, trece, catorce, quince. Llegó hasta cien. Lo dejamos dormido. Nosotros sabemos que sólo son diez.

[1] Estanquillo: pequeñas y humildes tiendas de baratijas.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ
(MEXICO)

VILLANCICO

ERASE una niña,
como digo a usté,
cuyos años eran
ocho sobre diez.

Esperen, aguarden,
que yo les diré.

Esta (qué sé yo
como pudo ser)
dizque[1] supo mucho,
aunque era mujer.

Esperen, aguarden
que yo les diré.
porque como dizque
dice no sé quién,
ellas sólo saben
hilar y coser...

Esperen, aguarden,
que yo les diré.

Pues ésta, a hombres grandes
pudo convencer;
que a un chico, cualquiera
lo sabe envolver.

Esperen, aguarden
que yo les diré.

Y aun una santita
dizque era también
sin que le estorbase
para ello saber...

[1] Dizque: dice que.

ENSALADILLA

TUMBA, la, la, latumbala, le, le
que ya Pilico escrava[1] no quede,

Tum, la, le, le, tumba, la, la, la,
que ya Pilico no quede escrava.

La otra noche con mi conga
turo sin durmi pensaba

que no quele gente plieta[2]
como eya[3] so gente branca[4].

Tumba, la, la, la tumba la, le, le...

[1] Escrava: esclava.
[2] Plieta: negra.
[3] Eya: ella.
[4] Branca: blanca.

VICENTE RIVA PALACIO
(MEXICO)

EL BUEN EJEMPLO

SI YO afirmara que he visto lo que voy a referir, no faltaría, sin duda, persona que dijese que eso no era verdad; y tendría razón, que no lo vi, pero lo creo, porque me lo contó una señora anciana, refiriéndose a personas a quienes daba mucho crédito y que decían haberlo oído de quien llevaba amistad con un testigo fidedigno, y sobre tales bases de certidumbre bien puede darse fe a la siguiente narración:

En la parte sur de la república mexicana, y en las vertientes de la Sierra Madre, que van a perderse en las aguas del Pacífico, hay un pueblecito como son en lo general todos aquéllos: casitas blancas cubiertas de encendidas tejas o de brillantes hojas de palmera, que se refugian de los ardientes rayos del sol tropical a la fresca sombra que les prestan enhiestos cocoteros, copudos tamarindos y crujientes platanares y gigantescos cedros.

El agua en pequeños arroyuelos cruza retozando por todas las callejuelas, y ocultándose a veces entre macizos de flores y de verdura.

En este pueblo había una escuela, y debe haberla todavía; pero entonces la gobernaba don Lucas Forcida, personaje muy bien querido por todos los vecinos. Jamás faltaba a las horas de costumbre al cumplimiento de su pesada obligación. ¡Qué vocaciones de mártires necesitan los maestros de escuela de los pueblos!

En esa escuela, siguiendo tradicionales costumbres y uso general en aquellos tiempos, el estudio para los muchachos era una especie de orfeón, y en diferentes tonos, pero siempre con desesperante monotonía, en coro se estudiaban y en coro se cantaban lo mismo las letras y las sílabas que la doctrina cristiana o la tabla de multiplicar.

Don Lucas soportaba con heroica resignación aquella ópera diaria, y había veces que los chicos, entusiasmados, gritaban a cual más y mejor; y era de ver entonces la estupidez amoldando las facciones de la simpática y honrada cara de don Lucas.

Daban las cinco de la tarde; los chicos salían escapados de la escuela, tirando pedradas, coleando perros y dando gritos y silbidos, pero ya fuera de las aguas jurisdiccionales de don Lucas, que los miraba alejarse, como diría un novelista, trémulo de satisfacción.

Entonces don Lucas se pertenecía a sí mismo: sacaba a la calle una gran butaca de mimbre; un criadito le traía una taza de chocolate acompañada de una gran torta de pan, y don Lucas, disfrutando del fresco de la tarde y recibiendo en su calva frente el vientecillo perfumado que llegaba de los bosques, como para consolar a los vecinos de las fatigas del día, comenzaba a despachar su modesta merienda, partiéndola cariñosamente con su loro.

Porque don Lucas tenía un loro que era, como se dice hoy, su debilidad y que estaba siempre en una percha a la puerta de la escuela, a respetable altura para escapar de los muchachos, y al abrigo del sol por un pequeño cobertizo de hojas de palma. Aquel loro y don Lucas se entendían perfectamente. Raras veces mezclaba sus palabras, más o menos bien aprendidas, con los cantos de los chicos, ni aumentaba la algazara con los gritos estridentes y desentonados que había aprendido en el Hogar materno.

Pero cuando la escuela quedaba desierta y don Lucas salía a tomar su chocolate, entonces aquellos dos amigos daban expansión libre a todos sus afectos. El loro recorría la percha de arriba abajo, diciendo cuanto sabía y cuanto no sabía; restregaba con satisfacción su pico en ella, y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba don Lucas.

Y esto pasaba todas las tardes.

Transcurrieron así varios años, y don Lucas llegó a tener tal confianza en su querido *Perico,* como le llamaban los muchachos, que ni le cortaba las alas ni cuidaba de ponerle calza.

Una mañana, serían como las diez, uno de los chicos, que casualmente estaba fuera de la escuela, gritó espantado: "Señor maestro, que se vuela Perico". Oír esto y lanzarse en precipitado tumulto a la puerta maestro y discípulos, fue todo uno; y, en efecto, a lo lejos, como un grano de esmalte verde herido por los rayos del sol, se veía al ingrato esforzando su vuelo para ganar cuanto antes refugio en el cercano bosque.

Como toda persecución era imposible, porque ni aun teniendo la filiación del prófugo podría habérsele distinguido entre la multitud de loros que pueblan aquellos bosques, don Lucas, lanzando de lo hondo de su pecho un "sea por Dios", volvió a ocupar su asiento, y las tareas escolares continuaron como si no acabara de pasar aquel terrible acontecimiento.

Transcurrieron varios meses, y don Lucas, que había echado al olvido la ingratitud de Perico, tuvo necesidad de emprender un viaje a uno de los pueblos circunvecinos, aprovechando unas vacaciones.

Muy de madrugada ensilló su caballo, tomó un ligero desayuno y salió del pueblo, despidiéndose muy cortésmente de los pocos vecinos que por las calles encontraba.

En aquel país, pueblos cercanos son aquellos que sólo están separados por una distancia de doce o catorce leguas, y don Lucas necesitaba caminar la mayor parte del día.

Eran las dos de la tarde; el sol derramaba torrentes de palmas que se dibujaban sobre un cielo azul con la inmovilidad de un árbol de hierro. Los pájaros enmudecían ocultos entre el follaje, y solo las cigarras cantaban tenazmente en medio de aquel terrible silencio a la mitad del día.

El caballo de don Lucas avanzaba haciendo sonar el acompasado golpeo de sus pisadas con la monotonía del volante de un reloj.

Repentinamente don Lucas creyó oír a lo lejos el canto de los niños de la escuela cuando estudiaban las letras y las sílabas.

Al principio aquello le pareció una alucinación producida por el calor, como esas músicas y esas campanadas que en el primer instante creen oír los que sufren un vértigo; más claros y más perceptibles; aquello era una escuela en medio del bosque desierto.

Detúvose asombrado y temeroso, cuando de los árboles cercanos se desprendió, tomando vuelo, una bandada de loros que iban cantando acompasadamente ba, be, bi, bo, bu; la, le, li, lo, lu y tras ellos, volando majestuosamente un loro que, al pasar cerca del espantado maestro, volvió la cabeza diciéndole alegremente:

"Don Lucas, ya tengo escuela".

Desde esa época los loros de aquella comarca, adelantándose a su siglo, han visto disiparse las sombras del obscurantismo y la ignorancia.

RUBEN DARIO
(NICARAGUA)

A MARGARITA DEBAYLE

MARGARITA, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

***

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,
un kiosco de malaquita,[1]
un gran manto de tisú,[2]
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

[1] Malaquita: mineral de color verde oscuro, tan fuerte como el mármol.
[2] Tisú: tela de seda entretejida con hilos de oro y plata.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas.
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
"Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad".

Y el rey clama: "¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar".

Y dice ella: "No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté".

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver".

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí".

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

***

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

ESTHER MARIA OSSES
(PANAMA)

LIBERACION

Hoy haré cosas buenas.
Nadie está en casa.
Pondré a los prisioneros
en libertad.
No me gustan los pájaros
entre rejas,
ni los peces
en cárceles de cristal.

¡A volar, pajaritos!
Dejad la jaula.
A nadar, pecesitos.
¡Vamos! ¡Al mar!

LA HORMIGUITA

Dijo la hormiguita:
—¿Cómo llevo a casa
siendo tan chiquita
carga tan pesada?

Uno que la oía
a otro lo contara,
y ésta a la otra
que cerca pasaba.

Y llegaron muchas,
y llegaron tantas,
y todas alegres
poniendo la espalda,
a pasos de hormiga
llevaron la carga,
que así repartida,
resultó liviana.

Hojitas de rosa,
sabroso alimento,
guardaron en rica
despensa de invierno.

Después, entre todas
la casa barrieron,
y todo entre todas
lo fueron haciendo.

MARIA CONCEPCION I. DE CHAVEZ
(PARAGUAY)

¡RUPE!
(VICTORIA REGIA, FLOR ACUATICA)

Los *karoviá*[1] festejaban el éxito de la última expedición al país de los *Kamiri*[2] o señores del metal. Parcialidades amigas compartían con ellos el júbilo de la victoria. Ahí estaban *cypoyai*, revestidos de juncos; *tobatí* de rostros blanqueados; *yucaré* rayados de negro y bermellón; *karayá* recubiertos de añil, todos unidos por el signo común, el talismán verde o azul incrustado bajo el labio inferior o en las aletas de la nariz. Cada uno, en el rito de la consubstanciación, había comido una partícula del cuerpo de la víctima, un descendiente del Hijo del Sol. El sacrificador untado de negro, ornado de plumas amarillas, ha ido a encerrarse en la choza donde pasará el ayuno lustral; sus hermanas gritaban todavía *¡Kuarajhy! ¡Kuarajhy!*, nombre que adoptará la tribu, y con el cual los hombres creían entrar en posesión del acervo espiritual de los vencidos, renacer a una vida de valores renovados, libres del temor a los enemigos y a la muerte. El *mburé-mburé*[3] y el *peteque peteque*[4] subrayaban el júbilo coribántico. Las siervas de anchos pies y arrugado rostro, entibiaban el *Kaúy*, vino de mandioca fermentado con saliva de las vírgenes.

Poco a poco una especie de estatismo sucedió a los aullidos y contorsiones. Se esperaban otras ceremonias; entre tanto se cambiaban palabras en voz baja. Un muchacho pintado de *urucú* jugaba con un bastón de cola de iguana, símbolo de virilidad, y suscitaba admiración con sus relatos. Regresaba de *Paitaití*, el imperio oculto en la laguna *Cuní Cuní*[5]. Había explorado sus montañas auríferas, la ciudad edificada de piedras rutilantes, el palacio real custodiado por jaguares aherrojados con cadenas áureas. Todo el lago resplandecía y bastaba sumergirse en él para

[1] Karoviá: tribu guaraní.
[2] Kamiri: país del metal.
[3] Mburé-mburé: instrumento musical.
[4] Peteque peteque: especie de tambor.
[5] Cuní Cuní: laguna de las cimientes del río Paraguay.

salir revestido de oro. Uno de los oyentes que estaba cambiando sus adornos de plumas por una *huaca*[6], talismán *cará cará*, preguntó, con pizca de ironía: —¿No viste al *teyú yaguá*[7] que custodia esos tesoros?

¿Por que nó? El mozo se había librado del *harú*[8] (daño que producen sus miradas), gracias al bermellón de sus pinturas y a la grasa de cuervo con el cual se había untado los párpados. ¡Qué espantoso era el *teyú-yaguá*! Mitad tigre y mitad lagarto, ojos como ascuas y escamas verdidoradas, semejantes a los élitros del escarabajo. Calló el mozo para prestar atención a los redobles de atabales, que anunciaban la llegada de las danzarinas.

Ahí estaban ellas, coronadas de flores, revestidas de ligeras túnicas, una mano puesta en la cadera y la otra sobre la cabeza de la compañera. Cerraron un círculo en torno al árbol de *Ybyraró* o leño amargo de los sacrificios; entonaron una melopea y bailaron la danza de la muerte, rompiendo con los pies los coágulos de sangre. Frente a la hoguera, se destacaron una por una, cual cabeza de alguna cobra monstruosa cuyos anillos se agrandaban en la sombra. Todas tenían ademanes místicos; desviaban la mirada de la tierra y de sus moradores para fijarla en el fuego, en la faz de la luna o en el enigma de otros astros. Los hombres en cambio no apartaban de ellas la vista, particularmente el verboso narrador de las maravillas de Paitaití. Este mozo, llamado Y-á-caré por sus condiciones de excelente nadador, empinado sobre la punta de los pies, seguía los movimientos de la danza, sonriendo cada vez que veía pasar a la más joven de las vestales, cuyo hechizo la destacaba del fantástico reptil que ondulaba en torno del árbol. Delgada, de rasgos finos y ojos de obsidiana, la joven tenía la apariencia de un ídolo tallado en obscuro imán. Su *typói*[9] de cenefa roja se hallaba cubierto de corolas de este mismo color, y rojos eran también los granos de maní y porotos de sus collares, así como las flores de su corona.

[6] Huaca: talismán de los peruanos.
[7] Teyú yaguá: animal mitológico, mitad tigre y mitad lagarto.
[8] Harú: dañoso, contrario. Lo que echa a perder.
[9] Typói: túnica sujeta a los hombros, usadas por las mujeres de algunas tribus guerreras.

Llegó el momento de la libación. Una joven escanció el *cauhy*[10] al jefe principal, luego a los otros. Todos bebieron en el mismo vaso, por turno. El licor, como si fuera algo espiritual que se ensanchara y penetrara en cada uno de los presentes, despertaba en ellos las pasiones, los unía, los sumergía en un poder superior que absorbía el pensamiento y la acción y creaba un estado de conciencia colectivo, al cual se incorporaban "el genio de la especie" y, los antepasados inmortales que participaban del júbilo. Cuando la excitación física llegó a una especie de frenesí sobrevino otra embriaguez más grave y turbadora. Crujieron los helechos, y al susurro de las hojas, a la algarabía de los monos asustados, mezcláronse los sones de la vida, los rumores del amor humano.

Entre tanto, las danzantes continuaban moviéndose al son de sus cantos que eran ya un confuso murmullo. Fatigadas y sudorosas, rompieron por último el círculo, y se retiraron a un lugar tranquilo, donde se echaron sobre el pastizal.

Y-á-caré, había bebido el *cauhy* a cántaros sin aplacar su sed. Oculto en la sombra cifraba su anhelo en la joven revestida como él de rojo, ibis rubra expuesta a una flecha invisible que le apuntaba al corazón. Viéndola respirar aceleradamente, el mozo murmuró:

—Descansará en mis brazos— y se incorporó, dispuesto a cumplir sus propósitos.

—¿Adónde vas? —le dijo un hombre, reteniéndolo por el brazo.

—Déjame; ella será mía —respondió.

—¿Ignoras acaso que es intangible? Los dioses fulminan con la muerte o dejan tullidos a los que osan poner la mano en las vestales.

Y-á-caré lo sabía; pero la idea misma del sacrilegio avivaba sus ansias. Pese a todo, él convertiría en su *í rú pé* a esa mujercita frágil, que en ese instante necesitaba la hamaca de unos brazos masculinos para su cansancio. De un solo impulso llegó junto a ella, magnífico y terrible. Huirían juntos; se perderían en la floresta, encendidos ambos en una llama sin fin. A la próxima delicia de

[10] Cauhy: vino hecho de maíz, mandoca, ananás (piña) o batatas fermentadas.

aprisionarla entre los brazos, adelantábase la alegría soberbia de arrastrar por ella la furia terrible de los dioses.

La joven se defendió y se zafó del hombre entorpecido por las libaciones. Corriendo hacia la selva, despertó a un niño que dormía en su hamaca de *ybirá;* sorteó a los que rumiaban ya sus harturas; se hurtó a las malezas, a las quimeras de la noche y, guiada por las motas intermitentes de los gusanos de luz, llegó al río que reflejaba el cielo espolvoreado de astros.

Llevóse las manos al cuello, apartó las cuentas de sus collares y apretó su talismán, dos valvas de *kurúguai* pegadas con cera, que encerraban el *y-nambú kaá,* defensor de la virginidad. Imploró a las *eichú* "por sus cuatro más tres rostros brillantes, que custodian lo prístino y casto" y esperó verse libre de todo contacto impuro. Al ruido de unas ramas dióse vuelta, y vió a Y-á-caré que avanzaba como un monstruo vomitado por la noche. En lo íntimo de su ser rebelóse su castidad ingénita, jamás turbada por los balbuceos del amor. ¿Cómo eludir a ese hombre, vencerlo o evadirse? Cada paso de él martillaba en su pecho, apresurando su destino. Abarcó el curso del río y un pensamiento fulguró en su mente. En esa corriente se acabarían su miedo y el impulso de su perseguidor.

—¡Qué hondo el río, pero qué limpio su lecho de espuma! —pensó, orgullosamente pura. Cerró los ojos, levantó los brazos y se precipitó a la hamaca de cristal fluído, que calmaría el torbellino de su alma. Las flores rojas de sus adornos sobrenadaron cual coágulos de sangre.

—¡No te ahogarás! ¡Por algo soy el que boga en toda onda! —exclamó Y-á-caré, y se echó también al río, repitiendo: ¡Serás mía! Después de unas cuantas brazadas, distinguió el cuerpo moreno, que flotaba embellecido por el riesgo, infinitamente más atrayente al filo de la desaparición. Parecía *Y-yaryic,* una de esas divinidades acuáticas, extrañamente fascinadoras, mujer para el hombre y hombre para la mujer, que arrastran a sus víctimas a las profundidades del agua de donde no retornan jamás, o emergen alguna vez convertidas en camalotes, en lirios o nenúfares. El mozo vaciló un instante; luego apartó de su mente las imágenes que lo amedrentaban, cobró impulso y se aproximó al cuerpo flotante.

Ya lo tenía a su alcance; bastaría extender la mano para asirlo; pero volvió a perderlo de vista. Lo había tragado un remolino. Zambullóse de nuevo y reapareció más lejos, arrastrando lo que había encontrado debajo del agua, algo cuyo contacto le hacía feliz. Lo alzó por fin, y cuando lo contempló a la claridad de los astros lo tiró lejos de sí, iracundo, blasfemando en contra de los dioses importunos. El despreciado hallazgo se abrió en una flor enorme en forma de corona, de encanto inmaterial y divino, cuyos pétalos anchos y carnosos, ambarinos en el centro y rosados hacia los bordes, brillaban como iluminados por dentro. Y-á-caré no se detuvo a contemplar la belleza de la flor. Casi sin saber lo que hacía, la estrujó como a una sierpe y la rompió en pedazos. Los fragmentos más brillantes que la espuma, se reflejaron en el agua, ora subiendo, ora bajando sobre las ondas, aparentemente vivos y tibios.

A la luz del amanecer se sintió más solo. Su orgullo se rebelaba contra los genios que lo traicionaron y su deseo cobraba una fuerza irresistible. Se sintió capaz de realizar todas las cosas que había soñado. Sus manos desgarrarán la trama sutil del misterio; su audacia lo conducirá a las concavidades secretas, que nadie ha osado explorar; su vigor le permitirá arrancar a su amada del seno mismo de las tinieblas. Las venas de su frente se hincharon como raíces de *güembé* y, en un solo movimiento de cólera, echó el busto, hendió el agua y se perdió en su seno. Las ondas pasaron sobre su cuerpo una a una, cual *poras* con ropajes de llama. En la superficie del río, los pétalos de rosa y ámbar iban corriente abajo, cada vez más lejos, cual fragmentos de una diosa en busca de la salada mordedura del mar.

Al atardecer de ese día, arrastróse hacia la playa un saurio enorme, que se diría modelado por el genio más terrible y vengador. Tan espantoso era que murieron de susto cuantos lo vieron por primera vez; esto dió lugar a que se le atribuyera el hálito mortal y la dañina mirada del *teyú-yaguá*.

Con el nombre de *yacaré* se lo encuentra todavía en el río, sobre la arena de la playa o en la grieta de los barrancos, el cuello tendido hacia el agua, las fauces abiertas como abrasado por perpetua sed inextinguible. De vez en cuando se zambulle en las ondas; se diría que entrevé una presa codiciada. Luego torna a la ribera a reasumir su estática posición de vigilancia, como en

espera de algo que debe aparecer de un momento a otro y que se halla oculto, acaso, entre esos *irupé,* flores en forma de corona real que se mecen en el río, y originan el nombre de *Pará-guá-y* o "Río de Coronas".

RICARDO PALMA
(PERU)

LA VIRGEN DE SOMBRERITO Y EL CHAPIN[1] DEL NIÑO

I

Los dominicos enseñan una estampa en que se ve a la Virgen María llevando, en vez de corona de oro, un sombrerito de piel, de esos que hoy llamamos de *panza de burro*; y he aquí la explicación que dan sobre la originalidad del adorno.

En inminente peligro de quiebra hallábase un honrado comerciante si, llegada la fecha, no echaba ancla en el Callao un navío que, con mercaderías valiosas, le venía consignado desde Cádiz. Cumplióse el plazo con exceso, ni noticias había del buque, y en un mismo día acudieron al comerciante tres de sus acreedores, cobrándole una suma morrocotuda. El buen hombre ocurrió en tribulación tamaña a la Virgen, pidiéndola en préstamo su corona de oro y pedrería fina, prometiéndola que, para la celebración de su fiesta anual, se la devolvería mejorada. Accedió la Virgen a la petición de su devoto, y éste le dejó en prenda su sombrero, con el cual cubrió la cabeza de la imagen.

Lo verdaderamente milagroso es que la Virgen pasó algunos meses ensombrerada, sin que para los fieles fuese visible el sombrero.

Pero llegó la víspera de la fiesta, y el español, que con el oro y las piedras finas de la corona había oportunamente salido de cuitas[2], no daba acuerdo de su persona, y eso que acababa de tener la buena suerte de que el tan esperado navío llegase al puerto, pues su retardo lo motivaron vientos contrarios y otros accidentes del mar.

El comerciante había redondeado su fortuna con el buen despacho del cargamento.

[1] Chapín: escarpín o zapatico tejido para niño recién nacido.
[2] Cuitas: penas, desgracias.

La Virgen no quiso aguantar trampas, y para hacer efectiva su acreencia, y por vía de *recorderis* al pagador remiso[3], se mostró en el altar sin corona y con sombrero.

Imagínense ustedes el toletole[4] que se armaría en la cristiana religiosa ciudad.

Al día siguiente, que era el de la fiesta, presentóse el comerciante al provincial de los dominicos llevando para la Virgen una corona superior en precio y trabajo artístico a la antigua, y que con otras joyas había sido traída de Europa por un platero genovés. Para el pueblo y para la comunidad todo pasó como obsequio de un devoto.

En cuanto al sombrero, entiendo que volvió a su primitivo dueño en calidad de agasajo o reliquia dada por los frailes.

II

Hace dos siglos que una pobre mujer se encontraba ante el alcalde del crimen en graves apuros, pues su señoría, después de tomar la declaración, dijo a los alguaciles que la llevasen a la cárcel de corte interín que la reclamaba, como no podía dejar de suceder, la Santa Inquisición.

La infeliz, amenazada de vérselas con el terrible Tribunal de la Fe, que acaso la mandaría achicharrar en la hoguera, tenía por cabeza de proceso la acusación, ¡ahí es nada!, de robo sacrílego.

Habíase encontrado en poder de ella un chapincito de oro, esmaltado de piedras preciosas, perteneciente al Niño que en los brazos lleva la Virgen del Rosario. Ya ven ustedes que la cosa no podía ser más grave.

La mujer declaraba que, habiéndose arrodillado ante el altar y pedido a la Santísima Virgen que aliviase su miseria (pues era viuda, con un celemín[5] de hijos y sin fuerzas para trabajar en la costura, que no le cundía por estar medio tísica), compadecido el Niño extendió el piececito y dejó caer el chapín.

El juez la llamó embustera y algo más; pero la mujer sostuvo con energía que no podía ser castigada sin que previamente declarasen la Virgen y el Niño.

[3] Remiso: retardado, moroso.
[4] Toletole: gritería popular, alboroto.
[5] Celemín: medida antigua equivalente a 537 mts.

La justicia no desoyó tan legítima exigencia. Tenía, por lo menos, que llenar la fórmula. Sin embargo, la acusada fue por esa noche a dormir a chirona[6].

Al siguiente día, a las once de la mañana, los alguaciles la condujeron a Santo Domingo, en cuyo templo la estaban esperando el juez, el escribano y dos o tres padres graves del convento.

Empezó el alcalde por interrogar a la Virgen si era verdad lo que aquella mujer declaraba. La Virgen se mantuvo seria, como si la cosa no fuera con ella.

—¡Ya lo ves, mentirosa! —dijo el juez, dirigiéndose a la encausada.

—Pregunte usía al Niño, señor juez; pregúntele usía[7]. Tal vez me hizo el obsequio sin pedir permiso a su Santa Madre, y por eso no habrá contestado ella.

El juez, sin disimular una sonrisa de incredulidad, formuló la pregunta, y no había aún terminado de hacerla cuando el bellísimo Niño movió el pie y dejó caer el otro chapincito.

Ante tan maravilloso testimonio, quedó la mujer absuelta de culpa y pena, y los dominicos, engreídos con el milagrito realizado en su iglesia, le señalaron pensión de seis reales diarios.

Cuento, no comento, y

Aleluya, aleluya, Padre Gilito,
que ya comen las monjas del pan bendito;

y aleluya, aleluya, padre vicario,
que ya suben las monjas al campanario.

[6] Chirona: cárcel.
[7] Usía: vuestra señoría. Tratamiento que se hacían dar las autoridades españolas.

CESAR VALLEJO
(PERU)

*TRANSPIRACION VEGETAL**

ERA UNA tarde de verano cuando
iban los escolares
de excursión a una huerta, atravesando
por unos alfalfares.[1]

Unos y otros celosos por ganarse
para llegar primero,
corrían y corrían sin quedarse
ninguno postrimero.[2]

Bajo el límpido azul del firmamento
la costa florecía,
toda era como un claro pensamiento
de alegre poesía.

—¡Te gano! —¡Yo te gano!, prorrumpía[3]
la ingenua caravana,
y su camino rápido seguía.
—¡A mí nadie me gana!

Cuando llegaron a la huerta ansiada
rendidos se tendieron
en el césped, do[4] en siesta regalada
los chicos se durmieron.

* Este texto y otros similares conforman los poemas juveniles de Vallejo. Este fue publicado por primera vez en la revista *Cultura Infantil*, N° 7, diciembre, 1913.

[1] Alfalfar: pasto para alimento del ganado.

[2] Postrimero: último, retrasado.

[3] Prorrumpía: gritaba, interrumpía.

[4] Do: donde.

Bajo la sombra fresca y anchurosa
de un platanar dormían,
mientras el sol la lumbre bochornosa
las hojas resistían.

***

Había atardecido. De repente
algunos despertaron
con el semblante pálido y doliente.
—¡Volvamos!, exclamaron.

Cuando todos volvían lentamente,
titilaban de frío,
aunque el sol aún distaba de occidente
y era tarde de estío.

Estoy helado —dijo un chico — ¡Helado!
—un segundo exclamaba.
—¡Parece que hubieran arrojado
agua! —otro se quejaba.

Pero otro instruido más, sin duda,
les contestó sonriente:
—¿No saben que también la planta suda?
Pues hoy precisamente,
del platanar las hojas han vertido
vapor de agua, el que ha puesto
tan friolento el cuerpo y aterido[5].
—¿Ya ven pues, por qué es esto?

—¡Ah! —dijeron con coro— ya acabamos:
y no hay más que correr.
—Sí, correr, para ver si así llegamos
antes de anochecer.

[5] Aterido: muerto de frío.

LA ARAÑA

Es un araña enorme que ya no anda;
una araña incolora, cuyo cuerpo,
una cabeza y un abdomen, sangra.

Hoy la he visto de cerca. Y con esfuerzo
hacia todos los flancos[1]
sus pies innumerables alargaba.
Y he pensado en sus ojos invisibles,
los pilotos fatales de la araña.

Es una araña que temblaba fija
en un filo de piedra;
el abdomen a un lado,
y al otro la cabeza.

Con tantos pies la pobre, y aún no puede
resolverse. Y, al verla
atónita[2] en tal trance,
hoy me ha dado qué pena esa viajera.

Es una araña enorme, a quien impide
el abdomen seguir a la cabeza.
Y he pensado en sus ojos
y en sus pies numerosos...
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!

[1] Flancos: lados.
[2] Atónita: asustada.

ROSARIO FERRE
(PUERTO RICO)

EL MEDIO POLLITO

HABÍA UNA vez y dos son tres, cúcara mácara, títere fue, érase un niñito muy pobre que se encontró una viejecita sentada a la orilla del camino. El niño se le acercó y le dijo: "Tengo mucha hambre y no tengo nada que comer. ¿Tienes un pedazo de pan que compartir conmigo?" La viejecita le contestó: "Hijo mío, quisiera poderte ayudar, pero como puedes ver soy tan pobre como tú. Lo único que poseo en el mundo es este huevo que traigo en el bolsillo. A pesar de todo, como veo que eres realmente pobre lo compartiré contigo". Entonces sacó el huevo del bolsillo, lo partió por la mitad y le regaló al niño el medio huevo.

El niño siguió su camino sosteniendo con mucho cuidado el medio huevo en la palma de la mano. Cuando llegó a su casa se sentó en el piso de tierra y se quedó mucho rato mirándolo. Al fin le dijo cariñosamente: "Tengo mucha hambre, pero no te voy a comer. Hace tanto tiempo que no tengo con quien jugar y me hace falta un compañero". Y diciendo y haciendo, acomodó el medio huevo en un nido de hojas secas y lo colocó debajo de la única bombilla de la casa. La única bombilla calentó y calentó el medio huevo hasta que empolló medio pollito, con una sola pata, una sola ala, un solo ojo y medio pico. El medio pollito creció y creció y jugaba todo el tiempo con el niño.

Un día que el medio pollito tenía mucha hambre se puso a escarbar con una sola patita la tierra alrededor de la casa y encontró una pepita de oro. Se la llevó corriendo al niño y entre ambos decidieron llevársela al rey, para tratar de aliviar el hambre de la familia. De esta manera se pusieron en camino a palacio. El medio pollo iba muy contento saltando sobre su única pata y sosteniendo la pepita de oro en su medio pico. Cuando llegaron frente al palacio se encontraron un gran río que tenían que cruzar. "Río, río, quítate de enmedio y déjanos pasar" le gritó el medio pollito. Pero el río no los quería dejar pasar. Entonces el medio pollito le enseñó la pepita de oro que llevaba en su medio pico y enseguida el río menguó su corriente y los dejó pasar.

Un poco más allá llegaron a las puertas del palacio. "Guardias, guardias, quítense de enmedio y déjennos pasar" les gritó el medio pollito. Pero los guardias no los querían dejar pasar. Entonces el medio pollito les enseñó la pepita de oro que llevaba en su medio pico y enseguida los guardias los dejaron pasar. Por fin llegaron frente al rey. El medio pollito le dijo: "Rey, rey, tenemos mucha hambre, nuestra familia se muere porque no tiene qué comer. Dános por caridad un saco de habichuelas, un saco de arroz y un saco de harina", pero el rey comenzó a gritar encolerizado, llamando a los guardias para que vinieran y los sacaran de allí. Entonces el medio pollito le enseñó al rey la pepita de oro que llevaba en su medio pico y le dijo: "Rey, rey, mira que tenemos mucha hambre y nuestra familia se muere porque no tiene qué comer. Si nos das un saco de arroz, un saco de harina y un saco de habichuelas, te entregaremos esta pepita de oro que traigo en el pico". Enseguida el rey dejó de gritar y le contestó: "Eso está muy bien, muy bien. Dáme acá la pepita y yo te prometo que mañana tendrán lo que han pedido". Y el medio pollito y el niño regresaron muy contentos a su casa.

Al otro día los dos amigos salieron temprano camino del palacio. Se encontraron primero con el río. "Río, río, quítate de enmedio y déjanos pasar" le gritó el medio pollito. Pero el río no los dejaba pasar. Entonces el medio pollito volvió a gritar: "Río, río, quítate de enmedio y déjanos pasar, porque si no te absorbo todito y te tapo con mi medio rabito". Pero el río no les hizo caso. Entonces el medio pollito se bebió todo el río y se lo metió debajo de su medio rabito.

Un poco más tarde llegaron frente al palacio. "Guardias, guardias, dejennos pasar" les gritó el medio pollito, pero los guardias no los querían dejar pasar. Entonces el medio pollito abrió su medio piquito y soltó un gran chorro de agua que arrastró a los guardias lejos de allí. Por fin llegaron una vez más frente al rey. "Rey, rey, cumple tu promesa. Dános nuestro saco de arroz, nuestro saco de habichuelas y nuestro saco de harina y así nos iremos tranquilos". Pero el rey se negó a cumplir su promesa. Entonces el medio pollito abrió todo lo más que pudo su medio piquito y empezó a vomitar el río entero dentro del palacio. "Rey, rey, cumple tu promesa. Dános nuestro saco de arroz, nuestro saco de habichuelas y nuestro saco de harina y así nos iremos tranqui-

los". El agua le llegaba al rey a la cintura, pero se negaba a cumplir su promesa. Sentado en el trono negaba todo el tiempo, moviendo de lado a lado la cabeza. "Rey, rey, dános lo prometido y nos iremos tranquilos". Ahora el agua le llegaba más arriba de la cabeza, pero se negaba a cumplir su promesa. Sentado en el trono, sacó la mano fuera del agua y la estiró hacia arriba lo más alto que pudo, moviendo de lado a lado el dedo índice todo el tiempo. El agua subió y subió, hasta que se lo tapó.

El niño y el medio pollito esperaron tres días a que el agua del río regresara a su cauce. Entonces repartieron muy contentos todos los bienes del rey entre los pobres.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabado, y a mi compañero que me cuente otro más salao.

COMER SIN HABER COMIO

ESTABA Juan Bobo invitado a un banquete en casa de una gente muy fina, cuando su madre le amonestó diciendo:

—Mira, Juan Bobo, como tú no estás acostumbrado a codearte con gente de buena crianza y tienes muy malos modales, pon mucha atención a lo que tienes que hacer: cuando estés sentado a la mesa, si te entran ganas de estornudar no estornudes; si te entran ganas de rascarte, no te rasques; y ante todo, como te gusta comer demasiado sin tener la menor idea de cuándo es de buen gusto decir basta, cuando se acerque a donde ti la doncella a ofrecerte la bandeja para que te sirvas, te tocaré disimuladamente el zapato con la punta del pie para que sepas que ya te has servido bastante y digas no quiero más.

Juan Bobo le respondió diciendo:

—¡Ay Mai! ¡No se ocupe, no se ocupe, que yo sé lo que tengo que hacel!

La madre lo vistió entonces con una cotona[1] nueva; ella se puso su mejor traje y salieron juntos camino del banquete, que se celebraba en la casa de la gente más rica del pueblo. No bien llegaron, Juan Bobo se quedó maravillado ante el despliegue de

[1] Cotona: franela.

cristalería y argentería bruñida[2], ordenada sobre finísimos manteles como para una procesión de gala. Se sentó a la mesa al lado de su madre y, saludando con gran esparcimiento de sonrisas a los demás comensales, se dispuso a disfrutar en paz de aquel festín.

Comenzaron a salir las doncellas por la puerta de la cocina, adornadas con cofias y delantales de encaje, para ofrecerles a los invitados el primer manjar. No bien olfateó Juan Bobo el delicioso aroma que se desprendía de aquel asopao de camarones, se le hizo la boca agua, pero como estaba condimentado con mucha pimienta, al levantar la tapa de la enorme sopera le entraron unas ganas irresistibles de estornudar y, para demostrar que era muy fino y que sabía comer con buenos modales, volvió a colocarla en su sitio, indicándole con la cabeza a la doncella que no quería.

Después de un rato las criadas regresaron con unas espléndidas vasijas, rebosantes del segundo manjar. Cuando Juan Bobo husmeó el perfume de aquel pejerrey[3] escabechado, se le hizo la boca agua, pero como el pejerrey estaba curado con mucho ajo, le entraron unas ganas irresistibles de rascarse y, para demostrar que era muy fino y que sabía comer con buenos modales, volvió a colocar apresuradamente la tapa sobre la vasija y le hizo un gesto con la cabeza a la criada indicándole que no quería.

Alguna media hora más tarde, regresaron las doncellas con unas bandejas suntuosas en cada una de las cuales yacía[4], dorado y ya trinchado en lonjas jugosas y blanquísimas, un enorme pavo trufado. Cuando Juan Bobo olisqueó la fragancia de aquellos pavos, sintió dentro de la boca un verdadero océano de agua, convencido de que al fin podría dar rienda suelta a su hambre. Se dispuso entonces con grandísimo contento a servirse todo lo que le cupiera en el plato, pero como jamás había comido con cubierto de plata, éstos se le resbalaban de entre los dedos. Haciendo finalmente caso omiso de los melindres y finuras que le había exigido su madre, logró pinchar con el cuchillo una lonja de pechuga de pavo, con tan mala suerte que cuando se encontraba a punto de servírsela en el plato se le cayó el cubierto y,

[2] Argentería bruñida: plata brillante.

[3] Pejerrey: variedad de peces de color plateado y de carne comestible. (Golfo de México y parte del mar Caribe).

[4] Yacía: descansaba.

deslizándosele por entre los pliegues de la cotona, fue a dar encima de su zapato.

Merodeaba por allí en aquel momento un perro famélico, favorito de los dueños de la casa, y éste, al olfatear el aroma de aquel bocado inesperado, se precipitó vorazmente sobre él. Estaba Juan Bobo a punto de servirse una segunda lonja cuando sintió que le tiraban del zapato y poniéndose entonces más rojo que un fuelle, se levantó furioso en medio del banquete e interrumpió los agasajos diciendo:

—¡Banquete ni qué banquete! ¡Si en casa e la gente rica el pobre tie' que aprendel a sel tan fino que come sin habel comío, y encima lo obligan a decil no quiero más, yo me voy pa' mi casa y que no me vuelvan a invital!

Y colorín colorao, este cuento se ha acabao, y el que sepa uno más sabroso, que me sirva un plato de arroz con melao.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
(REPUBLICA DOMINICANA)

CUENTOS DE LA NANA LUPE

(Selección)

CON EL BURRO Y EL RATON

—AUNQUE es costumbre hablar bien del león, tanto como mal de los zorros —dijo el zorro azul—, yo les quiero contar hazañas del llamado rey de los animales, para que vean que no siempre es justo.

Una vez, estaba enfermo uno de los leones de tierras al norte, donde andaba yo de visita. A los leones les gusta que los vayan a visitar cuando están enfermos, y ya saben ustedes cómo se aprovechan de estas visitas muchas veces. Los zorros tenemos mucha prudencia en tales casos, y no nos acercamos a la cueva del león en estas ocasiones, no sea que entremos y no salgamos. Pero esta vez me aseguraron que el león no haría nada, porque los chacales le llevaban buena comida y no pasaba hambre. Fui, pues, acompañado de un oso negro y de un mono gris, porque yendo en compañía disminuía el peligro aún más.

Llegados allí, preguntamos cortésmente al león por su salud. El mono se deshacía en caravanas. Yo procuraba conducirme discretamente. Pero el oso, que a veces es muy tonto, se puso inquieto y se veía que no estaba a gusto.

"—¿Qué te pasa?" —preguntó el león irritado.

"—Pues no está nada agradable esta cueva. Se ve que no la limpian tus chacales...."

"—¿Y a ti qué te importa?"

"—A mí me importa, porque los olores no son nada agradables".

El león se encendió en furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole:

"—Toma olores agradables".

El mono, al ver aquello, comenzó a dar de chillidos:

"—¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡Oso estúpido!"

“—No chilles” —le gritó el león.

“—Es que no puedo tolerar la conducta del oso. ¡Ponerse a censurar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia!”.

“—No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distinguida, y me van a obligar a llamar a los gatos para que la limpien. Pero lo que me molesta fue el aire grosero con que habló el oso”.

“—Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...”

El león, a quien le subía de punto el enojo, acabó por darle otro zarpazo al mono y tenderlo también muerto, en el suelo, con esta frase:

“—Toma perfumes de Arabia.”

Yo lamentaba haber accedido a aquella visita. Mis dos compañeros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí.

El león me dijo entonces:

“—¿Y a ti cómo te huele?”

“—¿A mí? —le dije—. No me huele a nada. Tengo catarro”.

—Ya me cansan los cuentos del zorro —dijo Mariquita—. No se habla aquí sino de zorros y zorros. Vámonos para casa.

—No —dijo Nachito—. Que nos cuenten todavía otra historia.

—Bueno, una más. Pero mañana ya no volvamos a ver a los animales... El duende bien podría inventar otra cosa para nosotros.

—Muy bien, hijos míos, ya veremos qué otra cosa les gusta...

—Pues verás —dijo el ratoncito—. Tengo amigos en las poblaciones y a veces los invito a visitarme y a comer conmigo. Cuando vienen les obsequio granos de cereales, que es lo que comemos en el campo. Pero uno de ellos, gran ratón de ciudad, me dijo un día:

“—Es pobre tu comida. ¡Si vieras qué bien se come en la ciudad!”

“—No ha de ser tanto —contesté yo—. Dicen que tienen ustedes que comer papel”.

“—¡Oh, no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados”.

“—¿Y por qué en las casas de los escritores honrados? ¿No hay papel en las casas de los escritores que no son honrados?”

"—Sí hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los escritores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la despensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel".

"—¿Entonces los escritores honrados no tienen buena despensa?"

"—No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así es que a los ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que comerse el papel. Pero no son muchas esas casas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudad nos alimentamos de papel es falsa, es una de tantas consejas que corren en el campo. Vamos: te invito a que comas conmigo en la casa de uno de esos señores ricos..."

Y dicho y hecho. Aquel mismo día fuimos a la ciudad, cuando iba anocheciendo, y llegamos hasta la casa donde se alojaba mi amigo.

"—Espera a que cenen los dueños" —me dijo.

Esperamos, y cuando se levantaron de la mesa los dueños, y las criadas se pusieron a lavar platos, nos metimos en la despensa. Lo malo era que había que atravesar buen trecho de la habitación, desde el agujero abierto en el piso hasta el agujero abierto en la despensa. A mí me pareció peligroso aquello, pero llegamos a la despensa, y comenzamos a disfrutar de un gran banquete; excelentes bizcochos, quesos de varias clases, frutas secas, dulces... Cuando estábamos royendo un magnífico queso de Gruyère, oímos ruido: una criada venía a abrir la despensa para guardar un bote de dulce. Salimos huyendo a toda prisa, pero la criada nos vio, y agarró un palo para pegarnos, y un gato corrió detrás de nosotros, que yo no sé cómo no nos alcanzaron antes de llegar al agujero del piso. Pudimos escapar, sin embargo, pero yo le dije a mi amigo el de la ciudad:

"—Será muy buena la despensa del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tanta intranquilidad..."

Entonces Mariquita quiso despedirse, y ella y Nachito se fueron, acompañados por el duende Don Yo de Córdoba, saludando a todos los animales: "Adiós, don Zorro; adiós todos".

JUAN BOSCH
(REPUBLICA DOMINICANA)

CUENTO DE NAVIDAD

CAPITULO I

Más arriba del cielo que ven los hombres había otro cielo; su piso era de nubes, y después, por encima y por los lados, todo era luz, una luz resplandeciente que se perdía en lo infinito. Allí vivía el Señor Dios.

El Señor Dios debía estar disgustado, porque se paseaba de un extremo al otro extremo del cielo. Cada zancada suya era como de cincuenta millas, y a sus pisadas temblaba el gran piso de nubes y se oían ruídos como truenos. El Señor Dios llevaba las manos a la espalda; unas veces doblaba la cabeza y otras la erguía, y su gran cabeza parecía un sol deslumbrante. Por lo visto, algo preocupaba al Señor Dios.

Era que las cosas no iban como El había pensado. Bajo sus pies la Tierra, uno de los más pequeños de todos los mundos que El había creado; y en la Tierra los hombres se comportaban de manera absurda; guerreaban, se mataban entre sí, se robaban, incendiaban ciudades; los que tenían poder y riquezas y odiaban a los vecinos ricos y poderosos, formaban ejércitos y salían a atacarlos. Unos se declaraban reyes, y mediante el engaño y la fuerza tomaban las tierras y los ganados ajenos; apresaban a sus enemigos y los vendían como bestias. Las guerras, las invasiones, los incendios y los crímenes comenzaban sin que nadie supiera cómo ni debido a qué causa, y todos los que iniciaban esas atrocidades decían que el Señor Dios les mandaba hacerlas; y sucedía que las víctimas de tantas desgracias le pedían ayuda a El, que nada tenía que ver con esas locuras. El Señor Dios se quedaba asombrado.

El Señor Dios había hecho los mundos para otra cosa; y especialmente había hecho la Tierra y la había poblado de hombres para que éstos vivieran en paz, como si fueran hermanos, disfrutando entre todos de las riquezas y las hermosuras que El había

puesto en las montañas y en los valles, en los ríos y en los bosques. El Señor Dios había dispuesto que todos trabajaran, a fin de que ocuparan su tiempo en algo útil y a fin de que cada quien tuviera lo necesario para vivir; y con la claridad del Sol hizo el día para que se vieran entre sí y vieran sus animales y sus sembrados y sus casas, y vieran a sus hijos y a sus padres y comprendieran que los otros tenían también sembrados y animales y casas, hijos y padres a quienes querer y cuidar. Pero los hombres no se atuvieron a los deseos del Señor Dios; nadie se conformaba con lo suyo y cada quien quería lo de su vecino, las tierras, las bestias, las casas, los vestidos, y hasta los hijos y los padres para hacerlos esclavos. Ocurría que el Señor Dios había hecho la noche con las tinieblas, y su idea era que los hombres usaran el tiempo de la oscuridad para dormir. Pero ellos usaron esas horas de oscuridad para acecharse unos a otros, para matarse y robarse, para llevarse los animales e incendiar las viviendas de sus enemigos y destruir sus siembras.

Aunque en los cielos había siempre luz, la lejana luz de las estrellas y la que despedía de sí el propio Señor Dios, se hizo necesario crear algo que disipara de vez en cuando las tinieblas de la Tierra, y él Señor Dios creó la Luna. La Luna iluminó entonces toda la inmensidad. Su dulce luz verde amarilla llenaba de claridad los espacios, y el Señor Dios podía ver lo que hacían los hombres cuando se ponía el Sol. Con sus manos gigantescas, El hacía un agujero en las nubes, se acostaba de pechos en el gran piso gris, veía hacia abajo y distinguía nítidamente a los grupos que iban en son de guerra y de pillaje. El Señor Dios se cansó de tanta maldad, acabó disgustándose y un buen día dijo:

—Ya no es posible sufrir a los hombres.

Y desató el diluvio, esto es, ordenó a las aguas de los cielos que cayeran en la Tierra y ahogaran a todo bicho viviente, con la excepción de un anciano llamado Noé, que no tomaba parte en los robos, ni en los crímenes ni en los incendios y que predicaba la paz en vez de la guerra. Además de Noé, el Señor Dios pensó que debían salvarse su mujer, sus hijos, las mujeres de sus hijos y todos los animales que el viejo Noé y su familia metieran dentro de una arca de madera que debía flotar sobre las aguas.

Pero eso había sucedido muchos millares de años atrás. Los hijos de Noé tuvieron hijos, y los nietos a su vez tuvieron hijos,

y después los bisnietos y los tataranietos. Terminado el diluvio, cuando estuvo seguro de que Noé y los suyos se hallaban a salvo, el Señor Dios se echó a dormir. Siempre había sido El dormilón y un sueño del Señor Dios duraba fácilmente varios siglos. Se echaba entre las nubes, se acomodaba un poco, ponía su gran cabeza sobre un brazo y comenzaba a roncar. En la tierra se oían sus ronquidos y los hombres creían que eran truenos.

El sueño que disfrutó el Señor Dios a raíz del diluvio fue largo, más largo quizá de lo que El mismo había pensado tomarlo. Cuando despertó y miró hacia la Tierra quedó sorprendido. Aquel pequeño globo que rodaba por los espacios estaba otra vez lleno de gente, de enorme cantidad de gente, unos que vivían en grandes ciudades, otros en pequeñas aldeas, muchos en chozas perdidas por los bosques y los desiertos. Y lo mismo que antes, se mataban entre sí, se robaban, se hacían la guerra.

Por eso se veía al Señor Dios preocupado y disgustado; por eso iba de un sitio a otro, dando zancadas de cincuenta millas. El Señor Dios estaba en ese momento pensando qué cosa debía hacer para que los hombres aprendieran a quererse entre sí, a vivir en paz. El diluvio había probado que era inútil castigarlos. Por lo demás, el Señor Dios no quería acabar otra vez con ellos; al fin y al cabo eran sus hijos, El los había creado, y no iba El a exterminarlos porque se portaran mal. Si ellos no habían comprendido sus propósitos, tal vez la culpa no era de ellos, sino del propio Señor Dios, que nunca se los había explicado.

—Tengo que buscar un maestro que les enseñe a conducirse —dijo el Señor Dios para sí.

Y como el Señor Dios no pierde su tiempo, ni comete la tontería de mantenerse colérico sin buscarles solución a los problemas, dejó de dar zancadas, se quedó tranquilo y se puso a pensar. Pues ni aún El mismo, que lo creó todo de la nada, hace algo sin antes pensar en el asunto. Una vez había habido un Noé, anciano bondadoso, a quien el Señor Dios quiso salvar del diluvio para que su descendencia aprendiera a vivir en paz, y resultó que esos descendientes del buen viejo comenzaron a armar trifulcas peores que las de antes del tremendo castigo. Había sido mala idea la de esperar que la gente cambiara por medio o gracias al ejemplo de Noé; por tanto, el Señor Dios no perdería su tiempo escogiendo castigos ejemplares ni buscando entre los habitantes

de la Tierra alguien a quien confiarle la regeneración del género humano. Pero entonces, ¿quién podría hacerse cargo de ese trabajo?

El Señor Dios pensó un rato, que podía ser un día, un año, o un siglo, pues para El el tiempo no tiene valor porque El mismo es el tiempo, lo cual explica que no tenga ni principio ni fin. Pensó, y de pronto halló la solución:

—El mejor maestro para esos locos sería un hijo mío.

¡Un hijo del Señor Dios! Bueno, eso era fácil de decir pero muy difícil de lograr. ¿Pues qué mujer podía ser la madre del Hijo de Dios? Sólo una Señora Diosa como El; y resulta que no la había ni podía haberla. El era solo, el gran solitario; y sin duda si hubiera estado casado nunca habría podido hacer los mundos, y todo lo que hay en ellos, en la forma en que los hizo, porque la mujer del Señor Dios, cualquiera que hubiera sido —aún la más dulce e inteligente— habría intervenido alguna que otra vez en su trabajo, y debido a su intervención las cosas habrían sido distintas; por ejemplo, la mujer hubiera dicho: "¿Pero por qué le pones esa trompa tan fea al pobrecito elefante, cuando le quedaría mejor un ramo de flores?" O quizá habría opinado que la jirafa no debía tener el cuello tan largo, y ahora tendríamos una jirafa de patas larguísimas y pescuezo de seis pulgadas. Ocurrió siempre que cualquiera mujer convence a su marido de que haga algo en esta forma y no en aquella; y así es y tiene que ser porque ella es la compañera que sufre con el marido sus horas malas, y el marido no puede ignorar su derecho a opinar y a intervenir en cuanto él haga.

Pero el Señor Dios era solitario, y tal vez por eso puso mayor atención en los animales machos que en las hembras, razón por la cual el león resultó más fuerte que la leona, el gallo más inquieto y con más color que la gallina, el palomo más grande y ruidoso que la paloma. Y la verdad es que como El no tenía necesidades como la gente, ni sentía la falta de alguien con quien cambiar ideas, no se dió cuenta de que debía casarse. No se casó, y sólo en aquel momento, cuando comprendió que debía tener un hijo, pensó en su eterna soltería.

—Caramba, debería casarme— dijo.

Pero a seguidas se rió de sus palabras. ¿Con quién podía contraer matrimonio? Además, aunque hubiera con quien, El esta-

ba hecho a sus manías, que no iba a dejar facilmente, entre otras debilidades le gustaba dormir de un tirón montones de siglos, y a las mujeres no les agradan los maridos dormilones.

La situación era seria y había que hallarle una solución. Eso que sucedía en la Tierra no podía seguir así. El Señor Dios necesitaba un hijo que predicara en ese mundo de locos la ley del amor, la del perdón, la de la paz.

—¡Ya está!— dijo el Señor Dios; pero lo dijo con tal alegría, tan vivamente, que su vozarrón estalló y llenó los espacios, haciendo temblar las estrellas distantes y llenando de miedo a los hombres en la Tierra.

Hubo miedo porque los hombres, que van a la guerra como a una fiesta, son, sin embargo temerosos de lo que no comprenden ni conocen. Y la alegría del Señor Dios fue fulgurante y produjo un resplandor que iluminó los cielos, a la vez que su tremenda voz recorrió los espacios y los puso a ondular. El Señor Dios se había puesto tan contento porque de pronto comprendió que el maestro de ese hatajo de idiotas que andaban matándose en un mundo lleno de riquezas y de hermosuras tenía que ser en apariencia igual a ellos, es decir, un hombre, y que por tanto la madre de ese maestro debía ser una mujer. Así fue como el Señor Dios decidió que Su Hijo nacería como los hijos de todos los hombres; nacería en la Tierra y su madre sería una mujer.

Alegre con su idea, el Señor Dios decidió escoger a la que debía llevar a Su Hijo en el vientre. Durante largo rato miró hacia la Tierra; observó las grandes ciudades, una que se llama Roma, otra que se llamaba Alejandría, otra Jerusalén, y muchas más que eran más pequeñas. Su mirada, que todo lo ve, penetró por los techos de los palacios y recorrió las chozas de los pobres. Vió infinito número de mujeres; mujeres de gran belleza y ricamente ataviadas, o humildes en el vestir; emperatrices, hijas de comerciantes y funcionarios, compañeras de soldados y de pescadores, hermanas de labriegos y esclavas. Ninguna le agradó. Pues lo que el Señor Dios buscaba era un corazón puro, un alma en la que jamás se hubiera albergado un mal sentimiento, una mujer tan llena de bondad y dulzura que Su Hijo pudiera crecer viendo la belleza y la ternura reflejada en los ojos de la madre. El Señor Dios no hallaba mujer así; y de no hallarla toda la humanidad estaría perdida, nadie podría salvar a los hombres. De una mujer dependía entonces el

género humano; y sucede que de la mujer siempre, porque la mujer está llamada a ser madre, la madre buena da hijos buenos y son los buenos los que hermosean la vida y la hacen llevadera.

Iba el Señor Dios cansándose de su posición, ya que estaba tendido de pechos mirando por el agujero que había abierto en las nubes, cuando acertó a ver, en un camino que llevaba a una aldea llamada Nazaret, a una mujer que arreaba un asno cargado de botijos de agua. Era muy joven y acababa de casarse con un carpintero llamado José. Su voz era dulce y sus movimientos armoniosos. Llevaba sobre la cabeza un paño morado y vestía de azul. El Señor Dios, que está siempre enterado de todo, sabía que se llamaba María, que era pobre y laboriosa, que tenía el corazón lleno de amor y el alma pura. El Señor Dios tenía la costumbre de regañar consigo mismo, de manera que en ese momento dijo:

—Debo ser tonto, ¿pues por qué he estado buscando mujeres en las grandes ciudades y en los palacios, si yo sabía que María estaba en Nazaret?

Ocurre que el Señor Dios prefería admitir que era tonto antes que aceptar que de tarde en tarde su memoria le fallaba. Ya estaba algo viejo, si bien es lo cierto que El había nacido viejo porque desde el primer momento de su vida había sido como era entonces, y desde ese primer momento lo sabía todo y tuvo sobre sí la responsabilidad de la vida, es decir, la de dar la vida, la de poblar los espacios de mundos, y los mundos de seres, de plantas y de piedras, de montañas y de mares y de ríos. Con tantas preocupaciones encima, ¿a quién ha de extrañarle que se olvidara de la existencia de María? La había olvidado, y esa era la verdad aunque El no quisiera admitirlo. Pero he aquí que acertó a verla y de inmediato la reconoció; en el instante supo que ella debía ser la madre de Su Hijo. Gran descanso tuvo el Señor Dios en ese momento. Los hombres seguían en sus trifulcas, sus guerras y sus rapiñas, y desde allá arriba el Señor Dios oía sus gritos, el tropel de sus caballerías atacándose unas a otras; veía a los reyes ordenando matanzas y celebrando grandes fiestas, a los mercaderes discutiendo a voces y a los sacerdotes de las más variadas religiones dirigiendo los cultos, cada uno diciendo que el suyo era el único verdadero; a los navíos cruzando los mares y a los pastores peleando a pedradas con los leones de los desiertos para

defender sus ovejas. Y pensaba El: "Pronto esos locos van a oír la voz de Mi Hijo".

Para el Señor Dios decir "pronto" era como para nosotros decir "dentro de un momento", sólo que el tiempo es para El muy distinto de lo que es para nosotros. Todavía Su Hijo tenía que nacer, crecer y llegar a hombre. Pero si el Señor Dios había sufrido miles de años las locuras del género humano, ¿qué le importaba esperar unos años más?

Ahora bien, si se quiere que algo esté hecho dentro de un siglo, lo mejor es empezar a hacerlo ahora mismo; y así es como pensaba y piensa el Señor Dios. Además, El no tiene la mala costumbre de soñar las cosas y dejarlas en sueño. Las mejores ideas son malas si no se convierten en hechos, y el Señor Dios sabía que es preferible equivocarse haciendo algo a quedarse sin hacer nada por miedo a cometer errores. De manera que El no debía perder tiempo, como no lo había perdido jamás cuando tenía algún quehacer por delante. Y ahora tenía uno muy importante: el de dar un hijo suyo a los hombres para que éstos oyeran por la boca de ese hijo la palabra de Dios.

Sucedía que María estaba casada desde hacía poco. Por otra parte, aunque se hallara soltera, el Señor Dios no podía bajar a la Tierra para casarse con ella. El no era un hombre sino un ser de luz, que ni había nacido como nosotros ni moriría jamás, a pesar de lo cual vivía y sentía y sufría. Era, como si dijéramos, una idea viva. Lo que Su Hijo traería a la vida no sería su rostro; no serían sus ojos ni su nariz, sino parte de su luz, de su propio ser, de su esencia. Pero para que la gente lo viera y, lo oyera debería tener figura humana, y para tener figura humana debía nacer de una mujer. Visto todo eso, no hacía falta que El se casara con María; sólo era necesario que el hijo de María tuviera el espíritu del Señor Dios. Y eso había que hacerlo inmediatamente.

De vez en cuando el Señor Dios tiene buen humor; le gusta hacer travesuras allá arriba. Esa vez hizo una. El pudo haber soplado sobre sus manos y decir:

—Soplo, hazte un pajarillo y vé donde está María, la mujer del carpintero José, en la aldea de Nazaret, y dile que va a tener un hijo mío.

Pero sucede que ese día El estaba de buen humor; y sucede además que El conocía el corazón humano y sabía que nadie iba

a creer a un pajarillo. Por eso se arrancó un pelo de su gran barba, se lo puso en la palma de la mano y dijo:

—Tú vas a convertirte ahora en un ángel y te llamarás el Arcángel San Gabriel. ¡Pero pronto, que no estoy por perder tiempo!

Aquello pareció cuento de hadas. En un segundo el blanco pelo se transformó; creció, le salieron alas, se le formó una hermosa cabeza cubierta de rubios cabellos. Al abrir los azules ojos el Arcángel se llevó el gran susto.

—Buenos días, Señor... —empezó a decir, temblando de arriba abajo.

—Señor Dios es mi nombre, joven —aclaró el Señor Dios—, y para lo sucesivo sepa que soy su jefe, de manera que vaya acostumbrándose a obedecerme.

—Sí, Señor Dios; se hará como Usted manda.

—Empezando por el principio, como en todas las cosas, aprenda buenos modales, salude con cortesía a sus mayores y tenga buena voluntad para cumplir mis órdenes. Atienda bien, porque ustedes los ángeles andan siempre distraídos y olvidan pronto lo que se les dice. No ponga esa cara tan seria. Es muy importante saber sonreír, sobre todo, en su caso, pues usted va a tener una función bastante delicada, como si dijéramos, una misión diplomática.

—No sé qué es eso, Señor Dios; pero en vista de que Usted lo dice, debe ser así.

—Me parece muy inteligente esa respuesta, Gabriel. Creo que vas a ser un arcángel bastante bueno. Ahora, fíjate en esa bola pequeña que va rodando allá abajo. Obsérvala bien; es la Tierra, y allá vas a ir sin perder tiempo.

El Arcángel San Gabriel miró hacia abajo y vió un tropel de mundos que pasaba a gran velocidad, y como él acababa de abrir los ojos, más aún, acababa de nacer, no estuvo atinado cuando señaló a uno de esos mundos mientras preguntaba:

—¿Es aquella de color rojizo que va allá?

Eso no le gustó al Señor Dios, pues El nunca había tenido paciencia para enseñar. De haberla tenido no habría pensado en un hijo para que sirviera de maestro a los hombres.

—Jovenzuelo —dijo—, haga el favor de poner atención cuando se le habla, y no tendrá que oír las cosas dos veces. Le he señalado la otra bola, la que está a la izquierda.

El Arcángel Gabriel era tímido. En verdad, no había tenido tiempo de formarse carácter. Le confundió sobremanera que el Señor Dios le tratara unas veces de "tú" y otras de "usted", y se puso a temblar de miedo.

—¡Eso sí que no! —tronó el Señor Dios—. Estás lleno de miedo, y nadie que lo tenga puede hacer obra de importancia. Tampoco hay que tener más valor de la cuenta, como les ocurre a algunos de esos locos que pueblan la Tierra y creen que el valor les ha sido concedido para hacer el mal y abusar de los débiles. Pero te advierto, hijo mío, que la serenidad y la confianza en sí mismo son indispensables para vivir conmigo; no quiero ni a los tímidos, porque todo lo echan a perder por falta de dominio, ni a los agresivos, que van por ahí causando averías, sino a los que son serenos, porque la serenidad es un aspecto de la bondad, y la bondad es una parte de mí mismo. ¿Entiendes?

El Arcángel dijo que sí, pero la verdad es que no entendió palabra; se sentía confundido, sorprendido de lo que le estaba ocurriendo minutos después de haber salido de un pelo de barba. Sólo atinaba a ver el desfile de mundos a lo lejos y a oír el vozarrón del Señor Dios.

—Bueno —prosiguió el Señor Dios—, pues si entendiste ya sabes que ésa que te señalo es la Tierra. Vas a irte allá sin perder tiempo; te dirigirás a una aldea llamada Nazaret, que está cerca de un lago al cual los hombres llaman de Genezaret. Aprende bien el nombre para que no cometas errores. En esa aldea de Nazaret vive una mujer llamada María. Hace un momento la vi llevando agua a su casa y tal vez no haya llegado todavía; vestía de azul claro, llevaba un paño morado sobre la cabeza y arreaba un asno cargado de botijos de agua. Te doy todos esos detalles para que no te confundas. Podrás conocerla además por la voz, pues su voz es melodiosa como ninguna otra. Si sucede que al llegar tú ya ella se ha metido en su choza, pregunta a cualquiera que veas por María, la mujer del carpintero José; es seguro que te dirán donde vive, porque la gente de la Tierra es curiosa y amiga de novedades, razón por la cual te ayudarán para después pasarse un mes charlando sobre tu visita a la joven señora. ¿Me vas entendiendo?

—Sí, Señor Dios.

—Entonces queda poco que decirte. Al llegar allá te dirigirás a María con mucha urbanidad, y le dices que Yo he dispuesto tener un hijo y, que ella será la madre; que se prepare, por tanto, a ser la madre del Hijo de Dios. Eso es todo ¡Vete en el acto, que tengo un poco de sueño y antes de dormir quiero saber cómo te irá en tu embajada!

San Gabriel iba a salir cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Y si me pregunta cómo va a ser Su Hijo, qué nombre habrá de ponerle, qué oficio tendrá?

—Le dirás que será como todos los hijos de hombres y mujeres y que sólo ha de distinguirse de los demás por la grandeza y la luminosidad de su espíritu; que será humilde, bondadoso y puro; que le llame Jesús y que su oficio será mostrar a la humanidad el camino del amor y del perdón. Le dirás también que está llamado a sufrir para que los demás puedan medir el dolor que hay en la Tierra comparándolo con el que El padecerá y porque sólo sufriendo mucho enseñará a perdonar también mucho.

El Arcángel no esperó más. Sentía que las palabras del Señor Dios henchían su alma, le llenaban con fuerza musical, con algo cálido y hermoso. Se le olvidó despedirse, cosa que el Señor Dios no le tomó en cuenta, porque pensó que no podía aprenderlo todo de golpe. Un instante después San Gabriel veía la Tierra tan cerca que casí podía tocarla.

HORACIO QUIROGA
(URUGUAY)

EL DIABLITO COLORADO

HABÍA UNA vez un chico que se llamaba Angel y que vivía en la Cordillera de los Andes, a orillas de un lago. Vivía con una tía enferma; y Angel había sido también enfermo, cuando vivía en Buenos Aires, donde estaba su familia. Pero allá en la Cordillera, con el ejercicio y la vida al aire libre se había curado del todo. Era así un muchacho de buen corazón y amigo de los juegos violentos, como suelen ser los chicos que más tarde serán hombres enérgicos.

Una tarde que Angel corría por los valles, el cielo de pronto se puso amarillo, y las vacas comenzaron a trotar, mugiendo de espanto. Los árboles y las montañas mismas se balancearon, y a los pies de Angel el suelo se rajó como un vidrio en mil pedazos. El chico quedó blanco de susto ante el terremoto; cuando en la profunda grieta que había a sus pies vio algo como una cosita colorada que trepaba por las paredes de la grieta. En ese mismo momento la gran rajadura se cerraba de nuevo, y Angel oyó un grito sumamente débil. Se agachó con curiosidad, y vio entonces la cosa más sorprendente del mundo: vio un diablito, ni más ni menos que un diablito colorado, tan chiquito que no era mayor que el dedo de una criatura de seis meses. Y el diablito chillaba de dolor, porque la grieta al cerrarse le había apretado una mano y saltaba y miraba asustado a Angel, con su linda carita de diablito.

El muchacho lo agarró después por la punta de la cola, y lo sacó de allí, sosteniéndolo colgado cabeza abajo. Y después de mirarlo bien por todos lados, le dijo:

—Oye diablito: si eres un diablo bueno (pues hay diablos buenos), te voy a llevar a casa, y te daré de comer; pero si eres un diablo dañino, te voy a revolear en seguida de la cola y te arrojaré al medio del lago.

Al oír lo cual el diablito se echó a reír:

—¡Qué esperanza! —dijo—. Yo soy amigo de los hombres. Nadie los quiere como yo. Yo vivo en el centro de la tierra, y del fuego. Pero estaba aburrido de pasear siempre por los volcanes,

y quise salir afuera. Quiero tener un amigo con quien jugar. ¿Quieres que yo sea tu amigo?

—¡Con mucho gusto! —repuso Angel, parando al diablito en la palma de la mano.— ¿Pero no me harás daño nunca? ¡Cuidado, porque si no te va a pesar, diablito de los demonios!

—¡Qué esperanza! —tornó a contestar el diablito, dándole la mano—. Amigos, ¡y para toda la vida! ¡Ya verás!

Y he aquí como Angel y el diablito trabaron amistad, vivieron como hermanos y corrieron juntos aventuras sorprendentes.

El diablito, claro está, sabía hacer de todo y jugar a todo; pero su gran afición era la mecánica. En una esquina de la mesa donde Angel estudiaba de noche sus lecciones, el diablito había instalado su herrería: fierros, herramientas, fragua y un fuelle para soplar el fuego. Pero todo tan diminuto que el taller entero no ocupaba más espacio que una moneda de dos centavos, y había allí de todo, sin embargo, y allí fabricaba el diablito los delicadísimos instrumentos que necesitaba. Y mientras el muchacho estudiaba a la luz de la lámpara, el diablito trabajaba en la sombra de la pantalla y martillaba y soplaba que era un contento.

¿Qué hacía el diablito? ¿Qué era lo que fabricaba? Angel no lo sabía. ¡Era tan chiquito todo aquello!

Pero lo más sorprendente de esta historia, es que el diablito era invisible para todos menos para Angel. Sólo su amigo lo veía; las demás personas no podían verlo. Mas el diablito rojo existía realmente, como pronto lo hizo ver.

Una tarde hubo un concurso de honda entre los muchachos de la escuela. La goma de la honda de Angel se rompió al primer tiro; y cuando ya se daba por vencido, vio al diablito trepado a su dedo pulgar.

—¡No te aflijas, primo! —le decía el diablito—. Abre el pulgar y el índice para que yo pueda sujetarme de ellos, y tírame fuerte de la cola; verás cómo nunca has tenido una honda igual.

Y en efecto, Angel hizo lo que el diablito le decía, enroscó una piedra en la cola, y estiró, estiró hasta que no pudo más; y la piedra salió silbando, con tanta fuerza que se la oyó silbar un largo rato. E inútil es decir que Angel ganó el concurso.

Notemos también que el diablito había llamado primo a Angel. Y es que, en efecto, los hombres son primos; y aun hay otros parientes más raros, como pronto lo veremos.

En otra ocasión el maestro retó injustamente a Angel; y tantas cosas desagradables le dijo, que esa noche, mientras el diablito trabajaba en su fragua, Angel, en vez de estudiar, lloraba sobre la mesa. El diablito lo vio y dijo riendo:

—¡No te aflijas, primo! Voy a arreglar las cuentas a tu maestro. Ya verás mañana.

Y golpeando a toda prisa en el yunque, fabricó un instrumento raro, con el que salió corriendo. Corriendo siempre llegó a la casa del maestro, que estaba durmiendo y roncaba; y metiéndose con mucho cuidado dentro de su boca, le colocó el instrumento detrás de la lengua.

¿Qué bisagra, o qué resorte extraño era aquella cosa? Nunca se supo. Pero lo cierto es que al dar clase al día siguiente, el maestro estaba tartamudo, como si tuviera un resorte en la lengua. Quiso decir: "¡Alumno Angel!", y sólo dijo A...lu...lu...lu... Y cuando más se enojaba por que no podía hablar de corrido, más se le trababa la lengua con su a... lu.... lu.... lu... Y los muchachos saltaban entre los bancos de contentos y le gritaban:

—¡Señor Alululú ¡Señor Alululú!

Otra vez llegó al pueblo un hombre malísimo y con un sombrero tan caído sobre los ojos que no se le veía más que la boca y la punta de la nariz. Y el asesino dijo a todo el mundo que iba a matar a Angel en cuanto saliera de su casa, porque le había robado una gallina.

Era una gran mentira; pero esa noche, cuando Angel lloraba de codos sobre la mesa, el diablito que trabajaba en su fragua, le gritó riendo:

—¡No te aflijas, primo! Verás cómo nos divertimos mañana con ese hombrón.

Y después de forjar un instrumento sobre el yunque, como la vez anterior, el diablito fue corriendo a la casa del hombre dormido, trepó sobre su frente, y con el taladro que había construido le agujereó la cabeza.

Pensemos qué chiquito debía de ser aquel agujero; pero al diablito le bastaba, porque quemándose con un fósforo la punta de la cola, echó adentro la ceniza, que tenía la facultad de dar la locura. Con lo que el hombre al día siguiente se levantó loco, y en vez de matar a Angel corría muerto de contento por la calle diciendo que era una gallina Plymot-Rock; y en todas las esquinas

quería poner un huevo y después se agachaba y se abría el saco, cacareando.

Ya se ve si el diablito tenía poder para hacer cosas. Lo único que lo molestaba un poco era el calor; y se bañaba ocho o diez veces al día en una copa.

En su fragua había hecho un peinecito de oro; y cruzado de piernas en el borde de la copa se peinaba despacio, mientras jugaba en el agua con la punta de la cola.

Muchos más servicios prestó el diablito a su primo Angel. Pero el más grande de todos fue el que le hizo salvando de la muerte a su hermanita, que vivía en Buenos Aires. Cuando Angel supo la noticia de la enfermedad se desconsoló tanto que no quería levantarse de la cama; y si se levantaba, se volvía a tirar vestido a llorar. Pero el diablito lo animó tanto que se decidieron ir a Buenos Aires, a pie, pues no tenían dinero y aunque no conocían el camino, el diablito se guió por las grietas casi invisibles que dejan los temblores de tierra, grietas que nadie puede ver, pero que él veía, porque había nacido con los volcanes en el centro de la tierra.

Sería sumamente largo contar las aventuras que les pasaron en un viaje a pie de cuatrocientas leguas. Lo cierto es que una mañana llegaron por fin a Buenos Aires, y llegaron cuando la hermanita de Angel estaba desahuciada y se iba a morir de un momento a otro.

El diablito comprendió al verla que la lucha iba a ser mucho más difícil que la que había tenido con el maestro tartamudo y el hombre loco, puesto que ahora debía luchar contra la Enfermedad; y la Enfermedad es la hija predilecta de la Muerte. Y él, ¿qué era, sino un pobre diablito? Pero enseguida veremos si era tan pobre como él decía.

La Enfermedad, hemos dicho, es la hija preferida de la Muerte; y la más inteligente de sus hijas, aunque sea también la más callada, delgada y pálida. Cuando la muerte quiere llevarse consigo a una persona cualquiera del mundo, recurre a los descarrilamientos, naufragios, choques de automóviles; y, en general, a las muertes por sorpresa.

Pero cuando las personas elegidas por la Muerte son personas muy desconfiadas, que se quedan encerradas en casa, enton-

ces la Muerte envía a su hija más callada e inteligente, y la Enfermedad entonces abre despacio la puerta y entra.

Explicado esto, comprenderemos que la Enfermedad que desde dos meses atrás quería llevarse a Divina (así se llamaba la hermanita de Angel), no abandonara casi nunca el cuarto de la enferma. La Enfermedad entraba al caer la tarde, sin que nadie la viera. Dejaba el sombrero y los guantes sobre el velador; se soltaba el pelo, y se acostaba al lado de Divina, manteniéndose abrazada a ella. La enferma se agravaba entonces, tenía fiebre y delirio. A las ocho de la mañana la Enfermedad se levantaba, se peinaba otra vez, y se retiraba. Al atardecer volvía de nuevo; y nadie la veía entrar y salir.

Pues bien; apenas acababan de entrar en el cuarto Angel y el diablito, cuando la Enfermedad llegó. Quitóse con pausa el sombrero y los guantes, y en el momento en que corría la sábana para acostarse, el diablito, rápido como el rayo, ató al tobillo de la Enfermedad una finísima cadena de diamante que había fabricado, y sujetó la otra punta a la pata de la cama. Y cuando la Enfermedad quiso acostarse, no pudo y quedó con la pierna estirada.

La Enfermedad, muy sorprendida, volvió la cabeza y vio al diablito sentado cruzado de piernas en el borde de una silla, que se reía despacio, con un dedo en la boca.

—¡Ja, ja! ¡No te esperabas esto, prima! —decía (el diablito). Y le decía también prima a la Enfermedad, porque los Hombres, los Diablos y la Enfermedad son primos entre sí.

Pero la Enfermedad había fruncido el ceño, porque estaba vencida. Ni aun intentaba siquiera sacudir la pierna, porque las cadenas de diamante que fabrican los diablos son irrompibles. El diablito había sido más fuerte que ella, y estaba vencida. No podía acostarse y abrazar más a Divina, y la enferma reaccionaría enseguida. Por lo cual dijo al diablito:

—Muy bien, primo. Has podido más que yo, y me rindo. Suéltame.

—¡Un poco de paciencia, prima!, —se rió el diablito, jugando con la cola entre las manos. —¡Qué apuro tienes! No te soltaré si no me juras que no vas a incomodar más a Divina, que es hermana de mi primo Angel, a quien quiero como a mí mismo. ¿Lo juras?

—Te lo juro, —respondió la Enfermedad; y acto seguido el diablito la soltó. Pero en vez de desatar la cadena, la cortó entre los dientes.

Mas cuando la Enfermedad se vio libre, se sonrió de un modo extraño mientras volvía a peinarse; y dijo al diablito:

—Me has vencido primo. ¿Pero tú sabes que el que se opone, como tú, a los designios de mi madre la Muerte, pierde la vida él mismo? Has salvado a esa criatura, pero tú mismo morirás, por más diablito inmortal que seas. ¿Me oyes?

—¡Sí, te oigo! ¡Te oigo prima! —repuso el diablito—. Sé que voy a morir, pero no me importa tanto como crees. Y ahora, prima pálida y flaca hazme el favor de irte.

Así dijo el diablito. Y quince días después, Divina había recobrado completamente la salud, y las rosas de la vida coloreaban sus mejillas. Pero el diablito se moría: no hablaba, no se movía y estaba siempre en el jardín. En la casa sin embargo, no se sabía que la salud de Divina era debida al diablito, que había sacrificado su propia vida por salvarla. Nadie, a excepción de Angel; y Angel, sentado en la arena, lloraba al lado del diablito moribundo; y le pedía que se dejara ver por su hermanita, para que Divina pudiera agradecerle, por lo menos, lo que había hecho por ella. Pues no olvidemos que el diablito era invisible para todos menos para Angel.

El diablito, que se sentía morir, consintió por fin y Angel salió corriendo a buscar a su hermanita, y volvió con Divina: la cual, al ver a aquel gracioso diablito tan bueno e inteligente, que se moría hecho un ovillito sobre la arena, sintió profunda compasión por él, y agachándose besó en la frente al diablito. Y apenas sintió el beso, el diablito se transformó instantáneamente en un hombre joven y buen mozo que se levantó sonriendo de un salto, y dijo:

—¡Gracias, prima!

¿Quién había de imaginarse tal prodigio? Mas todo se explica, sin embargo, al saber que la hermana de Angel no tenía ocho años sino diecisiete, siendo, por lo tanto, una hermosísima joven. Y desde que el mundo es mundo, el beso de una hermosa muchacha ha tenido la virtud de transformar a un diablo en hombre, o viceversa; pero esta reflexión es más bien para personas mayores.

El diablito debía morir como diablo, mas no como hombre; y he aquí por qué burló una vez más a la Enfermedad.

De más está decir que Divina y su nuevo buen mozo primo, se amaron en seguida. En cuanto a Angel, pasados algunos años se hallaba una tarde sentado en el jardín, pensando con tristeza que ya no tendría como antes un diablito para ayudarlo en la vida. Cuando pensaba así, sintió al ex diablito, su primo y cuñado, que le ponía la mano en el hombro y le decía sonriendo:

—¡No te aflijas, primo! Ahora no precisas ayuda de nadie, sino de tí mismo. Mientras fuiste una criatura, yo te ayudé, pues aún no tenías fuerzas para luchar por la vida. Ahora eres un hombre; y la energía de carácter y corazón, primo, son los diablitos que te ayudarán.

JUANA DE IBARBOUROU
(URUGUAY)

LA OPINION GENERAL
(ADAPTACION DE LA FABULAS DE ESOPO[1]
DEL MISMO NOMBRE)

DEMETRIOS. —Mirtila, hija, ponte tu hermosa falda de lana roja, tu bata de blanco lino, tu manto bordado de guardas, que vamos a hacer un viaje.

MIRTILA. —¿Un viaje, padre?

DEMETRIOS. —Sí, buena ha sido este año la venta del fruto de los olivares y las viñas, y quiero que disfrutemos saliendo de nuestra agrícola Tesalia, para conocer las costas, es decir, para llegar hasta el golfo de Corinto, en una de cuyas aldeas de pescadores tenemos parientes. Alégrate, Mirtila, pues ya traigo para los dos la bendición de mi madre, además de la bolsa bien repleta de dracmas.

MIRTILA. —¡Oh, padre, qué noticia tan agradable! ¿Y viajaremos en litera, como los señores?

DEMETRIOS. —Calla, tonta, que eso sería viajar en una pesadilla. Dinero tirado a costales y no ver nada, pues todo le pasa a uno por delante de los ojos como si estuviéramos viéndolo a través del ventanuco de la casa.

MIRTILA. —Pues entonces, ¿cómo iremos? A pie no será.

DEMETRIOS. —¿Y para qué tenemos el burro? ¡Gordo y lucio que da gusto verlo!

MIRTILA (*Decepcionada*). —¡Ay, en el burro! ¿Los dos, en el burro?

DEMETRIOS. —Claro está. ¿No vamos así a Decia a vender higos y verduras, y tus telas bordadas, y los cacharros pintados de Mursil?

MIRTILA. —Sí... sí. Pero es para vender, no para pasear... ni para viajar.

[1] Esopo: Famoso creador y narrador de fábulas. Nació y murió en Grecia entre los siglos VII y VI (siete y seis) antes de la era cristiana. Nació esclavo, pero el rey Pisistrato lo libertó debido a su ingeniosa fábula "Las ranas y su rey".

DEMETRIOS. —¡Bah! ¿Los señores no tienen una litera para ir a ver sus propiedades y otra para visitar a sus amigos? Le pondré al burro su collera con las hermosas borlas de lana que tú misma le hiciste, y ya verás, tú con tu hermoso vestido, yo con mi faja encarnada y mi gorro, qué bien parecemos. Todos han de decir al vernos: "Ahí van Demetrios y Mirtila como dos príncipes".

MIRTILA. —¡Huf! ¡Dos príncipes... en burro!

DEMETRIOS (*Molestado*). —Bueno: si no quieres...

MIRTILA (*Presurosa*). —Quiero, quiero, sí, padre. No vaya usted a agarrar su capricho y dejar el viaje, creyendo que no quiero. Vaya, voy a vestirme y a decírselo a las vecinas.

DEMETRIOS (*Riendo*). —Sí, eso es muy importante: decírselo a las vecinas. Pero entre tanto, no te olvides de preparar también un cesto con pan, y queso, y vino, y pasas y aceitunas, que el aire da apetito... y cuando el estómago empieza a sentirlo, grita más que un becerro que reclama a la madre. Vete en seguida, que entre tanto enjaezo al burro y me tomo un vaso de vino de higos.

MIRTILA (*Riendo*). —¡Huf! Eso también es muy importante, padre. Vamos, pues. (*Ríen los dos*).

(*Pausa musical.*)

DEMETRIOS. —Mirtila, ¿estás pronta?

MIRTILA. —Ya estoy, sí... ¡Ay, espere usted, padre, que me falta mi collar!

DEMETRIOS. —¡Anda!, ustedes las mujeres creen que sin el collar y los brazaletes no se puede dar un paso fuera de la casa. Toma también una vara de tamarindo, para azuzar al burro.

MIRTILA. —¡Qué hermoso está el burro, con su collera toda adornada de borlas de lana roja. (*Palmea el cuello del animal*). Vix,[2] buen amigo, nos vamos de viaje, ¿eh? ¡Qué ricos bocados de viaje, ¿eh? ¡Qué ricos bocados de pasto comerás por ahí!

DEMETRIOS. —No hay en toda nuestra Grecia región como la Tesalia amada. Desde los hombres hasta los burros, todos pueden comer hasta hartarse. Que vayan, no más, los orgullosos montañeses del Pindo, o los pescadores de Egina, a decir otro tanto. Así son de magros. Aquí todos tenemos barriga, gracias a los dioses.

MIRTILA (*Presurosa*). —¿Todos? Yo, no.

[2] Vix: palabra latina, equivalente a: ¡A trabajar!

DEMETRIOS. —Bueno, ya la tendrás. Es que ahora todo se te vuelven dengues, para no comer como Júpiter manda. ¡Tonta! (*Pausa.*)Ea, salgamos ya, que no es al mediodía cuando se emprenden los viajes. Cuando Ulises partió para sus aventuras que han asombrado al mundo y cantó Homero, amanecía. Ya el sol pica. Acomódate. Si tienes miedo de caer, agárrate de mi cintura. Pero no temas. Iré al paso, pues nada nos apura, y lo bueno se disfruta paladeándolo, como a los buenos vinos. ¡Hala! ¿Te has acomodado bien?

MIRTILA (*Gozosa*). —Sí, estoy bien. ¡Ni en un trono! ¡Huy! ¡Qué linda la mañana y qué alegre el sol!

DEMETRIOS. —¿Ves, tú? ¡Y mira cuánta gente va y viene por el camino! Pero pocos, o ninguno, van de fiesta. Todos cargados de canastos. Todos en sus quehaceres. Sólo el viejo Demetrios y su hermosa hija Mirtila de viaje para la costa, como dos señores. ¡Arre, Vix! (*Pausa*). ¡Adiós, Alejandro Papadolus: me voy con mi hija a visitar a mis parientes del golfo. ¿Quiere algo de allá ¿No? (*Pausa.*) Bueno, hasta la vuelta. Recomiéndale a tu mujer mis gallinas, que no se olvide. Les traeré pescado y almejas. Adiós.

MIRTILA. —Adiós, Alejandro Papadolus. Dile a Jacia que me riegue las plantas. Les traeré una cruz de estaño y un barquito de madera. Adiós.

(*Pausa musical.*)

DEMETRIOS. —Pues azúzalo con los talones. Para eso las mujeres sois diestras. Tomemos este camino de tamarindos. (*Canta una canción cualquiera, alegre y rítmica*).

MIRTILA (*Con voz inquieta*). —Padre: vea usted aquel grupo de mujeres que traen unos sacos al hombro. Mire usted cómo nos señala la más vieja.

DEMETRIOS. —Mirtila, hija, no seas rústica. Admiran tu vestido y tus collares, mi faja de colores y mi gorro bordado, el burro lleno de borlas de lanas de colores... Talonéalo para que avive el paso y vean qué gordo y hermoso está.

MIRTILA. —¡Hala, hala, hala!...

UNA VIEJA. —El padre, un gigantón. La muchacha, una gandula,[3] toda llena de dengues[4] y perifollos. Y el pobre animalito

[3] Gandula: holgazana, vaga, floja.
[4] Dengues y perifollos: trapos y adornos.

soportando el peso de los dos... ¡Hay gente sin alma! ¡En una parrilla los pondría a asear, por malvados! ¡Borriquito de los dioses!

MIRTILA (*Quejosa*). —¡Ay, Dios mío, voy a bajarme, padre!...

DEMETRIOS (*Furioso*). —¡Quédate donde vas, Mirtila, o bajo del burro y te doy unos azotes por tonta! ¡Qué te importa a ti del prójimo y su burro, vieja del infierno, bruja sin dientes, flaca Proserpina...!

MIRTILA. —No padre, cállese usted, por favor. Ahí viene otro grupo de campesinos y usted sabe cómo son nuestro paisanos. Yo me bajaré, caminaré a su lado. Si el burro lo lleva a usted solo, no dirán nada. Es lo corriente. Y a mí me gusta caminar. Iré de un lado al otro del camino, juntando tomillo y mirtos silvestres. Será más divertido. ¡Ah, mire usted qué mariposa más bonita! Chiquitica y dorada, como una abeja del Himeto!

(*Pausa musical*).

DEMETRIOS. —Sí, sí, ya ves la enmienda. ¿Oíste lo que decían esos barraganes?

MIRTILA (*Asombrada*). —No. En el momento que ellos pasaban, me había sentado en aquella piedra..., ahí, un paso más atrás, a atarme las sandalias.

DEMETRIOS. —¡Montón de perros! ¡Hato de víboras! ¡Qué los trague el Averno![5] ¡Qué Plutón[6] de cuenta de ellos!

MIRTILA. —¿Pero qué pasó? ¿Qué dijeron? Yo no oí nada, se lo aseguro.

DEMETRIOS (*Furioso*). —Claro. La niña sentada atándose las sandalias, el padre cabalgando inocentemente, y las lenguas infernales comentando muy sueltas: “Mira ese viejo, tan orondo en el burro, y la pobre hija a pie, tan cansada, que ha tenido que sentarse un rato en aquella piedra. ¡Alma de hiena!” Hasta dijo una de las mujeres: “Si yo tuviera un marido así, ya lo había metido en el horno de amasar, cuando estuviese ardiendo la leña para calentarlo. Y encima le echaría aceite y grasa de carnero, para que se tostase más pronto” ¡Parca[7] maldita!

[5] Averno: Infierno.
[6] Plutón: dios de las profundidades de la tierra.
[7] Parca: divinidad infernal.

MIRTILA. —¡Pobre padre!... No se aflija usted. Ya no me apartaré de su lado. Así nadie tendrá que decir nada.

DEMETRIOS. —No, que en otra no me agarran. Allá vienen dos recolectoras de aceitunas. Monta tú, que yo seguiré a pie. La mañana es linda, y yo estoy hecho a andar. Dame la vara, que el pollino, acostumbrado no ir más que del establo a las viñas, y de las viñas y del olivar al establo, se está poniendo pesado y si no se le hace alguna cosquilla en los ijares, a cada paso quiere pararse.

MIRTILA. —Tome usted... Voy a subir ligero, que ya están cerca.

(*Pausa musical.*)

MIRTILA (*Llorosa*). —¿Oyó usted, padre, lo que dijeron entre ellas al enfrentarse con nosotros? Pues la abuela le cuchicheó a la moza: "¡Cómo está el mundo! El pobre padre, ya viejo, anda que anda con sus pies, y la muchacha, toda emperifollada, cabalgando hecha una orgullosa señora. ¡Ah, si tú hicieses tal cosa con tu padre, te levantaba el refajo y buena zurra de varazos llevarías en las posaderas!"

DEMETRIOS (*Furioso*). —Eso dijo, esa Atropos[8] indigna? ¿Qué tiene que importarle que un padre le proporcione comodidades a su hija? Espera: voy a gritarles una buenas, hasta que tengan que taparse con arcilla los oídos.

MIRTILA (*Afligida*). —No, no, padre, calle usted, que ahí vienen unos hombres y es capaz que quieren salir en defensa de las mujeres, y se arme una tremolina en la que los dos saldríamos perdiendo. ¡Minerva[9] nos proteja! Deje usted. Yo voy a bajarme y mientras haya gente a la vista, los dos seguiremos a pie junto al burro, y nadie tendrá que decir nada.

(*Pausa musical.*)

DEMETRIOS. —¡Nadie tendrá que decir nada! Ya oíste ahora. (*Remedando.*) "¡Qué par de brutos. Con el calor que hace, andando al lado del burro, que está gordo que reluce, y hasta es barrigón como un tonel. Uno que quisiera una cabalgadura, no la tiene, y esos estúpidos, que la tienen, van a pie, el viejo con su cara de perro furioso y la hija con su aire de gata apaleada!

[8] Atropos: una de las tres Parcas (brujas).
[9] Minerva: diosa protectora de los combates y de los consejos.

Mirtila (*Llorando*). —¿Qué hay que hacer, entonces? Todos están disconformes y a todos les parece mal cuanto hacemos...

Demetrios. —Yo ya estoy cansado. Ahora el camino está vacío. Subamos los dos al burro otra vez... Si no, jamás llegaremos al golfo, y nunca regresaremos a casa. Ea, sube, y en marcha; los dioses nos prueban. Pero ahora nadie se acerca y andaremos un buen trecho sin molestias.

(*Pausa musical.*)

Mirtila. —Padre, mire usted allí, al pie de los tamarindos, esos peones camineros, comiendo.

Demetrios. —Pues calla y pasemos.

(*Pausa musical.*)

Mirtila. —¿Oyó usted? Volvieron a decir que el pobre burro no puede más, que somos un par de brutos... ¡Ah, no, no! ¡Yo me bajo!

Demetrios. —Entonces me bajo yo también. Se repetirá lo anterior, si te ven a ti a pie y a mí en el burro.

Mirtila (*Llorosa*). —Sí, y si nos ven caminando y al burro solo, nos gritarán estúpidos, cretinos, indignos de tener una cabalgadura... (*Temerosa.*) Y mire, mire usted: allí viene otro grupo de campesinos.

Demetrios (*Con voz gozosa y triunfante*). —Oye, Mirtila, hija mía: como una luz, ha atravesado mi cabeza una idea preciosa. Juno, la buena madre, me la ha inspirado. Aunque viejo, soy fuerte como un atleta... y el burro es pequeño. Lo cargaré a cuestas, y la gente dirá: "Miren qué excelente hombre es ese que va ahí. Le tiene piedad a su asno, que ha trabajado para él y su hija, les ha ayudado a ganar sus galas, y ahora él lo lleva de paseo. Se lo contaremos al alcalde, para que se lo diga al rey y le dé una medalla."

Mirtila (*Gozosa*). —¿Lo cree usted así, padre? ¡Ay, déjeme que le ayude! Vix, mi buen pollino, tendrás tu premio, e irás cómodo como Febo en su carro. A ver... padre... ¡hala!

Demetrios. —¡Hu... uuum! ¡hala!

(*Pausa musical.*)

Mirtila (Llorando a gritos). —Padre, padre, baje usted ligero al burro de sus hombros. Los campesinos van corriendo y gritando que por el camino anda suelto un loco, con un burro a cuestas, y que hay que avisar a los soldados y llevarlo al manicomio de Atenas para que lo curen o matarlo a tiros, para que no

haga daño. Vamos, padre, vamos; retornemos a nuestra casa, ya no quiero ver el golfo, ni visitar a nuestros parientes. ¡Ay, cuántas inquietudes y cuántos disgustos se encuentran en el camino!

(*Pausa musical.*)

DEMETRIOS (*Cambiando de voz*). —No, hija. Sigamos nuestro viaje. Pero, con lo que hemos aprendido en estas pocas horas, no nos importe más lo que diga la gente que pasa. Iremos los dos en el burro, descansaremos, nos turnaremos como yo lo crea conveniente. ¡Mira si enseñan los viajes! Ahora ya sé que no hay que dar oídos a la opinión general, sino obrar bien y de buena fe. Lo demás no importa, pues estos comedidos jueces de la tierra se equivocan y mortifican a cada paso, haciéndole imposible la vida al que es débil y se preocupa de sus juicios. ¡Sólo un verdadero Juez eterno hay que puede juzgarnos imparcialmente! Una conciencia clara y justa regula magníficamente nuestra acciones. ¡Y a vivir! ¡Arriba ese ánimo, Mirtila!

MIRTILA (*Entre risa y llanto*). —¡Ay, padre, mire usted la cara de susto que tiene el pobre burro! El también ha de pensar que nos volvimos locos.

DEMETRIOS. (*Riendo*). —Vaya, ¿también te van a importar lo que piense el burro? Pues, hija, forma parte de la opinión general. Locos fuimos, sí, tomándola en cuenta. Ya viste el resultado. ¡Hala!, arriba, y a regocijarnos con las bellezas de la Grecia inmortal. Vamos a ver el mar de donde nació Venus,[10] la diosa. ¡Desde la cuna oí contar todo eso a mi madre, y quiero verlo con mis propios ojos, y tocar con mis manos la espuma del agua sagrada! (*Entusiasmado*).

MIRTILA (*Medio desconcertada*). —¡Ahí, viene, padre, otro grupo de hombre y mujeres...

DEMETRIOS (*Riendo*). —Se acabó. Tanto tiraron de la cuerda, que ésta terminó por romperse. ¡Hala, hala, Vix! Ya me tiene sin cuidado la opinión general ¡Ya soy libre, Mirtila!

(Música Final.)

[10] Venus: La diosa Afrodita, hija y esposa de Zeus. Divinidad de la belleza.

OLOR FRUTAL

Con membrillos maduros
Perfumo los armarios.
Tiene toda mi ropa
Un aroma frutal que da a mi cuerpo
Un constante sabor a primavera.

Cuando de los estantes
Pulidos y profundos
Saco un brazado blanco
De ropa íntima,
Por el cuarto se esparce
Un ambiente de huerto.

¡Parece que estuviera en mis armarios
Preso el verano!

Ese perfume es mío. Besarás mil mujeres
Jóvenes y amorosas, mas ninguna
Te dará esta impresión de amor agreste
Que yo te doy.

Por eso, en mis armarios
Guardo frutas maduras
Y entre los pliegues de la ropa íntima
Escondo, con manojos secos de vetiver,[1]
membrillos redondos y pintones.
Mi piel está impregnada
De esa fragancia viva.
Besarás mil mujeres, mas ninguna
Te dará esta impresión de arroyo y selva
Que te doy yo.

[1] Vetiver: planta aromática de la India.

AMENODORO URDANETA
(VENEZUELA)

LOS TRES LADRONES

TRES LADRONES estaban emboscados cierto día en una selva por donde pasaba un mercader que llevaba consigo sumas considerables y objetos de gran valor. Lo detuvieron, se apoderaron de cuanto llevaba, y por último lo matáron. Para celebrar el horroroso crímen que tanto provecho les traía, determinarón divertise y hacer una comida opípara.

El más joven de los tres se encargó de ir a la ciudad inmediata a comprar vino, carne cuanto creían necesario.

Apenas se puso en camino, cuando los otros dos se dijeron: —"Si fuéramos los dos solos los que hubiésemos de partir estos tesoros, de seguro tendríamos suficiente para vivir. Desagámonos de ese otro cuando vuelva: luego que lo hayamos muerto, partiremos como hermanos, y nos iremos a vivir a otro país con nuestras riquezas".

El tercer ladrón por su parte se decía: —"Si yo pudiese desembarazarme de mis dos compañeros, ¡mío sería todo este dinero! Voy a envenenar el vino; beberán de él, se morirán de seguro, y ¡yo me quedaré con los tesoros del mercader. En efecto, compró sus provisiones, mezcló al vino un veneno violento, y regresó a donde estaban sus compañeros.— Apénas hubo llegado, se arrojaron los dos sobre él y le dieron de puñaladas. Se pusieron de seguida a comer; bebieron el vino envenenado, espiraron a pocos momentos en medio de atroces dolores. —¡Justo castigo de la Providencia! Nueva prueba de que los malos nunca pueden fiarse unos de otros.

SALUSTIO GONZALEZ RINCONES
(VENEZUELA)

CANCION DE CUNA CON VOCALES

DUÉRMETE mi niño
del QUIRIPITI.
Sácate los ojos:
¡dámelos a mí!

Tus ojos pasivos
ahora tan abiertos
¡Como de los vivos!
¡Como de los muertos!

Con ellos, el mundo,
pequeño he de ver
y en sopor profundo
¡como tú al nacer!

Duérmete mi niño
del QUIRIPITE.
¡Sácate los ojos
dámelos a mé!

Son los de tu padre:
¡del mismo color!
Al verlos tu madre
se murió de amor.

Durante veinte años
los tuvo de espejo...
¡Cuántos desengaños
venció su reflejo!

Duérmete mi niño
del QUIRIPITO.
Sácate los ojos
dámelos a mó!

¡Tienen en el fondo
esa luz serena

¡Me alumbró tan hondo
cuando tuve pena!

Y lo míos lloraron
cuando El se murió...
¡Huérfanos quedaron
los ojos de yo!

Duérmete mi niño
del QUIRIPITU.
Sácate los ojos:
¡Dámelos a mú!

Envueltos en rosas
los conservaré.
¡Sueña muchas cosas!
¡Menos yo soñé!

¡Ciérralos, que viene
un hombre muy malo...
en la mano tiene
un tobo de palo!

Duérmete mi niño
del QUIRIPITE,
¡Sácate los ojos
dámelos a mé!

Si abiertos los mira
te echaré su arena...
En los ríos con ira
la vida echó pena!

¡Ciérralos, los tuyos!
¡Ciérralos, amor!
Yo cerré los suyos
del mismo color!

Duérmete mi niño
del QUIRIPITA...
Porque viene el Coco
y te comerá.

TERESA DE LA PARRA
(VENEZUELA)

EL GENIO DEL PESACARTAS

ESTA ERA una vez un gnomo sumamente listo e ingenioso: todo él de alambre, paño y piel de guante. Su cuerpo recordaba una papa, su cabeza una trufa blanca y sus pies a dos cucharitas. Con un pedazo de alambre de sombrero se hizo un par de brazos y un par de piernas. Las manos enguantadas con gamuza color crema no dejaban de prestarle cierta elegancia británica, desmentida quizás por el sombrero que era de pimiento rojo. En cuanto a los ojos, particularidad misteriosa, miraban obstinadamente hacia la derecha, cosa que le prestaba un aire bizco sumamente extravagante.

Lo envanecía mucho su origen irlandés, tierra clásica de hadas, sílfides y pigmeos, pero por nada en el mundo hubiera confesado que allá en su país había modestamente formado parte de una compañía de menestreles o cantores ambulantes: semejante detalle no tenía por qué interesar a nadie.

Después de sabe Dios qué viajes y aventuras extraordinarias había llegado a obtener uno de los más altos puestos a que pueda aspirar un gnomo de cuero. Era el genio de un pesacartas sobre el escritorio de un poeta. Entiéndase por ello que instalado en la plataforma de la máquina brillante se balanceaba el día entero sonriendo con malicia. En los primeros tiempos había sin duda comprendido el honor que se le hacía al darle aquel puesto de confianza. Pero a fuerza de escuchar al poeta, su dueño, que decía a cada rato: "¡Cuidado! que nadie lo toque, que no le pasen el plumero. Miren qué gracioso es... ¡Es él quien dirige el va y ven de billetes y cartas!..." había acabado por ponerse tan pretencioso que perdió por completo el sentido de su importancia real —y esto al punto de que cuando lo quitaban un instante de su sitio para pesar las cartas le daban verdaderos ataques de rabia y gritaba que nadie tenía derecho de molestarlo, que él estaba en su casa, que haría duplicar la tarifa y demás maldades delirantes.

Pasaba pues los días, sentado en el pesacartas como un príncipe merovingio en su pavés.[1] Desde allá arriba contemplaba con desdén todo el mundo diminuto del escritorio: un reloj de oro; un cascarón de nuez, un ramo de flores, una lámpara, un tintero, un centímetro, un grupo de barras de lacre de vivos colores, alineados muy respetuosamente alrededor del sello de cristal.

—Sí —decíales desde arriba—, yo soy el genio del pesacartas y todos ustedes son mis humildes súbditos. El cascarón de nuez es mi barco para cuando yo quiera regresar a Irlanda, el reloj está ahí para indicar la hora en que me dignaré dormir; el ramo de flores es mi jardín; la lámpara me alumbra si deseo velar, el centímetro es para anotar los progresos de mi crecimiento (mido ciento setenta milímetros desde que me vino la idea de usar calzado medioeval). —No sé todavía qué haré con los lacres—. En cuanto al tintero está ahí, no cabe duda, para cuando yo quiera divertirme echando redondeles de saliva.

Y diciendo así comenzaba a escupir dentro del tintero con una desvergüenza sin nombre.

—Eres un gran mal educado, protestaba el tintero. Si pudiera subir hasta allá, te haría una buena mancha en la mejilla y te escribiría en las espaldas con letras muy grandes "Gnomo malvado".

—Sí, pero como eres más pesado que el plomo con tu agua asquerosa de cloaca no pueden hacerme nada. Si me inclino sobre ti, quieras que no, tendrás que reflejar mi imagen.

Y su rostro en efecto aparecía en el fondo del brocal de cobre negro y brillante como el de un diablillo burlón.

Cuando su dueño se sentaba al escritorio, el gnomo tomaba un aire hipócrita y sonreía como diciendo: "Todo marcha bien. Puedes escribir lindísimas páginas, yo estoy aquí".

Entonces el poeta que era de natural bondadoso y que se engañaba fácilmente, miraba al genio con complacencia y colocando una barrita de incienso verde en el pebetero,[2] la ponía a arder. El humo subía en finas volutas hacia el gnomo y le cubría la cabeza con su dulce caricia azulada. El diminuto personaje respiraba el perfume con alegría y se estremecía de tal modo que la balanza marcaba quince gramos en lugar de diez que era su peso

[1] Pavés: escudo con que se cubrían los antiguos soldados.
[2] Pebetero: vaso agujereado para quemar perfumes.

normal, por lo cual deducía que el incienso era el único alimento digno de él, puesto que era el único que le aprovechaba.

Una noche en que dormía profundamente lo despertó una música muy suave. Eran dos pobres menestreles[3] vestidos más o menos como él y del mismo tamaño que venían a darle una serenata: uno tocaba la guitarra cantando con expresión apasionada; el otro lo acompañaba tarareando con las dos manos sobre el corazón como quien dice: "qué divina música, nunca he sentido igual placer".

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —preguntó el gnomo frotándose los ojos con un puño furibundo. —¿Quién se permite tocar y cantar de noche aquí en mi mesa?

—Somos nosotros —contestó el guitarrista con mucha dulzura—. Parece que has corrido con mucha suerte desde el día en que te fuiste de nuestra compañía ambulante. Eres hoy gran personaje... y ya vez, hemos hecho el viaje. Estamos muy cansados...

—En primer lugar, les prohíbo que me tuteen y en segundo término, ¡no los conozco! ¡vaya broma!, yo, yo en una compañía de menestreles... ¿Están locos? ¡Largo, largo de aquí pedazos de vagabundos!

—Pero, de veras ¿no nos reconoce usted Monseñor? Insistió el músico decepcionado. Eramos tres, acuérdese, y teníamos grandes éxitos... yo me ponía en el medio, mi compañero a la derecha y usted a la izquierda, bizqueando para que la gente se riera. Tiene usted siempre la misma mirada. Tome, aquí tengo la fotografía que nos sacó un aficionado la víspera del día que usted se escapó.

Y desmontando la guitarra sacó un rollo de papel bromuro[4] que extendió. Se veían en efecto los tres menestreles de cuero y alambre: el de la derecha era en efecto el genio del pesacartas.

—¡Ah! esto ya es demasiado, gritó exasperado. No me gustan las burlas. Soy el genio del pesacartas y nada tengo qué ver con mendigos como ustedes.

—Pero, Monseñor, —respondió el guitarrista, a quien invadía una profunda tristeza—. Si no pedimos gran cosa; tan sólo el

[3] Menestreles: menestriles o ministriles, músicos de la Edad Media que tocaban en fiestas religiosas.

[4] Bromuro: sustancia de plata que se usaba en el revelado de fotografías.

que nos permita vivir aquí en su hermosa propiedad. Piense que hemos gastado en el viaje todas nuestras economías.

—Lo que me tiene muy sin cuidado.

—No lo molestaremos para nada. Tocaremos lindas romanzas.

—No me gusta la música. Además, los veo venir: harían correr ciertos ruidos perjudiciales a mi buen nombre, muchas gracias, mi situación es muy envidiada... Conozco cierto tintero que se sentiría encantado si pudiera salpicarme con sus calumnias. Arréglenselas como puedan, yo no los conozco.

—¿Es su última palabra? Preguntaron los menestreles rendidos bajo tanta ingratitud.

—Es mi última palabra, concluyó el genio del pesacartas.

Y como los desgraciados músicos permanecieron aún indecisos y desesperados:

—¿Quieren ustedes marcharse enseguida, bramó, poniéndose de pie sobre el platillo, o llamo a la policía?

Pero en su exaltación, se resbaló, le faltó el pie y rodó, soltando una horrible interjección, hasta ir a dar al fondo del tintero que se lo tragó.

Sin dar oídos a otros sentimientos que no fueran los del valor y la generosidad, los dos menestreles quisieron libertar al amigo de otros tiempos. Pero por desgracia el tintero que tenía muchas cuentas que cobrar, dejó caer su tapa con estrépito y los menestreles no pudieron ni moverla.

Al siguiente día cuando el poeta vio el desastre, comprendió lo ocurrido y sintió repugnancia por la ingratitud del gnomo. Después de haberlo extraído de pozo negro y después de haber tratado en vano de limpiarlo, no sabiendo qué hacer con él y no queriendo tirarlo a la basura, lo metió en el fondo de una gaveta.

En su destierro, el gnomo de cuero no ha perdido su orgullo. Continúa deslumbrando con sus cuentos fantásticos a la gente del nuevo medio social: un pisapapeles roto; una concha de tortuga y un rollo de viejas facturas.

—Cuando yo reinaba en el pesacartas, era yo quien hacía llegar los telegramas. Pero un día, un loco me arrojó en un tintero...

En cuanto a los dos menestreles, el poeta los ha colocado sobre un gran ramo de follaje. Parecen dos pájaros de colores en un bosque virgen y allí cantan el día entero de un modo encantador.

JULIO GARMENDIA
(VENEZUELA)

EL CIRUELO DE MONTE

MIRABA YO perplejo en torno mío. De aquel mundo de entonces, de los seres y las cosas de la infancia a que pertenecieron, nada quedaba en pie. Sólo un árbol solitario había entre las malezas, allí, al fondo, atemorizado, como escondido. Era mi viejo ciruelo de monte que tenía incrustada en su tronco, en cierto punto que yo recordaba, "una bala de cuando el sitio" (por aquel entonces, así decíamos). Estaba allí y me pareció como la imagen de lo que había dejado de ser en torno suyo.

Había empezado a atardecer. Era un atardecer puro y límpido, como aquellos atardeceres de otros tiempos; como aquéllos de entonces; —como aquéllos que, ahora, de repente, me había puesto a recordar, junto con tantas otras cosas por tanto tiempo olvidadas.

Junto con el tamarindo y el ciprés de copa azul, aquel viejo ciruelo había sido el más intimo, constante y entrañable compañero. Volvía yo a ver ahora a mi amigo de la infancia, después de tantos años (pues yo me había ausentado, abandonándolo a su suerte; había ido a correr tierras; había vivido, olvidado...). Lo tenía allí, frente a mí (o, más bien, era yo quien comparecía delante de él, pues él se mantenía en su sitio, en su mismo sitio de antes y de siempre, de allí no se había movido...). Me pareció como si me mirase con reproche, moviendo algunas hojas, por haberme ido lejos. Del grueso tronco rugoso había salido, en algún punto rasguñado, aquella misma resina color de miel, cristalina y dorada goma que tan familiar me era, tan familiar como todo lo suyo. Pero ahora no tenía ciruelas qué ofrecerme; sólo dos o tres, quizás, habría en las más altas ramas.

De repente sonó el tañido de las campanas, de las viejas campanas; era el mismo de antes aquel toque de oración, el mismo que entonces me parecía tan distante, tan lejano, como si viniera de un mundo inalcanzable. En aquellos tañidos que me devolvían al pasado, me pareció que era el viejo ciruelo de monte

quien me hablaba, quien contaba y recordaba en la voz de las campanas.

—¿No te acuerdas del tamarindo que había aquí, cerca, a mi lado? Tú estabas lejos cuanto a él lo cortaron. Y de los dos cucaracheros, los que tenían su nido en la copa del pequeño ciprés azul, ¿no te acuerdas tampoco? Tú estabas lejos cuando les saquearon su nido. ¿Y de don Pedro? ¿Ya no te acuerdas de don Pedro? ¡Lo mataron! Tú estabas lejos cuando todo eso pasó.

Cesó el tañido, el toque de oración. Anochecía. El ciruelo de monte se encontraba inmóvil; sus ramas aparecían mustias, como petrificadas; estaba allí, acurrucado y quieto, como un animal que va a dormir.

—El año que viene —me decía— ya no daré más ciruelas. Lloverá, lloverá el año que viene, ¡si Dios quiere!; pero... pero ya no tendré yo ni hojas ni ciruelas, ni goma resina para cubrir mis heridas.

Una y otra vez pasaba yo la mano sobre el duro tronco reseco, como se acaricia un quieto animal que va a morir.

—A fin de año yo también me secaré, me secaré...

La luz de la estrella (que iba ya cobrando fuerza en la penumbra de la hora avanzada), hizo relucir, pegadas casi al viejo tronco, dos o tres ciruelas. Eran quizás las últimas que él nos daba; ¡las últimas ciruelas fragantes, rojas, duras, pequeñas y tentadoras!... ¡Las últimas, después de tantas y de tantas que habían sido antes que ellas!

Probé sus pequeñas ciruelas rojas, brillantes y olorosas. Eran dulces, unas, como el recuerdo de la infancia; agridulces, otras, como el regusto de la vida.

LUISA DEL VALLE SILVA
(VENEZUELA)

LA HUERTA DE DOÑA ANA

I

VAMOS a la huerta
del ton toronjil
a ver a Doña Ana
cortando el perejil.

UNA NIÑA
¡Vamos! Vamos a la huerta,
a la huerta de Doña Ana.
Mirad, la puerta se abre.

El viento mueve las ramas
y caen florecitas rojas
sobre la hierba mojada.
¡Qué frescura trae la brisa
de la huerta de Doña Ana!

UN NIÑO
Los árboles están llenos
de mangos y de naranjas.
Parece que se descuelgan
los racimos de la parra.
En los brazos de la higuera
su miel los higos derraman.
¿Por qué no vamos? Entremos
a la huerta de Doña Ana.

OTRA NIÑA
Sabe a toronjil el aire
en la huerta de Doña Ana.
Hay olor a hierbabuena,
a romero y a albahaca.
Con su perfume parece

que desde allá nos llamaran
los claveles y las rosas
a la huerta de Doña Ana.

OTRO NIÑO
Desde aquí miro aleteando
mil mariposas pintadas.
Los pájaros saltan, vuelan;
unos pían, otros cantan.
Pececitos de colores
se deslizan entre el agua.
Hay grillos, abejas... ¡Vamos
a la huerta de Doña Ana!

Todos cantan:

Doña Ana no está aquí;
ella está en su vergel,
cortando la rosa,
dejando el clavel.

DOÑA ANA
¡Cómo! ¿Niños en mi huerta?
La puerta dejé cerrada...
Habrá sido el viento loco
quien se las ha abierto... ¡Nada
me impedirá echarlos! ¡Fuera!
¡Todos, uno a uno, salgan!

¡No quiero niños ajenos
si no hay niños en mi casa!

II

UNA NIÑA
Mirad, mirad... ¿Qué ha pasado
en la huerta de Doña Ana?
Las ramas parecen muertas,
la hierba se ve arrasada.

Un Niño

No tienen frutas los árboles.
Seca se tuerce la parra
sin racimos y sin hojas.
La higuera está gris, pelada.

Otra Niña

El aire pesado tuesta
y huele a tierra quemada.
Ya no nos viene en la brisa
aquel olor a albahaca.

Otro Niño

¿Dónde están las mariposas
y los pájaros? El agua
no corre por las acequias.
No hay pececitos, no hay nada.

Todos cantan:

¿Dónde, dónde está Doña Ana?
¡Doña Ana no está aquí!

Doña Ana

Aquí estoy. Pero, no huyáis.
Pasad ya sin temer nada.
¡A jugar en los jardínes,
a correr entre las plantas!
Desde que huísteis, la huerta
está fea, triste, árida.
Venid. Yo quiero ver niños
en mi huerta y en mi casa.

Todos cantan:

Vamos a la huerta
de ton toronjil
a ver a Doña Ana
cortando el perejil.

MANUEL FELIPE RUGELES
(VENEZUELA)

MARIPOSAS

Por el campo
la flauta del agua.

Mariposas
azules y blancas.

Y encendidas,
de viva esmeralda.

Con la lluvia,
tan leves que pasan.

¡Qué dorado
temblor en las alas!

¡Para todas,
yo abrí la ventana!

LUZ, CABALLITO DEL MONTE

Luz, caballito del monte,
Luz, caballito del alba.

Crin de oro sobre el viento
desatada.

Cola de raudo arco-iris.
Sonoros cascos de plata.

Por los valles, por los cerros,
por las montañas más altas.

Con miedo corre la niebla
a esconderse cuando pasas.

Una amazona de fuego
cabalga sobre tus ancas.

Luz, caballito del monte.
Luz, caballito del alba.

AUTORES Y OBRAS

ERMILO ABREU GOMEZ
(1894-1971)

Escritor mexicano, nació en Mérida, Yucatán. Cultivó varios géneros literarios, entre ellos: el teatro, la novela, el ensayo, la comedia, el romance, la historia y la crítica literaria. Profesor universitario. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Cultivó y promovió el estudio y recopilación de la literatura indigenista, en los cuales se destacó por su estilo transparente, lírico y con sentido de crítica social. Obra: *El corcovado* (1924), *Cuentos de Juan Pirulero* (1929), *Héroes mayas* (1944), *Pirrimplín en la luna* (1942), *Tres nuevos cuentos de Juan Pirulero* (1944), *Leyendas mexicanas* (1951), *Tatla Lobo* (1952), *Cuentos para contar junto al fuego* (1959), *Leyendas y consejas del antiguo Yucatán* (1961).

MIRTA AGUIRRE
(1912-1980)

Nació en La Habana. Ensayista, periodista y poeta. Directora del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Su obra poética fue reconocida por Juan Ramón Jiménez. Su obra ensayística recibió los premios Justo Lara (1947) y Premio de la Secretaría de Educación Pública de México (1974). Obra: Poesía: *Canción antigua a Che Guevara* (1970), *Juegos y otros poemas* (1974), *Ayer de hoy* (1980). Selección de prosa y poesía: Ensayo: *Influencia de la mujer en Iberoamérica* (1974), *La obra narrativa de Cervantes* (1973), *Del encausto a la sangre: Sor Juana Inés de la Cruz* (1974), *La lírica castellana hasta los siglos de Oro* (1977).

OSCAR ALFARO
(1921-1963)

Nació en San Lorenzo Tarija, Bolivia. Poeta, cuentista y profesor. Cultivó la fábula y el poema pedagógico. A consecuencia de su voz revolucionaria fue expulsado de su terruño. En la ciudad de La Paz fundó y dirigió varios organismos culturales: «Gesta Bárbara», «La República de los Niños» y «Tricolor». Un mes antes de su muerte obtuvo el Premio Nacional de Cuentos, auspiciado por el Ministerio de Educación y Cultura con su libro para niños *Cuentos chapacos*. Varias de sus obras han sido traducidas a otros idiomas, así como musicalizadas y teatralizadas.

Obra: Poesía: *Canciones de lluvia y tierra* (1948), *Bajo el sol de Tarija y Cajita de Música* (1949), *Alfabeto de estrellas* (1950), *Cien poemas para niños* (1955), *La copla vivió* y *Poemas Chapacos* (1963-1964). Cuentos: *Colección de cuentos infantiles* (1962), *La escuela de fiesta* (1963). Obras de edición póstuma: Col. *Cuentos de Alfaro* (1971), *Caricaturas (Humor en verso)* (1976), *El sapo que quería ser estrella* (1980), *El cuento de las estrellas,* (edición rusa, 1984), *Alfabeto de estrellas* (Traducido al quéchua) 1985, *El pájaro de fuego y otros cuentos* (1990), *El mundo blanco y otros cuentos* (1993).

MIGUEL ANGEL ASTURIAS
(1899-1974)

Nació en ciudad de Guatemala. Narrador, poeta, dramaturgo, abogado y diplomático. Vivió muchos años en Francia. Estudió con Georges Raynaud, bajo su dirección y en colaboración con el escritor mexicano J. M. González, de Mendoza traduce el libro sagrado de los indios: *Popol Vuh*. Contribuye a fundar la Universidad Popular en su país. Premio Lenin de la Paz en 1966 y Premio Nobel de Literatura en 1967. Obra: Poesía: *Sien de alondra* (1948), *Ejercicios poéticos...* (1952), *Clarivigilia primaveral* (1965). Relato: *Leyendas de Guatemala* (1930), *Week-end en Guatemala* (1956), *El espejo de Lida Sal* (1967). Novela: *El señor presidente* (1946), *Hombres de maíz* (1949), *Viento fuerte* (1950), *El Papa verde* (1954), *Los ojos de los enterrados* (1960), *El alhajadito* (1961), *Mulata de tal* (1963). Ensayo: *Latinoamérica y otros ensayos* (1968), *América, fábula de fábulas y otros ensayos* (1972).

JUAN BOSCH
(1909-)

Narrador, ensayista y político dominicano. Dirigente del Partido Revolucionario Dominicano. Vivió en el destierro durante veinticuatro años. Después de la caída del dictador Trujillo regresó a su isla, en 1961. Fue electo presidente de su país en 1963 y derrocado por un golpe militar apoyado por la Marina Norteamericana. Como exiliado vivió en España y Puerto Rico. Sus relaciones con Venezuela y su amistad con Miguel Otero Silva lo hacen acreedor de un alto aprecio en Venezuela. Desde 1966 cuando fue de nuevo candidato a la presidencia de la República y derrotado por los seguidores de Joaquín Balaguer, vive modestamente en su país y escribe una de las obras más genuinas y prolíficas de la literatura de habla hispana. Obra: Novela: *La mañosa* (1936), *El oro y la paz* (1935). Cuento: *Camino real* (1933), *Dos pesos de agua* (1935), *Ocho cuentos* (1947), *La muchacha de la Guaira* (1955), *Cuento de navidad* (1956) (tres ediciones hasta 1944), *Cuentos escritos en el exilio*

y apuntes sobre el arte de escribir cuentos (1962). Ensayos: *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplos* (1961), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial* (1970).

MARTA BRUNET
(1901-1963)

Nació en Chillán (Chile). Narradora, periodista y diplomática. Fue Redactora de *La Nación* de Santiago de Chile. Directora de la revista *Familia*. Su obra fue reconocida con diversos premios: 1929: Primer Premio en el concurso de cuentos organizado por el diario *El Mercurio*, 1933. Premio de novela por la Sociedad de Escritores de Chile. En 1943, el Premio Atenea, por su novela *Aguas abajo*, y en 1961 recibió el Premio Nacional de Literatura. Obra: Cuento: *Don Florisondo* (1926), *Cuentos para Marisol* (1934), *Aguas abajo* (1943), *Raíz de sueño* (1949). Novela: *Montaña adentro* (1923), *Bestia dañina* (1926), *María Rosa, flor del Quillén* (1929), *Aguas abajo* (1943), *Humo hacia el sur y La mampara* (1946), *María Nadie* (1957), *Amasijo* (1962).

MANUEL J. CALLE
(1866-1918)

Nació en Cuenca, Ecuador. Se inició en el periodismo político en 1885 desde cuya trinchera escribió artículos, crítica literaria, ensayo y crónicas costumbristas. En 1905 publicó sus *Leyendas del tiempo heroico* que las definió «...para facilitar a los niños un pequeño libro de lectura que les hable de los grandes días de la emancipación». Obra: *Figuras y siluetas* (1899), *Cuestiones del día* (1901-1903), *Hombres de la revuelta* (1906), *Biografías y semblanzas* (1917), *Ecuador pintoresco* (1918).

VICTOR EDUARDO CARO
(1877-1944)

Nació en Bogotá. Se distinguió en tres importantes disciplinas científicas y literarias: el álgebra, el estudio del cosmos y la literatura infantil. Escribió un libro que podríamos catalogar de raro en la literatura colombiana: *Los números. Su historia: sus propiedades, sus mentiras y verdades*. De su padre, Miguel Antonio Caro y de su abuelo Rodrigo Caro, heredó el cultivo de las letras y la perfección del lenguaje. Publicó la famosa revista colombiana para niños *Chanchito* (1933-1934). Utilizó los seudónimos: «Pulgarcito», «Micaela» y «Tío Remedios». Se inspiró en la tradición oral para escribir *Las travesuras de tío Conejo*. Tradujo de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, de H. G. Wells *La guerra de*

los mundos. Son famosas sus adaptaciones de las historias de animales escritas por el famoso entomólogo francés, Henri Fabre. En 1923 es recibido como miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua. Su obra poética infantil ha sido compilada por Nadhezda Truque en el libro *La gallina Nicaragua* y Carlos N. Hernández, ha reunido sus famosas fábulas en *Chanchito y las travesuras de tío Conejo*, en Tres Culturas Editores, 1989.

ALFONSO CUESTA Y CUESTA
(1912-1991)

Nació en Cuenca, Ecuador. Desde 1949 vivió en Venezuela. Ejerció la docencia en Caracas, hasta 1955. Con Mariano Picón Salas fue cofundador de la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad de Los Andes, en la ciudad de Mérida, donde residió hasta su muerte. Obra: Novela: *Los hijos* (1962) y (1969) dos ediciones venezolanas y Mención única en novela en el Premio Casa de las Américas, La Habana (1962). Fue traducida al ruso y al francés en 1966. Cuento: *La medalla* (1931), *Miedo* (1934), *El vidrio roto* (1934), *Cantera* (1935), *Pero el sol no se detuvo* (1947), *Nadie* (1950), *El hombre* (1951), *El caballero* (1953). Obtuvo las siguientes distinciones: Primer Premio de Cuentos del diario caraqueño *El Nacional* (1954). Premio «Fray Vicente Solano» de la Municipalidad de Cuenca (Ecuador), 1979. Ese mismo año recibe el Premio Municipal de Literatura de la ciudad de Mérida. En 1978 la Universidad de Los Andes publicó su libro de relatos *La medalla. El vidrio roto. El Muro*. Obra de edición póstuma: *Antología de cuentos*. Dirección de Cultura del Estado Mérida y Conac, 1993.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ
(1651-1695)

Nació en San Miguel Nepantla, una alquería situada entre los volcanes Popocatépetl e Iztaccihuatl. Habiéndose llamado Juana Asbaje, conservó el apellido de su madre (Ramírez). Fue niña prodigio. A los tres años aprendió a leer a espaldas de su madre. Tuvo en su tiempo fama extraordinaria tanto en América como en España. Sus obras circularon en muchas ediciones de lengua española entre los siglos XVII y XVIII. Obra: *Redondillas en defensa de la mujer*. *Carta atenagórica* (al jesuíta portugués Antonio Vieira), *Carta a Sor Filotea de la Cruz* (1691). Dos comedias: *Los empeños de una casa* y *Amor es más laberinto* (1688). Tres autos sacramentales. Once *Villancicos* en forma dramática y tres breves en forma lírica. *Primer sueño* (silva extensa, imitación de las *Soledades* del poeta español Góngora). Cultivó casi todas las estrofas de la poesía lírica de su tiempo.

CONCEPCION LEYES DE CHAVES

Novelista paraguaya contemporánea. Pertenece a la Academia Paraguaya de la Lengua. Ha escrito un libro sobre mitos y costumbres del Paraguay: *Río Lunado* (1951).

RUBEN DARIO
(1867-1916)

Nació en Metapa (Nicaraga). Su nombre, Félix Rubén García Sarmiento. Trabajó en la Biblioteca Nacional de Managua. Se inició como escritor a los trece años de edad y a los diecisiete años dirigió con otros periodistas el diario *El Imparcial*, de Managua. Un año después se destacó como poeta en Chile donde obtiene un Primer Premio. En varias ocasiones representó a su país: en España, 1892 con motivo de las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América. En Buenos Aires junto con otros destacados poetas fundó y dirigió la *Revista de América*. En 1903 es nombrado cónsul de Nicaragua en París. Obra: *Epístolas y poemas* (1885), *Abrojos (*1887), *Rimas* (1887), *Azul* (1888), *Prosas profanas y otros poemas* (1896-1901), *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas* (1905), *El canto errante* (1907), *Poema del otoño y otros poemas* (1910), *Canto a la Argentina y otros poemas* (1910), *Selección de textos dispersos* (1899-1916).

ELISEO DIEGO
(1920-1994)

Nació en La Habana. Exponente de la renovación poética representada en la revista *Orígenes*, fundada por José Lezama Lima. Poeta y narrador. Cursó Pedagogía en la Universidad de La Habana. Fue responsable del Departamento de Literatura y Narraciones Infantiles de la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana. Fue magnífico traductor de los cuentos de Andersen y Grimm. Obra: Poesía: *En las oscuras manos del olvido* (1942), *En la calzada de Jesús del Monte* (1949), *Por los extraños pueblos* (1958), *El oscuro esplendor* (1966), *Muestrario del muno o Libro de las maravillas de Boloña* (1968), *Los días de tu vida* (1977), *A través de mi espejo* (1981), *Poesía* (1983), *Soñar despierto* (1988), *Libro de quizá y quién sabe* (1989). Es numeroso el material hemerográfico que contienen sus reflexiones sobre la poesía, los escritores y su preocupación por los autores y temas de la literatura infantil y juvenil. Prosa: *Divertimentos* (1946). En sus ensayos dedicó importantes reflexiones sobre literatura infantil: «Los cuentos y la imaginación infantil», «Los hermanos Grimm y los esplendores de la imaginación popular» y «Las maravillas de la Bella y la Bestia» publicados en: Eliseo Diego. *Poesía y*

prosas selectas (1991, Nº 161, Biblioteca Ayacucho) y Eliseo Diego, *Prosas escogidas* (1993, Editorial Letras Cubanas).

ESTER FELICIANO MENDOZA
(1917)

Nació en Aguadilla. Maestra y escritora puertorriqueña. Doctora en Letras en la Universidad de Puerto Rico. Profesora de la Facultad de Humanidades. Obra: Poesía: *Nanas* (1945), *Arco Iris* (1951), *Coquí* (1956), *Voz de la tierra mía* (1956), *Nanas de la adolescencia* (1963), *Ilán-ilán*, editado por la Universidad de Puerto Rico (1985). Narrativa: *Sinfonía de Puerto Rico (mitos y leyendas)* (1968), prologado por Concha Meléndez, editado por el Instituto de Cultura Puertorriqueña. Algunas de sus canciones de cuna fueron musicalizadas por el famoso compositor puertorriqueño Rafael Hernández. Ha traducido obras para niños de la literatura inglesa y portuguesa. Son numerosas sus publicaciones en revistas y diarios, así como sus conferencias sobre los temas de la literatura infantil, entre ellos sobre la obra de Juan de Ibarbourou (uruguayo), Salarrué (salvadoreño) y Morita Carrillo (venezolana).

ROSARIO FERRE
(1938)

Escritora puertorriqueña, nació en Ponce. Estudiosa de los cuentos de hadas, ha cultivado el género aportando el ambiente y atmósfera de la oralidad, al mundo y lengua de nuestra época. De igual manera su fabulario hace crecer el ámbito real que rodea a nuestros niños, enfrentando fantasía y realidad con el velo de lo vago y mágico que debe contener todo cuento para niños. Ha publicado los siguientes cuentos de hadas: «El medio pollito», «Pico Rico Mandorico», «Arroz con leche», «El reloj de cuerda», «El sombrero mágico» y «El fumador». Cuentos picarescos: *Los cuentos de Juan Bobo*. Ha cultivado la fábula con la misma intención de renovar y remover lo establecido en el cuento para niños. Obra: Narrativa: *Papeles de Pandora* (1976), *El medio pollito* (1980), *La muñeca menor* (1980), *La caja de cristal* (1978), *Sitio a Eros* (1980), *La mona que le pisaron la cola* (1961), *Los cuentos de Juan Bobo* (1981), *Sonatinas* (1989). Poesía: *Fábulas de la garza desangrada* (1982). Ha publicado numerosos ensayos en revistas y diarios, así como traducciones del inglés.

JULIO GARMENDIA
(1898-1967)

Narrador venezolano, junto con Teresa de la Parra puede considerársele iniciador del relato fantástico. Viajero por Francia, Italia, Alemania y Dinamarca, su literatura puede también relacionársela con el estilo expresionista. Su obra está enmarcada en la prosa posmodernista venezolana. Obra: *La tienda de muñecos* (1927), *La tuna de oro* (1951) y la edición póstuma *La hoja que no había caído en su otoño* (1979). Relatos inéditos, relatos públicados y poemas. Selección y transcripción de los cuentos inéditos por su albacea literario Oscar Sambrano Urdaneta. Obtuvo el Premio Municipal de Prosa (1951).

SALUSTIO GONZALEZ RINCONES
(1887-1933)

Nació en Trujillo (Andes venezolanos). Ingeniero y poeta. Vivió durante muchos años en París y murió en esa misma ciudad donde escribió y publicó con el seudónimo «Otal Susi». Bohemio y original poeta, dedicó varios poemas a los niños con los cuales se inicia en este género el juego de palabras, los malabarismos estéticos y el humor, siempre acompañados por el ritmo. Es célebre su «Canción de cuna con vocales». Su obra como su vida es casi desconocida y menos aún valorada por la crítica de su época. Obra: *Trece sonetos con estrambote a Sigma*, (París, 1922), *La oración por todos,* (París,1923), *La doncella escogida* (París, 1923), *Corridos sagrados y Profanos*, (París, 1924), *Siete sonetos de color*, (París, 1928), *La yerba santa*, (París, 1929), *Viejo jazz a Simón Bolívar, Padre de la Patria en el Centenario de su muerte*, (París, 1930).

NICOLAS GUILLEN
(1904-1989)

Poeta cubano. Residió en México y España durante el exilio político de la dictadura de Batista. De regreso a La Habana preside la Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos (Uneac). Fue un renovador de la poesía culta con inspiración popular-oral-musical e impuso su arte por el mundo de habla hispana. Su obra *Sóngoro Cosongo* puede considerarse como un tratado poético de «lo negro». En 1937 participa en el II Congreso Antifacista Internacional de escritores al lado de Hemigway, Neruda, Jorge Amado, Siqueiros y Rómulo Gallegos. Muchas de sus obras han sido musicalizadas, entre otras «Canción de cuna para despertar a un negrito» se han convertido en cantos populares. Obra: *Motivos del son* (1930), *Sóngoro Cosongo* (1931), *Wesi Indies Lid* (1937), *El son entero (*1947), *La paloma de vuelo popular y Elegías* (1958), *Tengo y El*

gran zoo (1964), *El corazón con que vivo* (1972), *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel* (Libro para niños mayores de edad) (1978), *Música de cámara* (1979), *Décimas* (1980).

JOAQUIN GUTIERREZ
(1918)

Poeta y novelista costarricense. Residió largos años en Chile donde se dedicó a actividades culturales y literarias. Dirigió la revista chilena *Quimantú*. En 1950 recibió el Premio Rapa Nui de novela infantil (1947). Reside en San José, Costa Rica. Obra: Poesía: *Poesía* (1930), *Jicaral* (1938). Narrativa: *Manglar* (1947), *Cocorí* (novela infantil) 1948, *Puerto Limón* (1950), *La hoja de aire* (1968), *Te conozco, mascarita* (1973), *Murámonos, Federico* (1973). Ha escrito crónicas y una *Antología de poetas americanos* (1961).

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
(1884-1946)

Nació en Santo Domingo. Humanista y escritor dominicano (crítico y ensayista eminente). Vivió en varios países de América: Argentina, México y Cuba. Obra: *Ensayos críticos* (1905), *Horas de estudio* (1906), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), *Las corrientes literarias de la América Hispana* (1945), *Historia de la cultura de la América Hispana* (edición póstuma) (1947), *Los cuentos de la Nana Lupe,* en donde hadas, duendes y animales de caramelo son un pretexto para unir fantasía y conocimiento del hombre y su historia, fueron escritos en México cuando Henríquez Ureña contribuía con el desarrollo de la cultura y educación en ese país.

JUANA DE IBARBOUROU
(1892-1979)

Nació en Melo, Cerro Largo, Uruguay. Juana Fernández Morales de Ibarbourou. Su valor en las letras del continente lo subrayan sus contemporáneos en 1929, en el Palacio Legislativo de Montevideo al proclamarla «Juana de América». En 1927 se le otorga la Medalla de Instrucción Pública, en Venezuela. Su juvenil aparición como poetisa y el novísimo sensualismo de sus versos, la hizo tan famosa como Gabriela Mistral, Delmira Agustini y Alfonsina Storni. En su obra narrativa *Chico Carlo* y *Los sueños de Natacha*, así como en varias de sus poesías se revela su especial sensibilidad por la infancia. La primera de ellas es autobiográfica y la segunda fue dedicada a la hija del escritor Pedro

Henríquez Ureña. Obra: *Las lenguas de diamante* (1919), *El cántaro fresco* (1920), *Raíz salvaje* (1922), *La rosa de los vientos* (1930), *Chico Carlos* (1944), *Perdida* (1950), *Puck* (versiones de cuentos clásicos para radioteatro), *Romances del destino* (1955), *Canto rodado* (1956), *Tiempo* (1962), *Elegía* (1966), *La pasajera* (1967). Toda su producción literaria fue reunida en *Obras completas* (1953), fecha en que se la consagró Mujer de las Américas. En 1963, en Uruguay se publica en método Brayle su libro de infancia *Chico Carlo*. El 27 de diciembre de 1990 la escritora uruguaya Sylvia Puentes de Oyenard crea, dentro del programa de la Asociación de Literatura Infantil-Juvenil (Auli) la Cátedra para niños y jóvenes «Juana de Ibarbourou».

CLAUDIA LARS - SEUDONIMO DE CARMEN BRANNON VEGA
(1899-1975)

Nació en Armenia. República de El Salvador. Poeta y prosista que dedicó hermosas páginas a los niños. Obra: *Estrellas en el pozo* (1934), *Canción redonda* (1937), *La casa de vidrio* (1942), *Romances de norte y sur* y *Sonetos* (1946), *Donde llegan los pasos* (1953), *Escuela de pájaros* (1955), *Tierra de infancia* (1958), *Fábula de una verdad* (1959), *Canciones* (1960), *Sobre el ángel y el hombre* (1962), *Girasol, antología de la poesía infantil* (1962), *Del fino amanecer* (1965), *Estancia de una nueva edad* (1969), *Cartas escritas cuando crece la noche* (1972).

CARMEN LYRA - SEUDONIMO DE MARIA ISABEL CARVAJAL
(1888-1949)

Nació en San José, Costa Rica. Se graduó de maestra en el Colegio Superior de Señoritas. Fue maestra rural de El Monte, provincia de Heredia. Hizo estudios en Europa y de regreso a su país dirigió la Escuela maternal y fue la primera profesora en la Cátedra de Literatura Infantil de la Escuela Normal de Costa Rica. Trabajó en la Biblioteca Nacional y Patronato Nacional de la Infancia. Sus últimos años de vida los dedicó a la acción política. Fue excelente periodista y hábil dirigente. Murió en México. Obra: *Las fantasías de Juan Silvestre* (1917), *En una silla de ruedas* (1918), *Los cuentos de mi tía Panchita* (1920).

JOSE MARTI
(1853-1895)

Nació en La Habana. Poeta, narrador, orador, ensayista. Se inició en la literatura a los quince años, y en esa misma época dirigió el semanario *La Patria Libre*, donde publica su poema dramático *Abdala*. A los dieci-

siete años es encarcelado por orden del gobierno español de la isla y sentenciado a seis años de prisión por el consejo de guerra. Vive en España, México, Guatemala, Nueva York y en Venezuela donde fundó *La revista venezolana*. Desde Nueva York, realizó viajes de misión política por la liberación de Cuba, a Santo Domingo, Haití, Jamaica, Panamá, México, Tampa y Cayo Hueso. Ejerció la docencia en varios de esos países. Fue designado cónsul de varias repúblicas en Nueva York. Fundó el Partido Revolucionario Cubano, creó la conciencia de «la guerra justa y necesaria». Junto a toda su obra de acción y pensamiento corre paralela la de poeta precursor del modernismo literario. Fundó la más importante revista dedicada a los niños de América, en Nueva York en 1889, *La Edad de oro*. Murió en la batalla de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895. Obra: Ideológicas: *El presidio político en Cuba* (1871), *La República Española ante la Revolución cubana* (1873). Poesía: *Ismaelillo* (1882), *Versos libres* (1882), *Versos sencillos* (1891). Escribió uno de los más intensos epistolarios. En La Habana, el Centro de Estudios Martianos editó: *Cartas a María Mantilla* (1982), lectura para niños y jóvenes de imprescindible conocimiento para los que estudian la literatura dirigida a niños en nuestra América.

GABRIELA MISTRAL – SEUDONIMO DE LUCILA GODOY ALCAYAGA (1889-1957)

Poeta chilena nacida en Vicuña. Desde los diecinueve años se inició en las letras con los seudónimos Alma y Soledad. Fue maestra rural en La Compañía y en la escuela de la Cantera. En 1910, en Santiago de Chile, recibe el título de maestra normalista y publicó *Oración a la maestra*. En 1914, por sus *Sonetos a la muerte* recibió el primer premio en los Juegos Florales: Flor natural, medalla de oro y corona de laurel. Comenzó a firmar con su célebre seudónimo. Fue maestra rural y profesora y directora docente en Punta Arenas, Temuco y Santiago hasta 1922 cuando el ministro de educación mexicano, José Vasconcelos, la invitó a colaborar en la reforma educacional de ese país. Viajó por Estados Unidos, varios países de Europa y América. Representó a su país como cónsul general en Génova, Los Angeles y Petrópolis (Brasil). En 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura, el doctorado Honoris Causa en California (1950) y en 1951 el Premio Nacional de Literatura en Chile. Son famosos su epistolario y sus *Recados*, crónicas literarias editadas en revistas y diarios de habla hispana. Obra: *Sonetos a la muerte* (1914), *Desolación* (1923), *Lectura para mujeres* (1924), *Ternura* (1924), *Tala* (1938), *Lagar* (1954).

PABLO NERUDA - SEUDÓNIMO DE NEFTALÍ RICARDO REYES BASOALTO
(1904-1973)

Nació en Parral, Chile. A los veinte años publicó su primer y más leído poemario: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. A los veintitrés años representó a su país como cónsul en Birmania. Desempeñó cargos similares en Ceilán, Singapur, Buenos Aires, Barcelona y Madrid. Se suma a la causa republicana española. Se refugió en Argentina cuando la dictadura de González Videla. En 1971, Salvador Allende lo nombra embajador de su país en Francia. Recibió los premios: Nacional de Literatura (1945), Internacional de la Paz (1950) y el Premio Nobel de Literatura (1971). Obra: Poesía: *Crepusculario* (1923), *Residencia en la tierra* (1935), *Canto general* (1950), *Los versos del capitán* (1963), *Las uvas y el viento* y *Odas elementales* (1954), *Extravagario* (1958), *Cantos ceremoniales* (1961), *Memorial de Isla Negra* y *Todo el amor* (1964), *La barcarola* (1967), *La espada encendida* (1970), *El mar y las campanas* (1973), *Libro de las preguntas* (1974). Prosa: *El habitante y su esperanza* (1926), *Tentativa del hombre infinito* (1926), *Anillos* (1926), *El hondero entusiasta* (1933), *Una carta en la arena* (1966). Escribió dos obras de teatro, artículos y sus memorias *Confieso que he vivido* (1974).

ESTHER MARIA OSSER
(1911-1991)

Nació en Chiriquí, provincia de Panamá. Realizó estudios en las universidades de Panamá, San Carlos (Guatemala) en la Universidad de Buenos Aires. Ejerció la docencia como maestra rural y el profesorado en institutos secundarios tanto en Panamá como en Maracaibo, ciudad considerada como su segunda patria chica, donde se residenció durante largos períodos desde 1958 hasta su trágica muerte. Fundadora de la Escuela de Letras en la Universidad del Zulia. Ejerció el profesorado en varias escuelas: periodismo, educación y letras. Dejó huellas en la Escuela de Letras de Luz, en la Sala Taller «Esther María Osses». De esa cátedra surge el movimiento de rescate de la Lengua Guajira y Literatura Oral Guajira. Obra: Ensayo e investigación: *Mensaje* (1945), primer libro literario impreso por el gobierno del doctor Juan José Arévalo, *Para el combate y la esperanza* (poesía política en El Salvador) (1981-1982). Introducción y selección E. M. O. (Editado en Panamá. Maracaibo y Santo Domingo). La novela del Imperialismo en Centroamérica y Antología de la poesía centroamericana contemporánea (1957). *Poesía: en limpio*, este volumen reúne una selección de varios libros editados e inéditos desde 1954 hasta 1984. *Crece y camina* (poesía para niños) 1986. *Canciones para niños* (música de Enrique Hidalgo) 1988.

RICARDO PALMA
(1833-1919)

Nació en Lima. Escritor y poeta peruano. Director de la Biblioteca Nacional (1884-1912) y presidente de la Academia Peruana de la Lengua. Ejerció cargos políticos y tomó parte activa en la agitada vida social de su tiempo. Obra: Poesía: *Juvenilla* (1855), *Armonía* (1865). Prosa: *Tradiciones peruanas* (1882), libro éste que lo hizo famoso en el mundo de habla hispana. En él reúne estampas del Perú virreynal, para lo cual se apoyó en una profunda documentación histórica. Esta obra en su conjunto abarca tres siglos de la historia y costumbre de la sociedad del Perú. Se la ha considerado de carácter satírico y de una prosa limpia, rica en arcaísmos y americanismos. Con tema similar publicó: *Ropa vieja; Ropa apolillada*, y *Apéndice a mis últimas tradiciones.* Cultivó la historia y la lingüística.

TERESA DE LA PARRA – SEUDONIMO DE ANA TERESA PARRA SANOJO.
(1889-1936)

Nació en París, de nacionalidad venezolana. Su vocación surgió con éxito desde sus años de escolar en el internado religioso, de Valencia (España), en 1908. En diarios y revistas de Caracas, Colombia, Cuba y París difundieron y tradujeron sus obras. Entre 1915 y 1918 escribe sus tres cuentos: «El genio del pesacartas», «El ermitaño de reloj» y «La señorita grano de polvo, bailarina del Sol». En 1923 regresó a París, donde se le otorgó el Premio de Autores Americanos a su novela, *Ifigenia*, traducida al francés en 1927. En 1928 viajó por primera vez a La Habana donde dictó su conferencia sobre Simón Bolívar. En 1929 se publica en francés *Memoires de Mamam Blanche*, traducida por Francis de Miomandre. En 1930 viajó por segunda vez a La Habana, donde dictó sus conferencias «La importancia de la mujer americana durante la Colonia, la Conquista y la Independencia». Durante su permanencia en el sanatorio de Fuenfría (Madrid) escribió su *Diario* (1935). Obra: Novelas: *Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924), *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). Epistolario: Son numerosas las cartas que escribió a famosos escritores de su época, algunas de las cuales permanecen inéditas. *Obras completas* (1965). Obra: *(Narrativa, ensayos, cartas) Biblioteca Ayacucho,* 1982 Primera Edición Crítica de *Las Memorias de Mamá Blanca*, Col. Archivos Madrid (1988). Critical Edition. *Mamá Blanca's Momoirs. (The classic novel of a venezuelan girlhood) University of Pittsburgh*, (1993). *Iphigenia (The diary of a young lady who wrote because she was bored).* Editado por la Universidad de Texas, 1993.

RAFAEL POMBO
(1833-1912)

Nació en Bogotá. Poeta, crítico y traductor colombiano. En compañía de José Eusebio Caro, fundó el periódico literario *La siesta* (1852). Fue Secretario de Legación en Washington (1855) y cónsul en Filadelfia. En 1905 fue coronado como poeta laureado de Colombia. Sus adaptaciones y creaciones propias de historietas rimadas, constituyen un inestimable patrimonio espiritual para la infancia latinoamericana. Obra: *Cuentos pintados y Cuentos morales para niños formales* (Nueva York, 1845), *Fábulas y verdades* (1916), *Poesías* (1916-1917), *Traducciones poéticas* (1917).

HORACIO QUIROGA
(1878-1937)

Nació en Salto, Uruguay. En edad adolescente publicó su libro de poesías *Arrecifes de coral* (1901). Viajó a Europa. Vivió la mayor parte de su vida en las tierras argentinas de El Chaco y Misiones. Obra: Novelas. Escribió varias novelas cortas, editadas en la revista *Caras y caretas, Las fieras cómplicas, El mono que asesinó* y *El hombre artificial* (1908-1910) y *El devorador de hombres, El remate del Imperio romano* y *Una cacería humana en Africa* (1911-1913). Su serie de cuentos fueron escritos entre 1905 y 1910 sobre la vida de los animales y 1910 y 1930 sobre su vida en Misiones. Entre 1922 y 1925 escribe cuentos dedicados a los niños, en *Mundo argentino, Caras y caretas* y *Billiken*. Entonces aparecen *Cuentos de la Selva (Para los niños)*.

VICENTE RIVA PALACIO
(1832-1896)

Nació en Ciudad de México. Escritor y político mexicano. Fue ministro de Fomento bajo el gobierno de Porfirio Díaz. Gobernador de los Estados de México y Michoacán. Magistrado de la Corte Suprema y Ministro Plenipotenciario en Madrid. Dirigió la publicación: *México a través de los siglos* (1844-1849). Obra: Novela: *Calvario y Tabor, Martín Garatuza*, con *Los cuentos del General*, Madrid (1896), contribuyó al desarrollo del arte narrativo en su país. El humor y la ironía fue el tono que predominó en estos relatos.

MANUEL FELIPE RUGELES
(1903-1959)

Nació en San Cristóbal, estado Táchira. Durante la dictadura de Gómez vivió en Colombia donde fue Secretario del doctor Eduardo Santos, fundador y director de *El Tiempo*. En Barranquilla fundó la emisora radial «Atlántico». En 1936 regresó a Venezuela. Desempeño múltiples cargos como diputado, periodista y diplomático. Fue director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación, director de la *Revista Nacional de Cultura*. Fundó y dirigió en el último año de su vida la revista infantil *Pico, Pico*. Recibió los premios: Municipal de Poesía (1944), Nacional de Poesía (1954), Primer Premio en los Juegos Florales de México (1957). Obra: *Cántaro* (1937), *Oración para clamar por los oprimidos* (1939), *La errante melodía* (1942), *Aldea de niebla* (1944), *Puerta del cielo* (1946), *Luz de tu presencia* (1947), *Memoria de la tierra* (1948), ¡*Canta, Pirulero*! (1950), *Cantos de Sur y Norte* (1954), *Dorada estación* (1961).

SALVADOR SALAZAR ARRUE - SALARRUE
(1899-1976)

Nació en Sonsonte. Profesor, periodista y escritor salvadoreño. Dirigió el diario *Patria* y la revista de educación *Amati*... Cultivó igualmente, la poesía y la pintura. Obra: *El cristo negro* (leyenda) (1926). Novela: *El señor de la burbuja* (1927). Cuentos: Sus obras más famosas *Cuentos de barro* y *Cuentos de cipotes* fueron de edición póstuma (1982), hasta el momento se ha editado por sexta vez sus *Cuentos de cipote* según su propia definición son cuentos de niños para mayores. «El niño le cuenta al padre o al amigo del padre una historia desde la perspectiva del propio cipote, con la picardía infantil en la que suele haber siempre una tomadura de pelo».

JOSE ASUNCION SILVA
(1865-1896)

Nació en Bogotá. Poeta que representó en su país al modernismo literario y renovó los viejos metros y ritmos de la poesía. Viajó a Francia en 1883. Al regresar a su país continuó auspiciando las tertulias literarias con destacados escritores, entre los que se encontraban Sanín Cano. Fue designado secretario de la Legación de su país en Caracas (1894). Regresó a su país en 1985, en el naufragio que se produjo por el río Magdalena, perdió los originales de tres de sus obras: «Cuentos negros», «Las almas muertas» y «Poemas de la carne». Obra: *Poesía* (1886). En 1956, se publicó: *Obra completa de José Asunción Silva*. Entre sus

obras, se distinguen mundialmente los poemas: «Crisálidas», «Crepúsculos», «Los maderos de San Juan», «Ronda» y «Nocturno».

LUISA DEL VALLE SILVA
(1902-1962)

Poeta venezolana, nació en Barcelona, estado Anzoátegui. Se dedicó a la docencia como maestra de escuela por más de veinticinco años. Perteneció a los grupos fundadores de varias organizaciones culturales, como el Ateneo de Caracas, la Asociación de Mujeres Venezolanas y otras. Obra: *Ventanas de ensueño* (1930), *Humo, Amor y Luz,* editadas en La Habana, en 1941. La revista de poesía, *Lírica Hispana* Nº 218, publica sus versos como homenaje póstumo. En 1962, La Biblioteca Infantil Venezolana, creada por el Instituto de Cultura y Bellas Artes y dirigida por otra maestra y poeta para niños, Morita Carrillo, publica en su Colección Puente Dorado, el novedoso poemario para niños *Amanecer*.

FROILAN TURCIOS
(1875-1943)

Nació en Juticalpa. Escritor, diplomático y político hondureño de formación modernista. Fue ministro de Gobernación y Justicia y representante en la Sociedad de Naciones. Su obra aparece dispersa en publicaciones periódicas y en antologías. Obra: s/f. *Mariposas. Hojas de otoño, Prosas nuevas, Cuentos del amor y de la muerte, Páginas de ayer.*

AMENODORO URDANETA
(1829-1905)

Hijo del General Rafael Urdaneta, héroe de la Independencia de Venezuela nació en Santa Fe de Bogotá, dos años antes de la disolución de La Gran Colombia, por lo cual es de nacionalidad venezolana. El único de los Urdaneta, hijo del General que no escogió la carrera militar. Fue diputado en una ocasión y presidente del estado Apure durante la época de la Federación. Se dedicó a la literatura, las lenguas (latín y francés). Fue maestro de escuela y en 1875, director de la Escuela Federal «Guzmán Blanco». Fue poeta, prosista, gramático, historiador, crítico periodista, educador, editor y miembro fundador de las Academias de la Lengua y la Historia. Entre libros y folletos publicó cerca de cuarenta trabajos. Obra: *El libro de la infancia* (1865), *Bolívar y Washington* (1865), *Fábulas para los niños* (1864), *Catálogo de verbos irregulares, Cervantes y la crítica* y *Manual de ortografía castellana* (1877), *Bolívar en su centenario* (1883). Entre otros de historia sagrada, catecismo y moral.

Su importante *Libro de la infancia*, lo es hoy, por su reciente valoración no únicamente como libro didáctico moralizante, sino por su esencia literaria y su clima preanunciadora de un nuevo estilo de escribir textos para los niños: libre, ficcional y fantasioso. Aspecto éste que proscribía la escuela, la sociedad y la familia del siglo XIX.

CESAR VALLEJO
(1892-1938)

Nació en Santiago de Chuco. Poeta, narrador, ensayista, dramaturgo y periodista peruano. Desde muy joven se inició como maestro y comenzó a escribir en las revistas *Variedades y Cultura Infantil*. Esta actividad coincidió con su ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de La Libertad. Publica sus poemas juveniles destinados a sus alumnos entre 1913-1917. Desde entonces alternó sus estudios con la pedagogía. Entre sus alumnos es válido mencionar el futuro gran novelista Ciro Alegría. Más tarde comenzaron sus años de bohemia y de rebeldía social, así como sus primeros poemas que lo consagraron mundialmente. Publicó sus poemas en las famosas revistas *Amauta*, *Bolívar* y *Repertorio Americano*. Fue intenso viajero: España, Rusia y Francia donde muere. Obras: Poesía: *Los heraldos negros* (1919), *Trilce* (1922). Poemas de publicación póstuma: *Poemas de París* (1939), *Poemas humanos* (1939), *España, aparta de mí este cáliz* (1940) *Poesías completas* (1949). Teatro: *Moscú, contra Moscú o entre las dos orillas corre el río* (1930), *Lock Out* (1931). Narrativa: *Escalas melografiadas* (1923), *Fabla salvaje* (1923), *El Tungsteno* (1931).

JAVIER VILLAFAÑE
(1909-1996)

Nació en Buenos Aires. Poeta, cuentista y titiritero. Comenzó su labor con el teatro de títeres La Andariega de cuyo peregrinaje se deducen las abundantes recopilaciones, adaptaciones y creaciones que han constituido los temas de su obra. Durante diez años de residencia en los Andes venezolanos y más tarde en la región de la Mancha, en España, recopiló material proveniente de la viva voz de niños contadores de cuentos que han nutrido, hasta hoy, dos de sus más importantes obras para la infancia y la juventud. Obras: *Títeres de la Andariega* (1936), *Coplas, poemas y canciones* (1938), *El Gallo Pinto* (1947), *Libro de cuentos y leyendas* (1945), *De puerta en puerta* (1956), *Historia de pájaros* (1957), *Don Juan el zorro* (1963), *Atá el hilo y comenzá de nuevo* (1969), *La jaula* (1969), *La gallina que se volvió serpiente y otros cuentos* (1977), *Los cuentos que me contaron* (1982), *El caballo celoso* (1983), *Los*

cuentos que me contaron por el camino de Don Quijote (1984), *Los sueños del sapo (cuentos y leyendas)* 1974, *Maese trotamundos por el camino de Don Quijote* (1983), *El hombre que debía adivinarle la edad al Diablo* (1991).

MARIA ELENA WALSH
(1930)

Nació en Ramos Mejías, provincia de Buenos Aires. En 1948, viajó a Washington, invitada por el poeta español Juan Ramón Jiménez. Vivió en París durante cuatro años. Junto con Leda Valladares se ha dedicado a difundir el folclore argentino. Desde 1959 ha escrito guiones para TV, obras de teatro, poesía y canciones, así como publicado libros y discos dedicados a los niños. Obra: *Otoño imperdonable* (1947), *Apenas viaje* (1948), *Baladas con Angel* (1951), *Casi milagro* (1958), *Hecho a mano* (1965). Libros para niños: *Tutú Marambá* (1960), *El reino del revés* (1964), *Zoo loco* (1964), *Dailan Kifki* (1966), *Cuentos de Gulubú*. En la Editorial Sudamericana ha publicado hasta 1988: *Juguemos en el mundo. Versos tradicionales para cebollita. Un Chimpancé. Cancionero contra el mal de ojo. Chaucha y Palito y Manuelita*. Es considerada una de las más prolíficas autoras en el género dedicado a niños y la más novedosa y creativa del género de las cantautoras. Las canciones de sus obras de teatro. *Canciones para mirar. Doña Disparate y Bambuco*, entre obras, son cantadas por millares de niños en Argentina, quienes participan en el mundo de fantasía e ingenio que les propone su autora cuyo primer libro de poesías mereció el elogio de Juan Ramón Jiménez.

INDICE

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Para nosotros la patria es América
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas: Manuel Pérez Vila

2
LEOPOLDO LUGONES
El Payador
Prólogo: Clara Rey de Guido

3
CESAR VALLEJO
Poemas escogidos
Selección y prólogo: Julio Ortega

4
JOSE MARTI
Con los pobres de la tierra
Selección y prólogo: Julio E. Miranda
Notas: Cintio Vitier y Hugo Achugar

5
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Los mejores comentarios reales
Selección y prólogo: Domingo Miliani

6
FRANCISCO DE MIRANDA
Documentos fundamentales
Selección y prólogo: Elías Pino Iturrieta
Notas: Josefina Rodríguez de Alonso
y Manuel Pérez Vila

7
FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS
Vida de Cristóbal Colón
Sobre la edición de André Saint-Lu
de *Historia de las Indias*

8
HORACIO QUIROGA
Cuentos escogidos
Prólogo: Gustavo Díaz Solís
Glosario: Clara Rey de Guido
Infografía: Fernando Arribas García

9
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Antología
Selección y prólogo: Salvador Tenreiro

10
ANTONIO JOSE DE SUCRE
Documentos selectos
Prólogo: Alfonso Rumazo González

11
ANDRES BELLO
Antología esencial
Selección y prólogo: José Ramos

12
JULIO HERRERA Y REISSIG
Nueva antología de sus poemas
Selección y prólogo:
J. A. Escalona-Escalona
Notas: Alicia Migdal

13
JUAN MONTALVO
Páginas escogidas
Selección y prólogo: Lupe Rumazo

14
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel y Proteo selecto
Selección y presentación:
Pedro Pablo Paredes

15
Cronistas del Río de la Plata
Selección y prólogo: Horacio
Jorge Becco

16
RICARDO PALMA
Tradiciones limeñas
Presentación: Ventura García Calderón
Prólogo: José Carlos Mariátegui

17
BERNARDO DE VARGAS MACHUCA
Milicia indiana
Presentación: Oscar Rodríguez Ortiz
Prólogo: Bernardo de Vargas Machuca

18
Poesía amorosa latinoamericana
Prólogo, selección y notas:
Manuel Ruano

19
RUBEN DARIO
Cuarenta y cinco poemas
Prólogo: Ludovico Silva
Selección: Oscar Rodríguez Ortiz

PROXIMOS TITULOS

Estética del modernismo hispanoamericano
Selección, edición y presentación: Miguel Gomes

Crónicas de El Dorado
Selección y prólogo: Horacio Jorge Becco

La presente edición, se terminó de imprimir en
el mes de septiembre del año 2000 en las
prensas de Editorial Texto, Caracas.
Se imprimieron 2000 ejemplares.